EDUARDO TOVAR MURCIA

CUANDO *LA* CULPA *SE* APAGUE

CALIXTA

CUANDO *LA* CULPA *SE* APAGUE

EDUARDO TOVAR MURCIA

MELQUÍADES





Calixta Editores S.A.S

Primera Edición noviembre 2022

Bogotá, Colombia

Editado por: © Calixta Editores S.A.S

E-mail: miau@calixtaeditores.com

Teléfono: (571) 3476648

Web: www.calixtaeditores.com

ISBN: 978-628-7540-91-0

Editor en jefe: María Fernanda Medrano Prado

Editor: María Fernanda Carvajal

Corrección de estilo: Ana María Rodríguez S.

Corrección de planchas: Julián Herrera Vásquez

Maqueta e ilustración de cubierta: Julián R. Tusso @tuxonimo

Diagramación: David Avendaño @art.davidrolea

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Para Daniela,

obstinada luz de la primera mañana.

A mitad del camino de la vida,

en una selva oscura me encontraba

porque mi ruta había extraviado

Dante Alighieri, La Divina Comedia

1

Entonces la veo entre la multitud: la cabeza que se levanta como la de un cisne impertinente y observa sobre los hombros de las personas que están en primera fila. La mirada expectante de quien no ha visto discutir a dos hombres. Aunque tiene el cuello grácil de Violeta, el perfil delicado y la frente amplia, su cabello está cortado a la altura de los hombros y la expresión de su rostro no es la misma de antes. Intento recuperar el último recuerdo que tengo de ella, para superponer la imagen del pasado con la del presente, pero no coinciden. ¡Mierda! Tal vez solo quiero ver lo que el deseo impone, pienso y sacudo la cabeza.

Cada vez se acercan más personas. Parece que llegaran a ver una obra de teatro en lugar de un accidente. Esta es la escena: un taxista en mitad de la calle observa al hombre gordo que está tirado en el suelo. El taxista es alto, tal vez mide un metro noventa. También es delgado, con los hombros enjutos y la cara alargada. Su cabeza está coronada por una espesa mata de pelo con mechones blancos y grises. Tiene profundas ojeras que surcan el contorno bajo de sus ojos. Pese a su estatura y aspecto, no produce miedo, más bien indulgencia. En el otro extremo está el motociclista afectado. Además de gordo es bajo. Su cabeza es grande y carece de cuello. Al comienzo permanece en el suelo, al lado de una Chappy roja, retorciendo su cuerpo mofletudo, como un muñeco o un dibujo animado. Está frustrado, enojado, con rabia.

El gordo y el flaco. Sonrío. No soy el único. Varios espectadores lo hacen.

«El flaco embistió por detrás al gordo», dice la gente. El gordo, ya de pie, recoge su casco y putea al taxista. Están a punto de pasar a los puños. Se empujan, se maldicen varias veces con groserías de todo tipo, algunas inteligibles. La gente ríe. Pero no pasa nada. Así permanecen por varios minutos, casi diez. Interpretan sus papeles de hombres indignados: el ceño fruncido, las manos empuñadas a la altura del pecho, la mirada torva; pero ninguno se atreve a lanzar el primer golpe. Hasta que algunos curiosos comienzan a perder el interés y se dispersan. Otros permanecen impertérritos, pese a los treinta y ocho grados de temperatura, atizando la fragua de insultos

y los tímidos empujones a los que ahora han llegado: quieren sangre, problemas, algo que contar en sus oficinas o a la hora del almuerzo, algo que rompa la monotonía. Qué se le va a hacer, es el único espectáculo que se puede apreciar en Neiva un miércoles a las doce del día.

Los rayos del sol caen inclementes en el cielo limpio, libre de nubes. La gente suda, los cuerpos se rozan en su afán por observar. Aunque no son muchos los que permanecen atentos a los acontecimientos, varios me tocan. Odio que lo hagan. Están sudorosos y malolientes. Así quieran disimularlo con sus fragancias y perfumes florales, el calor hace que el almizcle de sus aromas se concentre en un terrible hedor. Me canso de esperar y decido salir de ese enjambre raquítico. Vuelvo a mirar con miedo y a la vez esperanzado de no encontrar a la mujer que se parece a mi hermana. Pero sigue allí, curiosa. ¿Será Violeta? No lo preciso con exactitud. Es parecida. Pero en caso de ser ella, está muy cambiada.

En el cabello se parece. No tanto en el color ni en la extensión. Más bien en la textura, el grosor, en el brillo que proyectaba cuando el sol caía sobre aquellas ondas. Ahora lo lleva corto y tinturado. No se ve mal, pero me gustaba más cuando le caía por los hombros y se detenía en su espalda, muy cerca de la base de su columna vertebral. Siempre me recordó a la lava. Se lo dije alguna vez mientras veíamos un programa sobre volcanes que trasmitían en la televisión. Una densa y compacta cantidad de magma que se deslizaba por las playas hawaianas o de alguna desolada isla del Pacífico Sur al tiempo que su negrura consumía todo lo que encontraba a su paso en la tranquila y lenta devastación. Se lo dije mientras miraba su perfil, iluminado por el azul de la pantalla. Ella no despegó los ojos de la imagen. Simplemente sonrió.

Su rostro ya no guarda el aspecto de niña inocente que tanto elogiaban amigos y familiares; la expresión cansada que guardan sus ojos y la sonrisa desganada, que acentúa ese cansancio, delatan los treinta años que tiene. Aunque es mayor dos años, nunca aparentó esa diferencia de edad, la gente siempre tendía a creer que yo era el primogénito. Ya no es así.

Me resisto a creer que Violeta haya cambiado tanto. ¿Qué pasó con los bellos ojos que alguna vez adornaron su rostro? Ya no están esas

dos almendras, sostenidas por la luz del poniente, que parecían derribar todo lo que vieran con solo mantener la atención en el objeto observado. En su lugar, quedan unos ojos marchitos, rodeados por delgadas líneas de expresión que delatan la anciana prematura que llegará a ser en pocos años. No quiero pensar en eso. El tiempo es una mierda. La vejez también lo es. ¿Cómo le hicieron eso a mi hermana, a mí, a mis recuerdos?

Entonces, Violeta parece hastiarse y, como si se acordara de algún compromiso repentino, coge camino por la carrera Cuarta a la vez que elude transeúntes que apuran el paso en sentido contrario. Todos evitan los afilados rayos de sol que caen como aguijonazos en las pieles ya curtidas, ajadas, como tierra en el desierto. No mira a nadie. No presta atención ni a las mujeres ni a los vendedores ambulantes que, guarecidos en las sombras que dan las construcciones aledañas, ofrecen a voz en cuello el cincuenta por ciento de descuento en los productos que compren hoy.

Su cuerpo también ha cambiado. Sus caderas son más anchas y su trasero es más grande. Los músculos de sus brazos comienzan a verse flácidos, es un cambio apenas perceptible para quien se detuvo a contemplar su fisionomía durante mucho tiempo. Su postura también es distinta. La curvatura de su espalda es diferente, como si cargara un peso. El tiempo no ha sido piadoso con ella. Incluso sus bellos senos, en otro tiempo enhiestos y bien proporcionados, ahora han desaparecido; ya no queda ni rastro del cuerpo que solo pervive en mi memoria.

Me pregunto en qué pensará mientras avanza tan desprevenida, tan ausente. Es como si la ciudad no existiera para ella, como si todo lo que la rodeara no fuera más que un sueño. No está bien, pienso. Nada más riesgoso: atracos, conductores imprudentes y la violencia que consume a diario nuestras vidas. Tampoco se percata de los gritos, ni del insoportable sonido que sale de los vehículos al pitar, ni de los silbatos de los guardias de tránsito. Aunque su distracción es un alivio para mí, puedo caminar muy cerca de ella sin que repare en mi presencia.

Deja atrás al Teatro Pigoanza y cruza el Parque Santander. Por un momento me sobresalto. Se detiene y mira en derredor. Observa como si no reconociese en dónde está. Espera unos segundos, como

si buscara algo. Me preocupo. Detenerse allí al medio día es una completa locura. Corre el riesgo de ganarse un buen dolor de cabeza o exponerse a que alguien la robe. Sonrió con amargura. No ha pasado media hora y ya he empezado a preocuparme por ella. Es algo que debí hacer antes, pienso. Protegerla cuando ella lo necesitaba. No ahora. No en este momento en que el tiempo se ha ido como por entre los dedos y ya no vale de nada. La memoria. Los recuerdos… Violeta pregunta algo a un hombre que pasa a su lado, señalando su reloj, y continúa su camino.

Aunque estoy casi seguro de que no sospecha de mi presencia, la sigo con distancia prudente durante unos cinco minutos más. Llega a la carrera Sexta. Allí ingresa a un edificio que está junto a un banco. Me desespero. ¿Qué hago? ¿Entro o espero a que salga? Es evidente que, al ser un espacio de oficinas, en algún momento tendrá que volver a casa. De todas maneras, no sé qué voy a hacer cuando la vea salir. No voy a poder hablarle. Para ser sincero, no sé qué hago aquí. Debería marcharme y dejar atrás el pasado. En el lugar que se merece: cerca del olvido. Me miento. La infancia no se olvida, la familia no se olvida, el dolor no se olvida. Al menos quiero saber cómo está, con quién vive, si tiene familia. También quiero saber cómo murió nuestro padre. Si acaso está muerto. Espero que sí.

Qué poco observador soy. Transcurren diez minutos y una mujer mucho más joven que Violeta sale del edificio. Lleva la misma ropa: un uniforme con falda y blusa azul. Ahora estoy tranquilo, ya sé dónde trabaja. ¿Me servirá de algo saberlo?

Violeta… Hacía poco más de una década que no pensaba en ella, que la había erradicado de mis pensamientos; ahora, con la simple aparición de su silueta, llenaba cada rincón de mi cabeza. Tan poco había hecho falta para que volviera a ser un niño necesitado de su cariño, de su atención.

2

La habitación es un amplio rectángulo que atraviesa el ancho de la casa. Un gran armario negro está empotrado entre la puerta y uno de los dos ventanales de cristal esmerilado que hacen de pared con vista hacia la calle. Un somier vestido de sábanas verde oliva está en el centro del cuarto y, junto a este, una mesa de noche. Un poco más allá, en lo alto, un ventilador de aspas amarillentas gira con estertor ronco. El cuarto tiene un baño diminuto, de azulejos color lapislázuli y un lavamanos de cristal, moderno, en forma de palangana.

Doña María se había molestado porque le pedí el favor de cambiar las cortinas por unas más gruesas y, en la medida de lo posible, oscuras. Tampoco le gustó la idea de que yo las mantuviera cerradas todo el tiempo. «Necesita airear la habitación, don Pablo». Le di a entender que por el valor que me había cobrado por el alquiler yo podía llenar el espacio de las ventanas con cemento si quería. No le gustó, desde luego, pero tampoco dijo nada. Se limitó a hacer un sonido extraño con la garganta y salió del cuarto sin agregar nada más. Al cabo de media hora volvió, descolgó las cortinas blancas, puso las nuevas y se volvió a ir.

Eso ocurrió hace dos días. Había llegado a Neiva sin saber muy bien qué hacer. Caminé por la terminal con el sentimiento de arrepentimiento que me acompañaba desde el momento en que acepté la oferta. Aunque eso de «aceptar» solo fue una formalidad. La compañía para la cual trabajo me envió a realizar unas capacitaciones. Creo que el hecho de nacer en Neiva ayudó para que mis jefes decidieran que era el sujeto adecuado para el trabajo. Pero no tuvieron en cuenta el pequeño detalle de que me había costado mucho trabajo dejar atrás esta ciudad, claro, ellos no tenían por qué saberlo. Quizás soy injusto, ya que el espacio físico no tiene mucho o nada que ver. Son sus habitantes. Ellos son los verdaderos responsables del recuerdo y de la idea que guardamos de los espacios. Y cuando digo habitantes, me refiero a mi familia: mi hermana y mi padre.

Para despejar mi mente, decidí comprar algo de comer y buscar en un periódico algún lugar donde quedarme durante los tres meses

que tendría que estar aquí.

Vi el anuncio en la página de clasificados. Pudo haber sido cualquiera. Pude haberme decidido por otras habitaciones que estaban más cerca del centro de la ciudad, solo quería escoger una lo más rápido posible, llamar, llegar a un acuerdo económico y listo. Que los tres meses terminaran con la misma rapidez con la que fui informado de mi nuevo destino. Esa fue la razón por la que tomé la primera opción que apareció. La verdad, no me importaba.

Pero ahora me arrepiento. Son las diez de la noche y nadie responde al timbre. Las luces están apagadas, la reja con candado. Insisto hasta que se enciende un bombillo en el primer piso, y a través del vidrio esmerilado de la puerta de entrada, veo que se acerca una figura borrosa. Escucho descorrer los pasadores, el sonido de un manojo de llaves, el movimiento metálico con el que gira el pomo y los goznes cuando se abre la puerta. Su rostro revela un sueño temprano, pequeñas ojeras bajo sus ojos. El cabello castaño recogido en una moña. Dice entre bostezos y sin mirarme:

—No le recomiendo que esté a estas horas en la calle. Neiva se ha vuelto una ciudad muy insegura. Ya no es como la conoció —hace una pausa, me mira de arriba abajo y añade—: Perdone que sea tan entrometida, pero es por su bien. Usted es todavía muy joven y tiene mucha vida por delante.

Le agradezco la advertencia y le digo, mientras sonrío, que ya no soy tan joven. Le indico, a modo de broma, que muchas personas consideran que a los veintiséis años un hombre ya es un adulto. Parece que no se lo toma muy bien porque reacciona a mi comentario con una sonrisa displicente y una mirada que no corresponde a los gestos gráciles de la cortesía sino a los de un profundo reproche. Por ello, no digo nada más durante unos segundos que se alargan con el silencio. Doña María rompe la tensión con un bostezo, con la intención de añadir algo más, pero, antes de que hable, le recuerdo sobre las llaves que prometió entregarme. Ella asiente sin agregar nada más. Solo me escruta de arriba abajo como si no me conociera o como si me viera por primera vez. Una nueva ronda de incomodidad se instala entre nosotros. Doy las buenas noches y subo a mi habitación con la mirada fija en el piso.

Soy un mar de contradicciones. No me gusta sudar ni sentir las gotas que bajan por mis sienes, por aquella línea profunda que se forma en mi espalda, y que a veces cae por las piernas y se pega al pantalón. Pero me encanta el calor. Tampoco me gusta la luz, pero sí leer en las noches, en la oscuridad. Por eso le pedí a doña María cambiar las cortinas, para poder recrear un ambiente parecido al de una cueva, o acaso como un vientre materno, donde todos los problemas del mundo queden fuera. Esa es mi idea de felicidad: mi intimidad, la soledad en estado supremo y, con ella, el poder arrellanarme en la cama, desnudo, luego del baño obligatorio en las noches neivanas y encender una lamparita que siempre traigo conmigo. La ubico en la mesa de noche y dirijo el cono de luz hacia mi pecho. Todo queda en tinieblas en el cuarto, excepto por esa burbuja lumínica que le da placidez a mis largas horas de lectura que suelen terminar entrada la madrugada.

En Bogotá es diferente, por supuesto. Allí hago todo lo posible por reproducir el ambiente cálido que tanto me gusta. Más sábanas de las necesarias, calentadores entre las cobijas, bolsas de agua caliente. Pero nada funciona. No es lo mismo. Es imposible recrear la atmósfera de mi infancia. Aquella en la que, encerrado en mi cuarto, disfrutaba de la oscuridad y la única compañía de un libro que me ayudara a no pensar, a evadirme de la realidad.

Intento hacer lo mismo ahora, pero no puedo. El encuentro con Violeta me sacude lo suficiente como para no lograr concentrarme ni en un solo párrafo. No importa qué tan bueno sea el libro, tampoco que el autor me haya atrapado en la trama desde hace unos días. Son demasiadas cosas en mi cabeza. Un remolino de ideas que se revuelca en mi interior y me niega la posibilidad de encontrar la calma que tanto he buscado desde el día en que hui de Neiva.

Mi infancia. Mi hermana. El padre que no fue. La madre ausente. El odio. Todo ello gira dentro de mi cabeza a una velocidad y una densidad sin igual. Cada una de esas ¿ideas?, ¿recuerdos?, batallan por ocupar un lugar relevante en mi cabeza. Algo que podría haber evitado con solo negarme a venir. Pero no fue así. Continúo en esta ciudad y continúo mintiéndome. ¿Por qué ese obstinado impulso que tengo de negar lo que siempre ha estado allí? ¿Esas ansias de

fugarme del pasado con cuentagotas, acumulando retazos de rencor que, de un momento a otro, tendrán que salir? ¿No habría sido posible evitar algo que siempre ha estado dentro de mí? Sí, tal vez intenté evitarlo durante todos estos años, pero no es posible. No olvidamos, solo huimos.

La manera que escogí para evadir los recuerdos fue el trabajo. Desde el momento en que llegué a Bogotá, no he parado de trabajar. Primero como ayudante de acarreos. Luego como vendedor y ahora como capacitador de vendedores. No es fácil salir de casa a los catorce años para nunca más volver. No es fácil dejar atrás a la familia, aunque para mí esta palabra solo comprendiera a mi hermana. Soy un cobarde. Es algo que debo aceptar y que me he negado por años. No fui capaz de permanecer en casa, hacerle cara a la situación, solo hui. Tomé el camino fácil. Dejé a mi hermana a su suerte. Por eso me causó gracia que se despertara en mí ese sentimiento de protección cuando la vi caminar hoy por el centro de Neiva, tan desprevenida, tan vulnerable… Y entonces, recuerdo nuestra infancia. Mi cabeza es un ir y venir de imágenes inconexas, entretejidas por memorias. El pasado y el presente confluyen en un mismo espacio: mi cerebro. Esa pequeña bóveda del caos que no me deja tranquilo, que no me ha dejado reconciliar con mi vida. Qué miserable he sido, comienzo a comprender, a aceptar.

¿Pero acaso no fui yo también una víctima?, ¿como hermana mayor, no le correspondía a ella cuidarme? Soy un egoísta. Sigo pensando en mí. Cuando ella fue la que llevó todas las de perder. La principal víctima de mi padre. Ella fue el objeto de su deseo, de su depravación, de su maldad.

Sumergido en todos esos pensamientos, no me doy cuenta en qué momento logro conciliar el sueño. Pero duermo muy poco y cuando despierto, todavía es noche, una noche cerrada. No sé en qué momento apagué la lámpara, pero estoy a oscuras. Me siento desorientado en esta habitación. Me entran unas ganas enormes de orinar, por lo que me levanto a tientas, con los brazos extendidos como un sonámbulo –temo tropezar con las dos maletas que traje y que aún no he desempacado–. Dudo con cada paso, pero al final logro abrir la puerta del baño sin golpearme. Cuando entro, me desnudo y dejo que el chorro de agua caliente caiga sobre mí. Trato

de no pensar en nada. Poco a poco, el líquido se torna cada vez más fresco, casi frío. Es imposible. Una vez cierro los ojos, comienzan a desfilar por mi cabeza imágenes superpuestas que llegan autónomas, impuestas bajo un orden propio: el del dolor.

Entonces comienzo a llorar. El agua se escurre por mi rostro y barre lo que en principio debería ser un llanto natural, ya conocido, pero que, por el efecto del agua, se convierte en un gesto sin matices que desprovee mi expresión de su sentido y dignidad. Ahora es una sola materia con el agua sucia que baja por mis piernas y talones hasta perderse por los intersticios del sifón, para confundirse, finalmente, con todos los desperdicios de la ciudad.

3

Doce del mediodía. Salón de conferencias con varios aires acondicionados a toda potencia. Al interior, veintiséis personas desacostumbradas a las bajas temperaturas se frotan los brazos cubiertos por delgadas camisas al tiempo que bostezan y fingen prestar atención a lo que yo digo. Siempre es lo mismo, ya sea en Bogotá, en Duitama o acá en Neiva. Doy por terminada la sesión y les digo que nos vemos mañana a las ocho de la mañana. Otra jornada que promete ser más de lo mismo: aburrimiento para ellos y un despilfarro de tiempo para mí.

Nada que hacer. Es mi trabajo. Enseñarles estrategias de ventas a fracasados ha sido mi labor desde hace ya más de un año. Desde el momento en que mi jefe me dijo, sin matices en la voz, «Castellanos, el tiempo es ahora, el futuro es hoy; dado sus buenos resultados en las ventas durante los últimos periodos, hemos decidido promoverlo», he desempeñado la labor de formador. Sí, de formador. Sin saber a ciencia cierta qué querrá decir esa palabra. Y continuó: «Sus aptitudes serán un aporte valioso para todo el equipo de vendedores que están ávidos por conocer y aprender nuevas estrategias de venta para ser cada día más exitosos». Éxito. La palabra más sobrevalorada de nuestra sociedad. Pero ¿quién es exitoso? ¿El que más vende?, ¿el artista que sobresale por su obra?, ¿el científico que hace un descubrimiento relevante para la humanidad? No nos digamos mentiras. El «exitoso» es quien está detrás de todo el conocimiento, o mejor, delante de él, llevándose el crédito; a quien la sociedad respeta por quedarse con la plata. Allí es donde termina el éxito: en una cuenta bancaria.

Sonrío al recordar las palabras de mi jefe y tomar conciencia del lugar en el que estoy y las personas con las que me encuentro: hombres y mujeres que, según el comité directivo de Ventas Horizonte, serán el equipo de ventas número uno de la región sur de Colombia. ¡Qué va! No son más que una horda de entes que caminan con parsimonia, entre bostezos, que arrastran los pies y tienen la vista clavada en el suelo, como si buscaran la solución de sus días.

Lo primero que siento apenas salgo a la calle es el calor bajo la

suela de mis zapatos. Segundos después, el ardor en mi pelo me dice que busque amparo bajo los árboles o en los aleros de los negocios que bordean la carrera Quinta. Que imite a la mayoría de las personas con algo de sentido común que transitan por allí. Compruebo la hora, observo en derredor, trato de hallar la respuesta en los rostros que avanzan apresurados frente a mí. Solo busco una excusa para no ir al encuentro de Violeta. Me obligo a pensar en asuntos pendientes que debería atender, pero no hay ninguno. Mi cabeza impone su imagen. Violeta en la infancia; Violeta en la adultez. Y más allá de las imágenes intercaladas de las dos Violetas hay una lucha entre las dos por prevalecer. Y más lejos todavía está el abismo. Y el abismo es no saber qué hubo entre una Violeta y la otra. Ahí está la respuesta: quiero conocer eso desconocido que hay entre su juventud y su presente.

Pero, segundos antes de que la decisión se instale por completo en mi ánimo, un hombro apresurado me embiste por la espada y me saca de mi abstracción. Caigo en cuenta de que sigo parado en medio de la calle, expuesto a los rayos del sol que caen sobre mi piel humedecida por el sudor. Enfilo hacia la carrera Sexta, pero una mano me toma por el codo y me detiene a la altura de la Alcaldía. El dueño de la mano me saluda eufórico por mi nombre. Lo observo y no lo reconozco. Intento escarbar en mi memoria, pero no hallo un referente que me dé luces acerca de su identidad. Tras percatarse de mi perplejidad, el hombre dice:

—¡Pablito! Soy yo, Leo, ¡Leonardo! —habla con entusiasmo. El tono de su voz es demasiado alto, irritante, pero algo en ella me trae a la memoria un recuerdo tenue que poco a poco se va aclarando.

Entonces lo reconozco. Es Leonardo Céspedes. Amigo del barrio donde crecí. Está muy cambiado. Le sonrío y le extiendo mi mano, pero llega hasta mi altura con los brazos abiertos y una mueca que se convierte en sonrisa. Me palmea la espalda. No deja de hacerlo hasta que me veo obligado a separar su cuerpo del mío. Me toma por los hombros. Me mira durante varios segundos y dice, mientras se muerde los labios y niega con la cabeza:

—El mismo Pablito de siempre.

—El mismo —Sonrío.

Y como si no me hubiera escuchado continúa:

—Tímido, retraído. Sí, el mismo Pablito.

De nuevo, me mira, lo miro. Ahora su recuerdo llega más fresco a mi memoria. Leíto, el vecino de la cuadra. El amigo impuesto por las circunstancias: era el único que aguantaba mi silencio, que para otros era insoportable. El único niño al que no le preocupaba que no lo siguiera en sus aventuras imaginarias, pero además era el único niño que tampoco lo necesitaba. Él se bastaba a sí mismo para imaginar historias, vidas y situaciones irreales que me contaba. En cambio, para él no fui más que el oído que lo escuchaba todo sin decir nada.

Reconozco en su actitud, en los gestos y en los rasgos faciales al niño que fue, al amigo que presenció, sin saberlo, el momento más crucial de mi vida, ese que determinó lo que soy, cuando el rencor creció en mí como una infección incurable que contamina la sangre y el único camino a seguir es amputar. Veo su rostro de tez blanca, ojos pequeños, de un azul cenizo, que dan la impresión de alguien que mira sin interés, como si la vida no existiera detrás de ellos. Pero nada más alejado de la realidad: Leíto siempre fue vital, el amigo de todos, el charlatán a quien reconocían por su escasísima capacidad para mantenerse en silencio durante más de cinco minutos. Su rostro todavía guarda los rastros del acné que, supongo, debió padecer en su primera juventud, tiempo durante el cual yo ya había asumido mi auto exilio. Detrás del endurecimiento de su rostro y de su incipiente obesidad está la sonrisa infantil, la misma de nuestros días. Su voz me saca de mi enajenamiento.

—Mi hermano, ¿qué ha sido de su vida?, ¿dónde se había metido todos estos años?

Evado su mirada. Observo a la gente que camina con paso presuroso. A los hombres que discuten la gestión del alcalde. Hablan de la mierda en la que está sumida la ciudad mientras esperan los contratos que, subrepticiamente, tienen planeado ejecutar con la Alcaldía. Todo esto lo dicen al tiempo que miran con deseo a las mujeres que transitan por allí.

Al final, le respondo que he estado trabajando en Bogotá. Que

decidí hacer mi vida por mi cuenta. Me mira con admiración y me felicita. Se extiende en elogios y destaca mi valentía, mi determinación para irme tan joven y buscar mi destino. Cuando se cansa de hablar, me pregunta si decidí volver a Neiva. Le digo que no. Le aclaro que solo estoy de paso, «unos cuantos meses, cuestiones laborales». Hablamos de mi profesión. Hablamos un poco de los negocios que hace «aquí y allá». No se extiende demasiado. Lo necesario como para cambiar de tema. Finalmente, luego de un largo silencio, me hace la pregunta que ha tenido atorada desde que empezó a hablarme. «Y su familia, ¿qué tal?». Le digo que bien, de manera cortante. Sabe que miento, que su pregunta es una imprudencia. Él conoce mi pasado. Quizás por eso se apresura a proponer que vayamos a almorzar. «Ya es hora. Yo invito», dice. Le agradezco la oferta y le explico que tengo otro compromiso. Dice que por ningún motivo acepta un no por respuesta. Aduce que han pasado muchos años y que en honor a nuestra amistad lo mínimo que yo puedo hacer es aceptar. Me resigno.

4

La ciudad ha cambiado. Es el primer pensamiento que llega a mi mente a medida que buscamos donde almorzar. Avanzamos entre puestos de madera móviles repletos de bananos o chontaduro o aguacates, empujados por vendedores ambulantes que ofrecen sus productos por encima de las canciones de moda, que suenan en los almacenes de ropa con una potencia apabullante.

Recuerdo con claridad que, en mi infancia, las personas vivían sin urgencias. A un ritmo más lento. Caminaban despacio, se detenían a saludar y a preguntar por la familia, por la salud de los hijos. En ese entonces casi todo el mundo se conocía. O al menos, esa era la impresión que yo tenía. También hablaban sin apuros, incluso el acento se ha perdido, cada vez es más neutro. Y la mirada, ese es otro cambio en el orden de mis recuerdos; antes la gente se sonreía, levantaba la cabeza o hacía algún ademán cortés que diera cuenta de su amabilidad. Pero ya no. Mientras camino, solo percibo miradas de prevención, como si todos fuéramos una amenaza en potencia. Y lo entiendo. Todo el mundo habla de la inseguridad, de cómo robaron a la señora de la esquina y la arrastraron por robarle el bolso. Por esa razón veo a muchas mujeres caminando con sus bolsos bajo las axilas, como si llevaran un tesoro muy preciado adentro. Es triste darse cuenta de que todo cambia. Que solo quedan los recuerdos como último refugio de la nostalgia. De lo que ya dejó de ser.

La voz de Leíto me saca de mis pensamientos. Me disculpo y le pido que me repita la pregunta:

—Usted sigue siendo el mismo despistado de siempre —dice con candoroso reproche. Luego de un breve silencio añade—: Le estaba diciendo que si quiere comer pollo asado.

Me encojo de hombros y afirmo con la cabeza. Entonces entramos a un lugar que no conozco, en donde antes había una panadería. Como si me leyera el pensamiento dice:

—Este lugar es nuevo. Lo abrieron hace apenas unas semanas —Y luego de ver cómo repaso con la mirada los estantes pulcros,

metalizados, las luces alógenas en pleno medio día, el techo blanco como una nube, agrega—: Este negocio, como muchos de los que hay en el centro, es de paisas. Esos manes están dando mucho trabajo.

Solo asiento.

Luego de quitarme los guantes de plástico y limpiarme la boca con un par de servilletas, le agradezco a mi amigo y le digo que debo irme. Él me mira como si le hubiera hablado en otro idioma. Le recuerdo que estoy en Neiva por cuestiones de trabajo y que debo ir a redactar informes y preparar la próxima capacitación. Miento. Todo el material lo tengo listo desde hace semanas. Soy muy escrupuloso con lo que tiene que ver con mi trabajo. Aunque no siempre me gusta, trato de hacer todo lo mejor posible. Me dice que hagamos un trato, que lo acompañe a cobrar un dinero muy cerca de donde estamos y que luego de eso nos despedimos, allí mismo, en el parque Santander. Insisto en que debo irme. Le propongo un próximo encuentro para mañana. Se niega. «Mañana viajo», dice. Va a trabajar en Pitalito. Suspiro. Tras no encontrar otra vía de escape, acepto con resignación.

Lo espero afuera de un casino por casi veinte minutos. Miro la hora en mi reloj con insistencia mientras Leonardo, quien me ha pedido «del modo más encarecido posible» que no lo llame más Leíto, no da señales de vida. Por fin sale con el rostro contrariado y dice que no logró que le pagaran. «No importa», dice sonriendo. Mira el cielo, cierra los ojos y se abanica con la mano.

—Uf, está haciendo como calor. Acompáñeme a tomar una cerveza.

De nuevo suspiro, pero no me niego. Sé que es inútil hacerlo. Es evidente que Leonardo no va a aceptar un no por respuesta.

Pese a que su cuerpo insinúa una inminente obesidad, sus movimientos son resueltos y su paso ágil. Avanza con desenvoltura entre la gente que, como todo el que transita por allí, trata de sortear del mejor modo posible el gran número de puestos ambulantes que reducen el espacio a una franja estrecha. Trato de llamar su atención, pero no me escucha. Luego de un rato se percata de que no voy a su altura y se detiene. Sin decir nada,

señala con los dedos índice y pulgar, formando una pistola, y dirigiéndolos a un costado dice: «Llegamos».

Cerveza fría. Treinta y ocho grados de temperatura. El calor que se reconcentra en cada poro. Nos miramos al tiempo que chocamos las botellas. Me entrego a la fría sensación del líquido que baja por mi garganta. Me pregunto: ¿qué hago aquí? ¿No sería mejor, más productivo, estar en mi cuarto, desnudo y leyendo en la semi penumbra? ¿No tendría que buscar a mi hermana? Violeta, mi hermana. Mis pensamientos se desacostumbraron a reconocer el vínculo entre ese nombre y mi vida, como también se deshabituaron a relacionar palabras que, para el común de la gente, significan algo: padre, madre, familia. Sustantivos carentes de significado para mí. Pero hay algo, acaso un sentimiento, una sensación, un murmullo, que me dice que mi lugar no es en este bar sino en las calles de Neiva, donde Violeta está haciendo alguna diligencia, algún trámite peregrino. Casi puedo imaginarla, con su nueva apariencia, apoyando el peso de su cuerpo en una pierna, concentrada en el celular, mientras llega su turno, tal vez en la caja de un banco.

En cambio, sigo sentado con una cerveza en la mano, sin prestar la más mínima atención a la perorata de mi amigo. «O asume el encargo o se olvida del ascenso», fueron las palabras de mi jefe, con la sonrisa hipócrita con que refutó todos mis argumentos para no venir. Leonardo me saca de ese recuerdo cuando pronuncia el nombre de Violeta. Sin darle tiempo de nada, en un tono que, reconozco descortés y agresivo, pregunto:

—¿Violeta?, ¿qué pasa con ella? —Me arrepiento. Leonardo no tiene la culpa de lo que pasa en mi cabeza. Sin embargo, no parece percatarse o trata de simular o no le importa mi reacción.

—…Violeta. ¿Cómo está? Hace mucho que no sé nada de ella —repite.

«Yo tampoco», me gustaría responderle. En cambio, no digo nada. Observo a mí alrededor como si pudiera encontrar en el entorno algún detalle curioso que me ayude a desviar el rumbo de la conversación. Nada. Por último, digo, casi sin pensar, que mi hermana está bien. «Hace mucho no sé de ella», confieso, «la última

vez que tuve noticias suyas fue hace dos meses», miento. Son más de diez años. Desde entonces no sé nada. Me quejo del calor. Trato de evitar el comentario que, estoy casi seguro, Leonardo hará si no me salgo del tema lo más pronto posible. Y, en efecto, lo hace, con una expresión de falsa indignación: «¡Cómo es posible!». Y tras reflexionar por unos segundos añade como para sí, «Los hermanos Castellanos, quién lo iba a pensar». Le aclaro que las razones de nuestro distanciamiento no son problemas personales sino debido a mis múltiples ocupaciones. «Mi vida es un caos. Siempre estoy viajando, no me queda tiempo para nada, ni siquiera para mantenerme en contacto con mi familia». Una luz cae sobre mi cabeza. «A decir verdad, por eso rehusé su invitación, porque quiero ir a ver a mi hermana, saludarla, saber cómo está», continúo mintiendo. Digo esto al tiempo que me levanto, extiendo mi mano para despedirme, pero Leo me mira desconcertado. Al instante reconozco que mi comportamiento no es el más natural ni el más adecuado, pero no me queda otra alternativa si quiero salir de allí. Antes de poder abandonar el lugar, Leonardo me dice:

—Está bien. Entiendo —Su voz es de resignación—, tal vez nos podamos ver otro día. ¿Cuánto tiempo me dijo que iba a estar acá?

—Un poco más de dos meses.

—Qué bueno. Yo también tengo que estar yendo y viniendo. Deme su número y lo llamo cuando regrese.

Lo escribo en una servilleta que tomo de la mesa y se la extiendo. Nos despedimos deseándonos suerte. Pero antes de cruzar el umbral de la puerta, me toma por el hombro y me dice:

—Hermano, qué pena con usted, pero ¿me presta algo de dinero? La próxima vez que nos veamos se lo devuelvo. Usted se dio cuenta de que me quedaron mal…

Lo que sea con tal de quedarme solo. Busco en mi billetera y, sin decir nada, le extiendo un billete de cincuenta mil pesos que hacen que sus ojos brillen. Una sonrisa llena de satisfacción se manifiesta en su rostro, como la sonrisa de los mendigos de verdad agradecidos o la de los políticos falsamente dadivosos en épocas de elección. Le pregunto si así está bien y sonríe.

—Me salvó, hermano, muchísimas, muchísimas gracias. Yo se lo pago apenas vuelva a Neiva.

Entonces, me doy cuenta de que no lo volveré a ver en un largo tiempo.

5

El calor de la tarde se me pega a los huesos como una sanguijuela. Gruesas gotas caen por mi espalda hasta formar un mapa de sudor en mi camisa. Eso me gusta. Sentir el vaporoso abrigo del viento que acaricia el cuerpo como una lengua de fuego, me reconforta. Pocos creen que yo hablo en serio cuando manifiesto mi gusto por el calor. Pero es verdad. Desde muy niño recuerdo el placer que sentía en las mañanas soleadas, blancas de luz, en las que disfrutaba los intensos rayos que caían directo sobre mi rostro y brazos a la hora del descanso, vivificantes, llenos de energía. No importaba si era jugando fútbol o simplemente sentado sobre una piedra observando a los demás pequeños. Así permanecía yo, con los ojos cerrados, una sonrisa en los labios, siguiendo el recorrido de las gotas que caían por mi frente, por mis brazos, por mi espalda.

Disfruto ahora con un tipo de calor distinto, más artificial, como de invernadero. Lo que hago es apagar el ventilador, cerrar las ventanas y las cortinas a la espera de que el ambiente del cuarto se condense, mientras las gotas de sudor bañan mi cuerpo desnudo, tirado en mitad de la cama. Siento un enorme placer con el ahogamiento que me procuro. ¿Qué cambió? ¿Por qué no disfruto de las cosas simples como lo hacía antes? Los años cambiaron, me digo por única respuesta. La inexperiencia de la vida hace que, a medida que la vivimos, todo vaya cambiando, desde nuestra percepción del mundo hasta nuestros afectos y deseos, nuestras ilusiones y perspectivas. Todo cambia. El placer natural por el calor devino en uno artificial que busca, tal vez sin yo proponérmelo, recobrar la infancia.

Pero ¿por qué?, ¿hasta cuándo continuaré buscando en mi memoria la ligereza de esos años? ¿Acaso no fueron los más tristes de mi vida y la razón por la cual me fui? Es verdad. Pero también fueron los más felices, porque detrás del dolor estaba Violeta. Ella fue el bálsamo que me permitió seguir adelante pese al sentimiento de culpa que se anidó en mí por el simple hecho de haber nacido. Sentimiento que incubó mi padre. El suyo es el nombre que se le debe dar a la culpa.

¿Y si voy en busca de mi hermana? ¿Si entro al edificio sin

anunciarme y pregunto, oficina por oficina, por Violeta Castellanos? No. No me atrevo a tanto. No por el momento, al menos. Necesito tiempo para imaginar el reencuentro. Para repetir y aprenderme cada palabra que voy a decir cuando la tenga en frente. Un reencuentro de tantos años no es algo que se deba tomar a la ligera. Se debe preparar con meticulosidad y prever todas las reacciones que pueda haber. Las suyas y las mías.

Ya llegará el momento, eso podría asegurarlo. O quizás no. Aunque prefiero venderme la idea de que sí. Que la veré, que hablaré con ella, que recobraremos los buenos, los pocos buenos, recuerdos y lloraremos juntos por los malos tiempos.

No soy consciente de que he estado absorto en mis pensamientos hasta que una serie de gritos y silbidos me sacan de mi abstracción. El escándalo lo origina un hombrecito bajo, casi un pigmeo, que tiene puesta una gorra de Terpel y ríe a carcajadas mientras exhibe una dentadura amarillenta, descuidada y desigual. Sus ojos evidencian un resplandor opaco a cada grito y chiflido que acompaña de los movimientos irregulares de sus brazos, que recuerdan los aleteos de un colibrí o los ademanes bruscos de un orangután. Justo cuando pasa por mi lado me doy cuenta de la atención que ha acaparado: las personas a mi alrededor lo invitan a seguir gritando, a decir obscenidades. Los vendedores ambulantes celebran su presencia con carcajadas estridentes y los policías lo amenazan en broma con sus bolillos para que siga berreando y silbando como un becerro en descontrol. Entonces me doy cuenta cuánto extraño todo esto: la falsa camaradería entre desconocidos, la íntima cofradía en la que todos parecen ser amigos por unos pocos segundos. Esto es algo que solo ocurre en las ciudades chicas, en las que todavía se guarda el espíritu de villorrio que alguna vez fue.

Tomo camino sin rumbo fijo. Paso por calles, doblo en una esquina, me devuelvo. Me dedico a ver personas que vienen y van. Busco en sus rostros el de mi hermana, como a la espera de una casualidad que me ahorre la planeación de un encuentro premeditado. Pero no ocurre. En esto se me va la tarde, hasta cuando un olorcillo a aceite sofreído me llega directo al paladar. Se me hace agua la boca y trago un grueso buche de saliva. Avanzo hasta donde procede el

aroma: pasteles de carne y huevo, de huevo y pollo, y de solo huevo y arroz. Una mujer con la cara enrojecida, salpicada de abundantes gotas de sudor que le perlan el rostro y le bajan hasta la boca, me pregunta qué se me ofrece al tiempo que traga su sudor en un intento desesperado porque este no caiga en el aceite hirviendo que tiene justo debajo de la cabeza.

Cuando me doy cuenta, ya me comí dos pasteles de huevo y carne y dos empanadas que no había visto y de las que mi estómago se antojó apenas las vio en una canasta semivacía que yacía a un costado de la vendedora. En ese momento la palabra «Glotón» llega a mi cabeza como si la sacaran de un naufragio proveniente del fondo abisal de mi memoria.

Recuerdo las mañanas de mi primera infancia en las que sentí aquella sensación parecida a la plenitud que muchos llaman felicidad. Eran días en los que todavía el odio no me había arrebatado la posibilidad de crecer con el grado aceptable de resentimientos: ese nivel manejable de traumas con que todo el mundo se cría. Algo así como pasa con el colesterol, que no se erradica, pero sí se controla. Del mismo modo, los resentimientos siempre estarán en nuestras vidas. Por ello, la preocupación de todos no debe ser acabarlos sino mantenerlos en sus niveles más bajos.

Durante aquella época yo vivía tras los pasos de mi hermana. En el colegio, por ejemplo, una vez tañía la campana para anunciar la hora del descanso –con ese sonido ahuecado que siempre asocié a la urgencia–, corría hasta los cursos superiores. Allí encontraba a mi hermana riendo con sus amigas, con una frescura y espontaneidad que no he visto desde entonces en otro ser humano. Ella me abrazaba, me consentía y me compraba de los mismos pasteles y empanadas que mastico ahora. «Tan bello, mi glotón», decía mientras me veía comer. Luego me besaba y me arreglaba el pelo como si yo fuera un muñeco de felpa o uno de los tantos Ken que nuestro padre le compró durante el breve tiempo que la dejó ser niña.

Fue esa la palabra con la que asocié el cariño. Y no por la palabra en sí misma, que nada tenía de cariñosa, sino por el modo en que mi hermana la pronunciaba y me miraba al hacerlo. Esa era su

manera de decir que todo iba a estar bien.

Pero la magia alrededor de esa palabra terminó el día en que mi padre la pronunció. Estábamos mi hermana y yo viendo televisión en la noche, sentados uno junto al otro en el sofá, cuando, de un momento a otro, entró el hombre que nos dio la vida y nos miró desde su alta imponencia. Me saludó, su mano en mi cabeza, un contacto protocolario, mientras que a mi hermana le dio un beso en la nuca que la hizo estremecer. Segundos después, enfiló hacia su cuarto y, una vez allá, preguntó por la cena. Fue como si hablara un espanto, Violeta y yo nos miramos con angustia. ¡Se nos olvidó!

«Ya la preparo», fue lo único que atinó a decir Violeta. Esas tres palabras fueron suficientes para que se desencadenara la furia y comenzaran los gritos. Mi hermana se levantó como si tuviera un resorte en la espalda antes de que el hombre volviera de su cuarto con una correa en la mano. Pero de nada sirvió. En poco tiempo reapareció, su torso velludo y unas pantalonetas que dibujaban con obscenidad su abultada entrepierna. Cuando llegó a la sala, notó que Violeta ya estaba en la cocina moviendo las ollas; en su lugar, la emprendió contra mí: blandió su correa sobre mi cuerpo al tiempo que decía «¡Y usted por qué no le recordó a su hermana que preparara la cena, glotón de mierda!». Violeta volvió a la sala para interponerse, pero fue inútil, siempre encontraba la manera de que sus correazos cayeran certeros sobre mí.

Esa noche, mientras continuaba sollozando en la oscuridad de mi habitación y miraba el techo en penumbras con los ojos hinchados, odié doblemente a mi padre; no solo por el hecho de tratarme como un cero a la izquierda en su vida sino también por contaminar las palabras de Violeta, que, estoy seguro, pronunció con esa intención.

—¿Se va a comer otra? —me pregunta la mujer con la cara todavía sudorosa. Niego y le extiendo un billete. Me da las vueltas y salgo de allí.

Cruzo el Parque Santander al tiempo que la noche comienza a caer sobre la ciudad. Todavía se pueden escuchar los últimos trinos de algunos loros rezagados entre las copas de los árboles. Una leve brisa acaricia el cuerpo de las personas que transitan por allí, único consuelo tras el calor que asoló la ciudad durante todo el día.

6

Llego a casa antes de la cena. No tengo hambre. Todavía estoy lleno de los pasteles. Siento el estómago pesado, rugiente por momentos. No me encuentro del todo bien. Busco en mi bolsillo las llaves, pero recuerdo que doña María todavía no me las ha entregado. Cuando estoy a punto de golpear, la puerta se abre como si ella me estuviera esperando. La saludo con una sonrisa que delata mi malestar estomacal, o tal vez lo que me delata sea el sudor frío y enfermizo que me empapa y que, incluso sin tener un espejo en frente, sé que debo verme como un fantasma.

—¿Se encuentra bien?, ¿qué le pasó? —Yo solo atino a agarrarme el estómago.

Sin decir nada, me conduce hasta la cocina. Me sienta como si fuera un convaleciente, junto a una pequeña mesa rectangular cubierta por un mantel de plástico con motivos florales de colores vivos. La veo de espaldas a mí, los brazos en movimiento, tomando ollas, vertiendo agua del grifo. Enciende el fogón y pone una olleta sobre las llamas. Pasan minutos largos en los que ninguno de los dos dice nada, ella concentrada en su mejunje y yo concentrado en mi dolor de panza. Se acerca y me larga un pocillo con un líquido hirviente y humeante. Antes de que yo pueda preguntar qué contiene, dice—: Esto le va a quitar cualquier dolor que tenga, no se preocupe.

Acerco el pocillo a los labios y, como si estuviera tocando una quena, soplo el contenido. El sabor es amargo, pero no del todo incómodo al paladar. El líquido escalda mi garganta. Le agradezco y le extiendo el pocillo. Doña María no ha dejado de mirarme mientras bebo el líquido. Lo hace del mismo modo en que me miró días atrás: con una media luna en los labios, una sonrisa ambivalente. Su expresión es coordinada, empiezo a notarlo. La parte superior de su cara expresa una mirada que no corresponde a la de su sonrisa. No voy a decir que sea una mirada de odio, pero tampoco que sea entrañable. Es como si tuviera la cara dividida en dos mitades: el ying y el yang, el cielo y el infierno, lo prosaico y lo sublime. Es desconcertante.

Atenciones como esta son el punto de partida para que la imagen de

mi hermana vuelva a aparecer con nitidez. Una sensación cándida. Esa misma sensación que debe sentir alguien al que se le pone una manta y se le ofrece una espumosa bebida caliente luego de haber estado varias horas perdido en un bosque. «Gratitud», es la palabra que llega a mi cabeza. Tal vez por esa misma razón me muestro amable, dispuesto a ser cortés, a derrumbar la barrera que interpuse apenas llegué a su casa.

—Ya me siento mejor —digo—, muchas gracias, doña María —Y luego de unos segundos añado—: No reconozco el sabor de lo que me dio, ¿qué era?

—No se preocupe por eso —responde con un brillo de malicia en los ojos—. Es un secreto de familia.

Sonrío sin añadir nada más. Entiendo, en cambio, que ella sí conserva sus reservas intactas hacia mí. O al menos eso parece hasta cuando estoy a punto de despedirme y ella comienza a hablar de un modo natural, fluido, torrencial, como el cauce de una quebrada animada por las lluvias invernales.

Nunca he sido buen conversador. Esto se debe quizás a que no tengo mucho qué decir. O solo a que no me gusta enfrascarme en discusiones que desembocan en temas que no están en mi agenda de interés. Por ejemplo, mi familia o mi pasado. Por esa razón, siempre he preferido escuchar y así me ha ido bien. En mi trabajo las personas creen que para ser un buen vendedor es necesario hablar mucho, tener una gran capacidad de persuasión por medio de la palabra. Ser persuasivo es importante, pero no es necesario hablar mucho para serlo. Por el contrario, hay que ser ahorrativo con las palabras y saber escuchar. Saber cuándo es el momento correcto para hablar es la clave del éxito en las ventas. Las personas están cansadas de sentir el acoso de hombres y mujeres que llegan con maneras diplomáticas y sonrisas estereotipadas a ofrecerles miles de productos en los momentos más inoportunos. El silencio y la mesura siempre serán la mejor carta de presentación. Lo que realmente valora el comprador –y para eso he venido a Neiva– es que un vendedor los escuche, que se preocupe por sus necesidades, que reconozca en las palabras de su interlocutor en qué momento hacer la oferta y en qué otro cerrar un negocio.

Tampoco me ha ido mal escuchando en mi vida personal. Hay ciertas mujeres que sienten una fascinación por los hombres callados. El silencio es un afrodisiaco difícil de resistir para ellas. Es como si no hubieran tenido la posibilidad de decir palabra alguna en sus relaciones pasadas. De seguro, dieron con hombres monotemáticos, egocéntricos, que se comportan como si fueran el tema principal. Por un momento pienso que doña María es una de ellas porque, de un momento a otro, quizás espoleada por mi actitud de escucha, no se contiene al hablar de su vida.

Va hasta el fogón y prepara café para ella y, aún solidaria con mi estómago, me brinda un poco más de su agua misteriosa. El ambiente de la cocina es caluroso, cubierto por una luz amarillenta, proveniente de un extremo de la habitación, que le otorga a lo narrado por mi interlocutora un aura de antología, de historia contada en sepia.

—…La verdad de todo es que esa planta es bendita. Mi abuela Elisa acostumbraba a darme de tomar de esa agua cuando yo era muy chiquitica e iba a su casa, allá en la Jagua, muy cerca de Garzón. A veces, por las noches, me dolía el estómago y ella me la preparaba. Desde luego, le preguntaba lo mismo que usted me preguntó y ella se negaba a decirme qué era. Solo me insistía en que me la tomara porque me iba a hacer muy bien para el estómago y mi alma. Yo a mi abuelita Elisa la quise mucho y por eso no le insistía. Además, yo escuchaba a las personas mayores cuando decían que ella era una mujer muy conocedora de plantas. Entonces solo hacía caso y me la tomaba. ¡Y era verdad! Al poco tiempo uno se sentía bien. Solo con los años, cuando ella estaba muy anciana, y yo ya era una adolescente, me quiso enseñar «para que guarde su legado», decía. Y así lo hizo. La única condición que me puso fue que no transmitiera el conocimiento de las plantas a nadie distinto que a mis hijos… —De repente doña María se detiene. Parece apesadumbrada, como si una nube de tristeza se hubiera posado sobre ella.

—¿Está bien, doña María?

—Sí, mijo. Es la soledad que pega duro.

Estoy a punto de decirle que no es necesario que hable de lo que

claramente le causa dolor, pero ella retoma su monólogo torrencial y no me da tiempo.

—En fin. Lo cierto es que la vida no quiso que yo tuviera descendencia, y en consecuencia mis conocimientos con las plantas morirán conmigo.

—Pero debería conseguir a alguien que quiera aprender para que ese conocimiento no se pierda —le digo por decir algo.

—¡Imposible! —exclama—, mi abuelita Elisa se devolvería de donde está para jalarme las patas. Eso no se puede hacer. Uno no puede equivocarse en algo como eso. La palabra es sagrada.

—Tiene razón, doña María.

—Claro que sí, mijo. La palabra es el último rastro de honorabilidad que nos queda.

—No me refería a eso. Tiene razón en que la bebida funciona. Ya no siento ningún malestar. Aunque en lo otro que dice, también.

—Claro que funciona.

Bostezo intencionalmente. Ella se da cuenta del mensaje.

—Ay, mijo. Discúlpeme por contarle todo esto. Pero sabe… le voy a confesar algo. Cuando usted llegó a preguntar por el cuarto, no me causó la mejor impresión, pero la necesidad tiene cara de perro, como dice el dicho. Y de verdad que casi me convenzo de que fue una mala decisión cuando me respondió tan feo por sugerirle que abriera las cortinas.

—Discúlpeme por eso, no fue mi intención. Me cogió en un mal momento.

—Sí, tranquilo. No se preocupe. Hay algo que mi abuelita también me enseñó y es a ver detrás de las acciones de las personas, lo que esconde el alma. Y sepa algo: todos tenemos una pena que cargar. Usted y yo, por ejemplo, tenemos la soledad estampada en la espalda, como un tatuaje.

—Sí, todos cargamos una pena, como dice la canción.

—Exacto. Y a veces la vida nos alerta, sabe. Nos anuncia cuando una pena se avecina.

—¿A qué se refiere?

—A los sueños.

—La verdad, yo no creo en los sueños.

—Pues debería, ya que nos hablan.

—A mí nunca me han dicho nada.

—Lo más seguro es que sí. El problema es que usted no ha sabido escuchar.

—Tal vez, nunca les he prestado mucha atención.

—Eso en algún punto va a tener que cambiar.

—¿Por qué lo dice?

—Porque a veces la vida nos pesa, igual que un ancla, y estamos tan agotados, que nada de lo que nos ocurre tiene sentido para nosotros. A mí, por ejemplo, los sueños me han permitido entender mucho de lo que pasa a mi alrededor; desde luego, para llegar a entender tuve primero que negarme y después sucumbir, como última alternativa, a interpretar lo que sucedía en mi vida desde otro ángulo.

—Tal vez tenga razón.

—La tengo. Otro ejemplo es que usted y yo ya nos habíamos encontrado en mis sueños. Usted está allí, pero es otro que ya pasó por mi vida en este plano de la realidad y quedó plasmado en una foto.

—¿De qué habla? ¿Cuál foto?

—Otro día se la enseño.

El cansancio me llevó a no seguir con las preguntas. Sin embargo, luego de esa conversación, mi percepción sobre doña María cambió. Pasó de ser la mujer evasiva que me arrendó la habitación a alguien con una historia e ideas que ya había escuchado en mi niñez a los más viejos cuando hablaban de las brujas de la Jagua. Desde luego, esta idea no deja de ser más que parte de la construcción cultural de los huileneses, muy apegados al pensamiento mágico, en donde ven duendes, patasolas y mohanes por todas partes.

Lo cierto es que mi estómago se mejoró, pienso antes de quedarme dormido.

7

Tras una mañana poco productiva en la Cámara de Comercio, de bostezos, actitudes perezosas y varios «ajá» despectivos, salgo del auditorio hacia la carrera Quinta. Avanzo sin rumbo con la intención de disipar mis pensamientos y de borrar de mi mente los fantasmas que habitan en mi cabeza. Recorro calles angostas, flanqueadas por altos almendros que se suceden uno tras otro al costado izquierdo de la vía. Las raíces de los árboles levantan el pavimento y dan la impresión de que se está transitando por una zona de guerra. Algunas mujeres vestidas con faldas y blusas ejecutivas pasan por allí con cuidado de no tropezar con los sobresaltos. También pasan hombres que, con la mirada puesta en los celulares, trastabillan mientras gesticulan maldiciones y miran para todos lados, como buscando un culpable para su torpeza. Varios perros callejeros permanecen frente a un restaurante mientras olisquean el aire, en tanto que otros meten el hocico en la basura que se acumula a un costado del local. Un hombre los ahuyenta con aspavientos y gritos que llaman la atención de la concurrida calle. Pero yo también siento el aroma de la comida en cocción. Soy un perro más.

Entonces, entro y tomo la carta de una mesa circular que está ubicada al lado de la puerta. El calor reconcentrado de los fogones y de las personas que empiezan a llegar genera una sensación de sofoco en el lugar. Un mesero va de aquí para allá con la frente sudorosa y haciendo equilibrio con platos sobre una bandeja. Hombres y mujeres comen de forma atareada, conversan sin mirarse, las palabras salen con restos de comida. Todos ellos son sujetos que, como yo, trabajamos de lunes a sábado en jornadas de ocho horas. El tiempo apenas nos alcanza para vivir, pienso mientras un hombre con rastros de acné se acerca a mi mesa y pregunta si ya estoy listo para ordenar. Sonríe con solemnidad impostada. Ordeno lo primero que me ofrece y espero.

No transcurren más de diez segundos luego de que el mesero se aleja con paso presuroso cuando siento sobre mi costado izquierdo a alguien que me observa. En principio me hago el desentendido, pero la mirada insistente me lleva a levantar la cara de la mesa, y encuentro dos ojos impertinentes que no disimulan. Me siento

incómodo. No me gusta que me miren, menos con tanta insistencia. Creo que a nadie le gusta. Es como si quisieran desnudar los pensamientos más íntimos con la fuerza de los ojos.

Levanto las cejas y hago un gesto con la cabeza para preguntarle al desconocido qué es lo que quiere. Me sonríe. Frunzo el ceño y me alejo unos centímetros de la mesa sin dejar de mirarlo mal mientras el joven con acné dispone sobre ella un plato de sopa y otro con arroz, carne, fríjoles y ensalada. Me pregunta el mesero si deseo algo más. «No, gracias», digo. Cuando se retira, me concentro en las cucharadas que sorbo despacio. Por más que intento mantener la concentración en la comida, es imposible. El hombre no deja de mirarme. Mi irritación crece con cada segundo que pasa hasta que, ya cansado con la situación, decidido levantarme para increpar al desconocido, pero me detengo en seco. El hombre se me adelanta y viene hasta donde estoy con una sonrisa en los labios.

—¿Ya se olvidó de los amigos? —pregunta sin dejar de sonreír, afable. Entonces adivino una expresión ridícula en mi rostro, entre el asombro y la incomodidad.

Niego con la cabeza sin decir nada, como un niño al que le preguntan la tarea y no sabe la respuesta. Escucho su voz como si estuviera en un sueño:

—Estaba esperando a ver si me reconocía —dice mientras se acomoda en la silla de enfrente—, pero parece que no fue así —Hace una pausa y se queda mirándome, los ojos como dos fisuras—. ¿En serio no se acuerda de mí?

Trato de buscar en sus facciones algo que me traiga a la memoria la identidad del hombre, pero no puedo identificarlo ni asociarlo con alguien conocido en mi pasado más remoto. Pienso tal vez que se deba a su calvicie prematura. Sobre los costados de su cabeza descansan unos pocos cabellos abatidos y delgados y, más allá, sobre la coronilla y el parietal, otros ralos y escasos. Esta cualidad le da al conjunto una apariencia ambivalente que contrasta con su cuerpo visiblemente trabajado, musculoso, del tipo que ha pasado muchas horas en el gimnasio.

—Disculpe, creo que me está confundiendo.

—No diga bobadas, Pablo, soy yo, el Gordo… —se corrige—; mejor dicho, soy Álvaro, pero su hermana me decía así. ¿En serio no se acuerda de mí? Todavía somos muy amigos.

El corazón me da un vuelco cuando escucho la mención de mi hermana y antes de que yo pueda decir algo, Álvaro se me adelanta.

—Imagíneme con cuarenta y cinco kilos más y verá.

Hago el ejercicio y funciona de modo parcial. Poco a poco se va construyendo en mi mente la figura obesa sobre el cuerpo atlético que tengo delante de mí: los pómulos amplios, los carrillos inflados, la papada colgante. Y allí aparece Álvaro, Álvarito, como le decían en el barrio.

La primera imagen que llega a mi cabeza es la de Violeta, por supuesto. Ella en los últimos días de su infancia, con el cabello largo, flaca como un chamizo, bella como la luz de la primera mañana. La veo entrar a la casa agarrada de la mano de su mejor amigo, el Gordo. Lo lleva a rastras de la sala a la habitación sin decir palabra alguna. Él, detrás de ella, tomado de la escuálida mano de Violeta, jadeante, pidiéndole con la voz entrecortada que no vayan tan rápido. Por toda respuesta ella me indicaba silencio con su dedo índice, picarona, como si yo fuese el que estuviera hablando.

Siempre tuvo esa costumbre. Deambular por las habitaciones sin hacer sentir sus pasos, como si en lugar de pies tuviera un par de nubes. Ella era como un gato medroso. Del tipo que prefiere esconderse tras los muebles apenas siente la presencia inminente del peligro. De mi padre. No me cuesta mucho imaginar el miedo que sintió por él, un miedo solo comparable con las heridas que nos infligió.

Pero sí, en efecto, es él. Ahora lo recuerdo con claridad.

Su imagen llega con claridad a mi cabeza. Álvaro sentado frente a Violeta en un andén del barrio hablando en íntima cofradía. Álvaro señalando con su índice mofletudo a alguien que pasaba por allí mientras mi hermana le golpeaba la mano, increpándolo por su imprudencia. Los dos riendo, acostados en la cama de ella,

haciéndose cosquillas. Un inútil abrazo con el que Violeta busca abarcar su gigantesca humanidad. Él, sonriente, candoroso, le devuelve el abrazo. Un genuino abrazo de oso. Imágenes inconexas que navegan, turbulentas, en mi cabeza. Álvaro me dice:

—¿Ahora sí? —pregunta con la mirada acusadora de quien ha sido demasiado paciente.

—Ahora sí, ¿qué? —pregunto saliendo de mi enfrascamiento.

—¿Me recuerda? —Y entonces inclina un poco su cuerpo hacia adelante y alza la mirada como si quisiera observarme desde otro ángulo.

—Discúlpeme —le digo—, estaba tratando de recordarlo. Apenas mencionó su pérdida de peso me acordé. La verdad ha cambiado mucho, parece otra persona.

—Y lo soy —dice con una sonrisa iluminada por el halago. Se queda mirándome por un segundo, tiempo durante el cual su expresión cambia por completo. Entonces sentencia, en un tono de falso enfadado—: Violeta no me había dicho que habías llegado —me tutea por primera vez.

—Ella no sabe que estoy en Neiva —reconozco y agacho la cabeza.

—¡Ay, no! ¿¡Y cómo es eso!? —exclama con gesto amanerado.

Quiero eludir el tema, pero no sé cómo. Aunque también me gustaría que le contara a Violeta que estoy en Neiva. Esa simple mención me facilitaría las cosas. Mi cabeza es un recolector de basura, mezclada y triturada por la confusión. Tras un instante, me disculpo, como si el hecho de no haberme puesto en contacto con ella lo afectara. Le digo que hace poco llegué y que las ocupaciones no me han dado tiempo de nada. Le hago un breve resumen, mitad verdad y mitad mentira, de mis días transcurridos hasta hoy. Álvaro me mira con atención, sigue mis explicaciones con un leve movimiento de cabeza. Parece en verdad interesado en lo que digo. Al final me tranquiliza. Dice que me entiende, que a veces él mismo no tiene tiempo de ver a su propia familia que vive en la misma ciudad. Le agradezco con una sonrisa. Entonces, luego de sopesarlo

por un instante, le pido a Álvaro que me diga cómo ubicar a Violeta. Saca su celular y tras escribir algo en una servilleta, me la entrega. Allí pone los datos de Violeta: dirección de domicilio, laboral y números telefónicos de las dos partes.

Me extiende la mano para despedirse. La mantiene asida más tiempo de lo normal. Lo miro incómodo y me sonríe. De inmediato pienso en campos de algodón. Su sonrisa es una nube blanca, brillante.

—Nos vemos pronto —dice.

—Muchas gracias por todo —digo—. Espero que Violeta no sepa que nos vimos, me gustaría sorprenderla.

—Claro, yo te guardo el secreto —dice mientras me guiña el ojo. Me vuelve a extender la mano como si no lo hubiera hecho, me acaricia la yema de mis dedos antes de soltarla y se devuelve a su mesa, sonriente.

8

Con los años, uno se va dando cuenta de que el tiempo no lo cura todo. Tan solo aliviana los recuerdos. El dolor y la vergüenza son anestesiados por una fuerza semejante al instinto de supervivencia. Nos cuidamos de nosotros mismos, de nuestros recuerdos, de nuestro pasado. Tratamos de protegernos de los errores que alguna vez cometimos, esos que marcan nuestra vida para siempre. Mienten aquellos que afirman que los errores no existen. Solo tratan de amparar sus acciones bajo la categoría de experiencia. No asumen su responsabilidad. Unos cobardes. Como yo.

Y lo digo sin sonrojo: soy un cobarde. Antes me enojaba de solo pensarlo. Por eso evitaba evocar los días de mi juventud, cuando todo ocurrió. Mi padre, mi hermana; él abusando de ella, maltratándome a mí, jodiéndonos la vida a ambos. A ella la admiro porque se quedó y enfrentó las consecuencias. Yo, en cambio, hice mutis por el foro, como el actor que olvidó interpretar su papel en esta tragedia.

Quise olvidar. Fue a lo que me limité. ¿Qué demostración más grande y absurda de cobardía que la de tratar de huir de los recuerdos? Pero de los recuerdos no se huye, como tampoco se huye de la muerte. Pienso en esto y me doy cuenta de que el encuentro con Violeta es impostergable. No tiene sentido huir por más tiempo. O evitar el encuentro, que es otra forma de huir. Entonces viene a mi cabeza algo que leí anoche, en la oscura humedad de mi cuarto: «¿Por qué, por qué vacilas? / ¿Por qué tal cobardía hay en tu pecho? / ¿Por qué no tienes audacia ni arrojo?».

Me siento como Dante, de camino al infierno.

Camino sin tener conciencia de que mis pasos me conducen hasta el edificio en el que vi la última vez a mi hermana. No corroboro la dirección en la servilleta que me dio Álvaro. No es necesario. Estoy seguro de que la mujer escondida bajo la piel avejentada por el sol de los años es Violeta, mi Violeta.

No estoy seguro de lo que voy a hacer. Nunca lo he estado. La indecisión es mi carta de navegación por la vida. Esta no es la

excepción. Miro para lado y lado de la calle: personas y más personas, cada una con sus problemas, con sus vidas. Me siento como un huérfano en busca de su madre. Lo que no está tan alejado de la situación. Al final, decido abordar al vigilante que está sentado tras un mostrador de mármol, con un periódico en la mano. El hombre aleja el papel y me mira con ojos pequeños, líquidos, rojos. Me saluda, «Buenas tardes, ¿en qué le puedo ayudar?». Le sonrío. Imagino mi expresión indecisa, mi boca que no dice una palabra durante segundos que se extienden. El vigilante se levanta: uniforme gris, con líneas rojas y azules; su cuerpo es macizo. Repite la pregunta. Entonces doy el nombre de mi hermana. Ni si quiera me atrevo a preguntar por ella, solo digo su nombre a modo de respuesta, como un bebé que tiene un repertorio de palabras muy limitado.

El vigilante debe pensar que tengo alguna clase de insuficiencia mental porque enseguida cambia su expresión de severidad por una de condescendencia. Me recompongo y le doy el nombre completo de mi hermana.

—La estoy buscando con urgencia —digo con decisión.

—Ella no demora en bajar —dice—. Si quiere espérela allí —Señala una hilera de sillas a un lado de la entrada, muy cerca del final de las escaleras que conducen a los pisos superiores.

Le agradezco con una sonrisa y permanezco sentado diez, quince, veinticinco minutos. Ni rastro de mi hermana. Durante el tiempo de espera, el corazón se me sobresalta cada vez que escucho pasos que bajan por la escalera. Hombres con expresiones de circunstancia aparecen como ánimas y se van sin decir una sola palabra de despedida al vigilante. Lo mismo ocurre con algunas mujeres que hacen resonar sus tacones contra el piso de mármol. El vigilante comienza a mirarme por encima del periódico. Cada vez reviso más seguido mi reloj y comienzo a mover las piernas con nerviosismo. La ansiedad se apodera de mí. Echo mi cabeza hacia atrás, resoplo, cierro los ojos. Pienso: si no lo hago ahora, tal vez después no me anime a hacerlo. Desisto del impulso de levantarme e irme.

Me entretengo observando a las personas que pasan por allí. Me detengo en las facciones de su cara –una nariz demasiado grande,

una cicatriz cerca del ojo, un movimiento involuntario en la ceja–, en los movimientos de sus brazos, en los accesorios que llevan puestos, en los pasos que dan. Lo hago para no pensar. Es un recurso que me sirve para tranquilizarme. No encuentro otra forma de calmar mi ánimo por la inminencia del encuentro. Pero en esta ocasión no funciona.

Las manos empiezan a sudarme, por momentos me hormiguean, y el corazón se acelera. El cuerpo quiere salírseme de la ropa, la siento ajustada, es una boa constrictora que me asfixia. ¿Y si no vino a trabajar hoy? ¿Si el vigilante no se percató de ello y me dijo que siguiera y esperara sin estar seguro? No me atrevo a preguntarle al hombre, sería como si cuestionara su trabajo. Escucho pasos que bajan las escaleras. El corazón se me acelera. Pero mi decepción no se hace esperar cuando veo a dos mujeres que bajan las escaleras con parsimonia. Ninguna de las dos es mi hermana. Pero algo en su discurrir lento me hace pensar en mi madre y Violeta. Si ella viviera, tal vez caminarían así juntas. La una apoyada en la otra.

Qué poco pienso en ella. Pero es que nunca la conocí, solo oí historias sobre ella. ¿Qué afecto puedo yo sentir por una narración contada a pedazos, una vida cortada a la mitad que no concluyó? Ella murió al poco tiempo de yo nacer. Por eso Violeta se ocupó de mí, fue la única madre que tuve. Al inicio, durante mis primeros años, yo preguntaba por la real, la que dio la vida por mí, aquella mujer que se mencionó muy pocas veces y no obtuve ninguna respuesta. Bueno, tal vez muy poca información: que era bella como Violeta, sumisa, obediente a toda petición y requerimiento de mi padre, que se enamoró de su autoridad. Mi madre. Con ella inició todo. La sujeción y veneración hacia la autoridad masculina, hacia el hombre de la casa.

De lo poco que me dijeron de niño, sé que mi madre nació en un corregimiento muy cerca de Neiva. Que mi papá la sacó de allí y se la llevó muy joven, casi una niña, y que se casaron, por supuesto. Ella se hizo cargo de la casa a la que su esposo la llevó a vivir. No estudió. Se dedicó simplemente a los oficios del hogar y a estar pendiente de sus hijos.

Así fue hasta que ella murió. ¿De qué?, en realidad no lo sé. Algunos familiares impertinentes, aquellos domingos en que nos

quedábamos en casa de alguno y papá viajaba, decían que murió de rabia. Que algo se le estalló dentro del cuerpo y la contaminó hasta morir. Ella no permitió que la atendieran, mucho menos que la llevaran o llamaran a un médico. «Mariela murió de la rabia que le provocó la acumulación de infidelidades»; «fue la desesperación la que la llevó a dejarse morir», escuché decir en repetidas ocasiones. Y no lo dudo… Pero no dejaron de ser más que oraciones sueltas de familiares lejanos que nunca fueron corroboradas por el verdadero implicado: mi padre, que nunca dijo nada. Tampoco me atreví a preguntarle si esos comentarios eran verdad o no. Era más grande el temor que sentía a sus reacciones que mi interés por los últimos días de mi madre sobre la Tierra.

Le pregunto al vigilante si cree que Violeta se va a demorar mucho más. Entonces, al percibir mi inquietud, el hombre se ofrece a subir y buscarla por mí. Solo me pide que me quede 'cuidando' la entrada por él. Le agradezco, pero le digo que no es necesario, que ya me tengo que ir. Me pregunta si quiero dejarle algún mensaje. Lo pienso un par de segundos y niego con la cabeza. Le agradezco una vez más, me despido y salgo del edificio con rumbo incierto.

Camino con el alivio del cobarde que respira con tranquilidad porque sabe que no va a enfrentar la prueba que la vida le ha impuesto, pero, dos segundos después, ya casi a mitad de cuadra, escucho la voz del vigilante que me grita con potencia:

—¡Oiga, joven, la señorita Violeta está acá, acaba de bajar!

9

Mi corazón siente el impacto al escuchar el nombre de mi hermana. Las manos se me vuelven de hielo, las piernas se paralizan. Y ni siquiera he volteado a mirar. Trato de modular la respiración y cierro los ojos para hacerme cargo de la situación. Me giro y la veo allí, apoyada en el vano de la entrada, medio cuerpo escondido, los ojos fijos en mí, la boca desencajada.

Soy un bloque sólido que no puede articular palabra alguna. Percibo, poco a poco, el parpadear de mis ojos que se detienen en la figura de mi hermana. Una densa nube de imágenes se pasea por mi cabeza al tiempo que la observo: Violeta joven superpuesta a la Violeta adulta. No son las mismas, pero en algún sentido sí lo son. Quiero pensar que ella no ha dejado de ser la misma de antes, que ya no es una desconocida para mí. Hago todo esto sin encontrar un orden lógico de mis pensamientos. Pero ¿tiene la lógica algún papel que desempeñar en este momento?

Ella se acerca. Veo cada paso suyo en cámara lenta. Uno, dos, tres, cuatro. Avanza. Sigo estático. Y, aunque quiera, no puedo reaccionar. Siento que este instante no me pertenece, como si lo estuviera viviendo otra persona, tal vez algún personaje de televisión de algún melodrama. Contengo la respiración mientras espero el primer contacto luego de muchísimo tiempo. El pecho me duele como si el corazón se me hubiera detenido y a la vez estuviera a punto de estallar; los párpados me empiezan a sudar. Ella me abraza, solloza, dice mi nombre. Sus dedos se aferran a mi espalda, intensos, como pequeñas garras de águila que no quieren soltar a su presa. Su cuello desprende un aroma que me devuelve en el tiempo, a madreselva, a lavanda, yo qué sé, es el aroma de la felicidad absoluta. Me toma con las dos manos, como si todavía fuera el chiquillo que tanto la amó, que tanto la ama; me dejo organizar el cabello. Tengo su rostro a unos pocos centímetros del mío. Detallo las arrugas que le han aparecido debajo de los ojos, en la comisura de los labios. Vuelve y me abraza. Lo hace con fuerza, lo siento como un reproche, un reclamo por los años de ausencia, tal vez por haber huido. Pero no debería interpretar su abrazo como nada distinto a lo que es: la redención de un desamparado. Tengo que dejar de interpretar y analizar las circunstancias que vivo. Solo

debo sentir. A veces olvido hacerlo.

Violeta se aparta, me toma de los hombros. Sonríe y dice:

—¿Es que no estás contento de verme? —Y sin esperar mi respuesta agrega—: Di algo —Y suelta una carcajada que se eleva por encima de los sonidos de la ciudad y sobresalta a los transeúntes.

—Discúlpame —digo como un niño regañado y le sonrío—. Lo que pasa es que no puedo creer que esté acá, contigo.

Ella se detiene, me mira y se pierde unos segundos en mi rostro, como si necesitara algo de tiempo para encajar mis facciones. Detecto un brillo en su mirada. Me devuelve la sonrisa.

—Es verdad —concede. Apenas hemos avanzado un par de pasos cuando, de forma intempestiva, como si se acordara de algo, se detiene y me dice que la espere. Vuelve sobre sus pasos hasta donde está el vigilante todavía junto a la puerta y le habla, muy cerca del oído; él asiente y le pica un ojo, cómplice. Enseguida me mira y se despide del hombre. Es un buen tipo, pienso.

—Ya está. Organicé todo para ganar unos minutos y poder hablar contigo.

—…

—Estás muy cambiado. En mi mente seguías siendo un niño y, en cambio, ya eres todo un adulto —dice al tiempo que me mira de vez en cuando mientras avanzamos, esquivando transeúntes—. ¡Mira lo guapo que estás!

—Tú sigues igual de bella. No has cambiado nada.

—Mentiroso.

—Es verdad. Sigues igual de hermosa que antes —Veo que se sonroja mientras oculta su rostro con su hombro.

—Me corté el pelo. Ya hace unos años, pero ¿te gusta?

—Sí, con cualquier peinado te ves bien.

—Ya llevo unos años así.

—Te luce.

Seguimos caminando. Por decir algo, le propongo que vayamos a tomar alguna bebida fría.

—El calor es insoportable —digo.

—Dale. Seguro debes estar muerto del calor. ¿Hace mucho volviste a Neiva?

—No. Hace poco, en realidad.

—Y viniste solo o con tu familia…

—Mi familia eres tú —Enseguida me arrepiento de decirlo. La familia no se abandona. Sin embargo, a Violeta no parece importarle mi respuesta. Sigue preguntando:

—¿Tampoco tienes hijos?

—No. Estoy solo, como siempre.

—¿Novia?

—Nada.

Entramos a un local ubicado al lado de la catedral. Pequeño, acogedor, lleno de personas que charlan mientas sorben con cuidado sus bebidas calientes. Todos hablan alto, sin preocuparse por los demás, como si solo existieran ellos. Apenas nos sentamos, una mujer llega a nuestra mesa y nos ofrece la carta de bebidas, pero antes de que yo la reciba, Violeta detiene a la mujer con un gesto de la mano y le pide dos granizados.

—Todavía te gustan, ¿verdad? —pregunta con firmeza, como si lo afirmara. Sonrío. Le agradezco internamente por recordar. Por otorgarse el privilegio de hacerlo por los dos. Por limitarse a evocar las cosas buenas.

En ocasiones, cuando las circunstancias así lo permitían, mi

hermana me reconfortaba con granizados preparados por ella misma. Era su manera de decir que todo iba a estar bien aun cuando todo iba muy mal y nuestro padre asumía su rol de antagonista en nuestro pequeño drama cotidiano. Sin importar lo que estuviéramos viviendo, ella sabía cómo hacer más llevadera la carga.

No pasa mucho tiempo para que la mesera traiga el pedido. Sorbemos el líquido espumoso, escarchado de nieve, mientras recuerdo las noches de tristeza y abandono, solitarias y melancólicas, en las que extrañábamos lo que nunca habíamos tenido: una familia 'normal'. Pero debo aceptarlo, el tiempo cambió el sabor del granizado que conocí en mi infancia. El de ahora se me antoja más simple, menos dulce, incluso menos frío.

Parece que lee mi mente porque dice:

—Ya no los hacen igual que antes, ¿cierto?

—No —respondo, mientras me entrega una risa cómplice, como si en efecto hubiese pensado lo mismo que yo. Añado—: Los tuyos eran mucho más ricos.

—Seguro —dice con una sonrisa. Y atraviesa mi pecho con una flecha envenenada—: A papá tampoco le gustan.

Algo se quiebra dentro de mí. La ira se instala en mi pecho, sube por mi garganta y se queda allí, estática e hiriente por varios segundos. Me falta el aire, no logro respirar. La sangre comienza a burbujearme. Siento la cabeza caliente. Violeta se da cuenta. Me toma de la mano y dice:

—Él ha cambiado. Ya no es el mismo de antes.

La observo sin entender. ¿Esta Violeta es mi hermana? ¿La misma persona que soportó junto a mí las vejaciones?

Antes de que pueda decir algo, mira su reloj de pulso y dice que debe volver. No es mucho el tiempo que Octavio puede cubrirla, dice. Todavía no me acabo de reponer de sus palabras cuando la veo levantarse e ir hasta la caja. La alcanzo y me le adelanto. Ella

me agradece con una sonrisa. Sus ojos ya no sonríen. Algo se fracturó con la simple mención de la palabra «papá».

Hago con ella el recorrido de vuelta. Ya no decimos casi nada. De vez en cuando la miro. Quiero fotografiar su imagen en mi memoria. Tal vez sea la última vez que la vea.

A medida que nos acercamos al edificio, me embarga el temor de no volverla a ver, de alejarme de nuevo y perder a la única persona a la que puedo llamar familia. Me doy cuenta de que no quiero desaparecer de su vida una vez más. Al menos no por ahora. Nos debemos el recuento de lo que ha sido nuestras vidas hasta hoy. Es ahora cuando me doy cuenta de haber estado sentado frente a ella y de no habernos contado nada importante. Nada al menos que dé cuenta de las personas que somos.

Antes de llegar, la tomo por el brazo y nos detenemos. La gente comienza a esquivarnos como si fuéramos una roca en mitad del arroyo.

—No quiero irme y no saber nada más de ti —le digo sin soltarla.

Violeta sonríe y toma con delicadeza la mano con la que la tengo aferrada. Me la besa: el contacto de sus labios sobre mi piel es leve.

—Yo también —responde. Entonces mira hacia el suelo y tras un breve silencio añade—: Me alegró mucho verte, pero debo irme. No puedo estar más tiempo fuera del trabajo, tú entenderás.

Le digo que no hay problema. Me dice, como si la idea le cayera del cielo:

—Espérame acá. Ya vuelvo —Y sale despedida hacia la puerta del edificio. Tras unos minutos vuelve y me extiende un papel.

—Llámame. Quiero que conozcas a mi hijo —Sonríe mientras deposita la hojita entre mis manos. Me giña el ojo y sale con paso acelerado hacia la puerta del edificio.

Un hijo. Mi hermana Violeta tiene un hijo.

10

Es tarde en la noche y no he podido hacer otra cosa que pensar en ella y su hijo. Especular sobre las circunstancias en que fue concebido e imaginar muchas posibilidades. Me entrometo en algo que no me corresponde. Soy consciente de mi egoísmo, de mi falta de empatía al pensar únicamente en mí y no en los demás. No en mi hermana, la que se quedó, quien padeció las consecuencias de manera directa. Me solazo recordando a la Violeta que conocí para, luego de unos momentos, instalar en mi mente la imagen de la Violeta que vi hace algunas horas: adulta, el cabello corto, los rasgos más duros, con un hijo.

Pienso en mi sobrino, de quien no conozco ni el nombre. No hubo tiempo para que ella me lo dijera. Pero estoy seguro de que en poco tiempo lo sabré. ¿A quién se parecerá? ¿A su padre? ¿A su madre? Ojalá haya heredado el carácter y la bondad de mi hermana. Espero que en él esté el espíritu de servicio y la amabilidad que tanto admiraba de ella.

Llego a casa. Subo al cuarto sin toparme con nadie. Siento sucia la piel, escarchada, como de serpiente. Me desnudo y entro a la ducha. Escucho la voz de doña María que me habla desde el pasillo. No logro entender qué dice. Cierro la llave y salgo, escurriendo agua por el piso, como un barco que deja su estela.

Camino hasta la puerta y abro. La mujer me regala una sonrisa, me examina con la mirada. Se detiene en mi abdomen, todavía plano. Se aprieta el labio inferior con disimulo. Siento sus ojos detenerse en mi cintura, rodeada por una toalla azul, de la que escurren algunas gotas de agua que bajan por mis piernas. Me pregunta si voy a comer algo. «Le agradezco, pero ya comí de camino a casa». Ella no insiste. Permanece allí por unos segundos. No sabe qué decir, yo tampoco. Entonces se despide. «Cualquier cosa que necesite me dice». Le agradezco una vez más y cierro la puerta.

No es la primera vez. Ya había sentido sus ojos como dedos de largas y puntiagudas uñas hendidas en mi cara, en todo mi cuerpo. ¿Aquella mirada que tanto me desconcertó el día en que arribé a su casa –esa mirada que nada tenía que ver con la modulación áspera

y dura de su voz–, tendría ya escondida entre su resonancia aquella carga de deseo que ahora reconozco limpia, sin atenuantes, sin disimulo? Tal vez sí. Tal vez no. No me importa mucho. Son asuntos menores. Lo que en verdad me interesa en estos momentos es Violeta. Ella y su hijo. Mi sobrino.

Camino de vuelta al baño. Dejo que el agua limpie mis pensamientos, al menos que los aclare. No funciona. Todo dentro de mí es ambiguo. Estoy emocionado por el encuentro, pero conmocionado por la novedad. Haber visto a Violeta, después de tantos años, me llenó de un sentimiento que hace mucho sentí extinto de mi repertorio afectivo: felicidad. Pero es una felicidad que no termina de convencer, casi como un simulacro. Como el ojo del huracán: un lugar apacible, deseable, que esconde en sus contornos el caos. Suenan tres golpes secos en la puerta. Pregunto qué necesitan. Doña María habla de nuevo, dice que requiere de mi ayuda. «Ya voy», digo.

Me demoro varios minutos en salir. Lo hago a propósito. Me pongo con parsimonia un buzo y una pantaloneta. Hago maña, como dicen acá. Cuando abro la puerta, la encuentro mirando el piso. En su expresión no se adivina el enojo ni la irritación. Me pide el favor de bajarle unas cosas que necesita de no sé qué armario. «Está en mi cuarto» agrega. Y sin esperar a que yo acceda, avanza, dando por sentado que voy tras ella.

Su habitación es grande, más que la mía. La cama es de madera, color caoba, innecesariamente grande para una mujer tan menuda. Está recubierta por un mullido sobrecama de franjas negras y blancas, como la piel de cebra. De las paredes penden algunos cuadros con fotografías de campiñas europeas, de cielos encapotados, invernales, con casitas campestres, coronadas por regueros de nieve en las tejas y circundadas por pinos y arroyos apacibles en el que se alcanzan a distinguir la fina película escarchada del agua al punto de congelación. Me gustaría estar allí, pienso. En cualquiera de los cuadros. Haber nacido en otra ciudad, en otro país. Haber sido otro. No ser la argamasa de sensaciones, ideas y sentimientos que se mezclan a medida que avanzan los días y voy acumulando experiencias y desilusiones.

Miro tras de mí y la observo bajo el dintel de la puerta, apoyada de

la jamba con la mano izquierda; me observa con intriga, como si tratara de adivinar mis pensamientos. Rehuyó su mirada y le pregunto, del modo más cordial, para qué me ha hecho venir hasta acá. Sonríe. Doña María sabe que es dueña de la situación. Pero yo no estoy para juegos ni concesiones de ningún tipo. Mi cabeza y preocupaciones están en otro lado de la ciudad, donde mi hermana y mi sobrino de seguro estarán cenando, viendo la televisión o, en el mejor de los casos, acostados en una confortable cama leyendo historias fantásticas, mientras el niño se entrega, paulatinamente, a los brazos de Morfeo. El niño, ¿cuál será su nombre?

—Me duele mucho la espalda y necesito bajar unas cajas de allí —dice mientras señala la parte alta del armario. Y añade al ver algún rastro de desconcierto en mi expresión—: Disculpe que lo ponga en estas, pero de verdad necesito lo que hay dentro de esas cajas.

La tranquilizo con una sonrisa que he diseñado para situaciones como estas. Y como lo intuía, bajar las cajas no resulta una operación demasiado difícil. Todo es una excusa para que yo esté allí. Se las organizo a un lado de la cama y me despido.

—No se vaya todavía —dice—, quiero mostrarle algo.

Por un momento titubeo, pero me toma del antebrazo y me conduce hasta la cama, junto a ella. Vuelve hasta las cajas y saca de una de ellas un álbum de fotografías viejo. Está desgastado en las esquinas y se le ve también la antigüedad en las imágenes borrosas de la portada, en la que se intuye con dificultad otro paisaje invernal, como los de la pared.

—Debo irme —intento levantarme—. Mañana trabajo.

—No se preocupe —Me toma por el antebrazo antes de que lo haga—, solo quiero mostrarle la foto de la que le hablé. No le va a quitar mucho tiempo.

No dice más. Solo espera mi reacción mientras continúa rozando con la punta de sus dedos la superficie. Mi silencio le da vía libre. Entonces se concentra en pasar las hojas. Durante una fracción de segundo, ve alguna fotografía, duda y enseguida pasa a la siguiente hoja. Su rostro, a medida que busca alguna imagen en particular, se

va endureciendo. Entre sus cejas se delinean algunas arrugas. Es como si en lugar de estar buscando alguna fotografía en concreto estuviera revisando billetes de dudosa procedencia. Pero de pronto su expresión cambia. Me observa. Sonríe.

La que me enseña está, como la gran mayoría de las imágenes, a blanco y negro. Tiene los bordes dentados, amarillentos. En ella aparece una familia reunida detrás de un pastel de cumpleaños. La homenajeada está ubicada en el centro del encuadre con sus padres a cada lado. Visten muy formales. El padre usa brillantina en el cabello –se alcanza a distinguir pese al mal estado de la fotografía–, peinado con una línea vertical que divide la cabeza en dos mitades. Usa un traje de paño que le queda grande. Tiene facciones aindiadas. La madre, a su vez, es baja, de rasgos delicados, ojos de mirada profunda. En la cabeza lleva un peinado que recuerda un panal de abejas de donde se desprenden algunos bucles de la parte baja, por detrás de las orejas. El vestido es casi idéntico al de la hija: amplio, de muchos encajes que deforman la figura. Le pregunto si la de la foto es ella.

—Como si lo fuera.

La observo desconcertado. En seguida aclara:

—Ellos no son mis padres y la niña no soy yo. Es una fotografía que encontré alguna vez, hace mucho tiempo. Venía de Ibagué para Neiva. Estaba en la terminal. No sé a quién se le habrá perdido o quién la habrá botado... Recuerdo que la recogí de una banca, en la madrugada, por lo que estaba muy oscuro y no sabía qué era. Solo cuando la tuve en mis manos me di cuenta de que era una foto familiar. Enseguida lloré, pues me recordó de algo muy malo que me acababa de pasar hacia poco tiempo.Me sentía frágil. Es una imagen que me ha acompañado durante muchos años. No la había vuelto a ver hasta hace unos días. Poco después de que usted llegara. ¿No reconoce el rostro del hombre?

Me lo extiende. Lo miro con detenimiento. Sí, es verdad. Lo reconozco.

—Se parece a mí —digo.

—No solo se parece a usted —dice— ¡Son idénticos! —y agrega—: Yo sé que para usted es algo sin importancia, tal vez una pura coincidencia. Pero para mí es mucho más que eso. Es la posibilidad de hacer real lo irreal. Mire, yo llevo mucho tiempo atesorando esta imagen, soñando con una vida en esa foto. Me he imaginado siendo la pareja de ese hombre desconocido, siendo su amante. Y por fin la vida me da un premio, me permite encarnar e imaginarme que en efecto eso que pasa en mi imaginación es real. Yo no le estoy pidiendo nada, con su sola presencia basta. Usted lo ha hecho posible. No se asuste, no ponga esa mirada. Yo soy una mujer sola y no tengo metas ni ideales, solo mis fantasías, no pretendo nada, absolutamente nada, salvo alimentar un sueño que tengo desde hace mucho tiempo. Discúlpeme una vez más, pero tenía que mostrarle la foto. No tengo con quién compartir esta clase de coincidencias con que me premia la vida.

—No hay problema.

Ella baja los ojos. Por un segundo creo que va a llorar, pero no lo hace. Simplemente se queda un rato así, sin decir nada.

Estoy a punto de levantarme cuando siento la mano de doña María en mi rodilla, que me detiene en el acto. Me observa: en sus ojos veo una petición que no estoy dispuesto a conceder. Ya no es esa mirada que transmitía incomodidad. Los de ahora son dos ojos lustrosos, mendicantes, cercanos al llanto, una llamada de auxilio. Está a punto de acercar su cara a mi pecho. La tomo por el hombro antes de que avance. Con delicadeza, la alejo. Le sonrío con pesar. Niego con la cabeza. Antes de que reaccione, me levanto y salgo del cuarto.

La verdad es que, si el pensamiento de Violeta no bombardeara mi cabeza, no tendría problemas en corresponder las atenciones de esta mujer.

11

Otra noche sin poder conciliar el sueño.

Me dispuse a leer hasta casi despuntar el alba. Al comienzo, la lectura transcurrió de forma mecánica, sin lograr concentrarme debido a la conversación que había tenido. Dejé que mis ojos se deslizaran por las palabras, leyendo algunas líneas en voz alta, tratando de despejar la mente al tiempo que descendía al infierno de la mano de Virgilio. Imposible.

Salgo muy temprano de casa para evitar el encuentro con doña María. Para ello, retomo un hábito olvidado: trotar. En Bogotá lo hacía con frecuencia. Tres veces por semana, tal vez. Avanzar a buen paso por las calles todavía deshabitadas, respirar el aire helado de la sabana, que se concentraba en las sienes, escuchar el murmullo de las pocas aves que sobreviven al smog capitalino, dar los buenos días a los vigilantes, esquivar a los transeúntes solitarios por el temor de ser asaltados, era todo un placer. Pero lo que más disfrutaba era la soledad. Desconectarme y dedicar algo de tiempo para pensar, en nada específico ni trascendente, solo me gustaba dejar ir el pensamiento hacia cualquier idea peregrina que me alejara de las obligaciones y las premuras de la cotidianidad. Eso me revitalizaba. Restablecía la comunión conmigo mismo.

Así lo hago hasta que el sol me lo permite. Troto por varias calles sin destino ni propósito hasta que me encuentro en un lugar por completo desconocido. Ya me lo había advertido algún asistente de las capacitaciones: la ciudad se ha extendido y está perdiendo cada vez más la imagen rural con la que la identificaban sus habitantes.

Pero algo que no ha cambiado es el calor que se levanta desde temprano. No son todavía las ocho de la mañana y ya se ven varias personas buscando la sombra oblicua que cae por las pocas casas bajas que sobreviven al paisaje urbano cada vez más común. Sin embargo, este mismo sol penetrante de las primeras horas me trae el recuerdo de las mañanas cuando me preparaba para ir a la escuela. Violeta era la que se ocupaba de mí y me ayudaba con todo: no solo a levantarme, sino que también me apuraba en el baño, me vestía, comíamos juntos el desayuno y me llevaba a la

escuela. Esto sucedía porque Alirio se desentendió de toda responsabilidad paterna y se entregó a vivir una vida nocturna que lo devolvía en las mañanas con la borrachera todavía intacta. Cuando nosotros salíamos, él llegaba y siempre saludaba a mi hermana con un beso en la mejilla que demoraba el tiempo suficiente como para que la ira se instalara en mí y justo antes de que nos alejáramos lo suficiente le daba una palmada en la cola y sonreía de una manera que no me gustaba y decía: «Por la sombrita, que se asolea lo mío». Infeliz, pienso, mientras miro el reloj y me doy cuenta de que se me está haciendo tarde. Me apresuro a volver a casa.

Doña María no está cuando vuelvo a casa. La llamo, pero no contesta. Cuando me convenzo de mi soledad, me desvisto en la sala y subo desnudo hasta la habitación. La semioscuridad me reconforta. El rojo de las cortinas, atravesadas por los rayos de sol, da a mi cuerpo una tonalidad irreal. Me complazco al observar mi vientre, mi pene flácido, mis piernas. Los vellos de mi cuerpo cubriendo gran parte de mi piel. «La ironía suprema», me digo en voz baja.

En la pubertad, la voz me cambió de manera drástica. Los sonidos que salían de mi boca herían los oídos de quien me escuchaba. Pero mi tono no fue motivo de burla para Violeta. Nunca se fijaba en lo que todo el mundo veía y de lo que más de uno, amigos o no, hacía mofa. Para ella eso era un cambio normal. Lo que sí resaltaba era una excesiva cantidad de vello que, a su modo de ver, no era normal. Con los años, me daría cuenta de que Violeta exageraba, por supuesto. Pero en aquel tiempo ella había tomado por costumbre, en la intimidad de nuestra casa, tomarme por el brazo y agarrar con fuerza los largos filamentos, negros y delgados, que recubrían mi piel.

Yo me enojaba y forcejeaba con ella. La empujaba y la tumbaba sobre la cama. Ella reía de su travesura. Con el tiempo se volvió un código íntimo, entre ella y yo, que a mi paso me «acariciara», como decía, entre su dedo índice y anular, mis vellos desordenados y me los jalara. Cada vez que esto ocurría yo la perseguía por la casa, ya no con ganas de buscar revancha sino únicamente por perpetuar el juego. Todo era una excusa para hacerle un llamado a la felicidad.

Luego de bañarme y de vestirme, salgo de la habitación. Frente a mí encuentro a doña María. Al advertir mi sorpresa, me extiende un vaso que tiene en la mano. «Para que no se vaya con el estómago vacío», dice. Le agradezco y me lo tomo hasta el final. Hace mucho tiempo que no tomaba jugo de cholupa.. Sonrío y le extiendo el vaso. «Gracias», digo. Ella asiente y con una sonrisa tímida dice entre dientes: «Que le vaya bien» y sale. La observo mientras baja las escaleras y, cuando la he perdido de vista, salgo de la casa.

El día trascurre con tranquilidad. Cada vez vienen menos personas a la capacitación, lo cual no me sorprende. Siempre es así. El entusiasmo por cualquier actividad humana tiene la duración del primer impulso. Luego de ello, el interés se pierde. Una vez termina la jornada, comienzo a sentir una vez más la urgencia que sentí ayer de ver y saber de Violeta.

Me dirijo hacia el Parque Santander. El humo de los colectivos reemplaza la brisa. Ya es medio día y no he tomado más que la bebida que doña María me brindó. A esta hora la gente camina con paso presuroso. El sol caldea cada vez más. Sin embargo, el gran número de árboles que hay en el parque son un descanso del inclemente clima. Por esta época del año no hay brisa, solo un breve vaho que recorre el ambiente.

Cuando llego al edificio en el que trabaja Violeta, busco a Octavio, el vigilante, pero no está de turno. En su lugar, está una mujer poco amable, quien me informa que mi hermana no ha salido todavía. Le agradezco y aguardo en la entrada. No tengo que esperar mucho para verla salir. Noto su sorpresa cuando me ve. «No me llamaste», dice por todo saludo. Me excuso aludiendo a mis múltiples ocupaciones. Me cree. Sonríe y me invita a almorzar.

Vamos a uno de los tantos restaurantes del centro. Lugares que acoge a oficinistas y empleados públicos que buscan un buen almuerzo a un módico precio. Nos sentamos en una mesa a la entrada del establecimiento, uno frente al otro, su mirada fija en la carta, mi mirada fija en ella. Los dos pedimos lo mismo y me pregunta por mi vida.

Hago un recuento de mi último año. Escueto y abstracto, sin énfasis. Ella me reclama, entre sonrisas, mi poco empeño narrativo.

—No te pido que me cuentes cada uno de los días que han pasado desde que te fuiste, pero tampoco quiero escuchar el resumen del resumen. Esfuérzate un poco, por favor —Y ríe.

Pese a su expresión de felicidad, siento en su comentario un doble reproche: por hablar como quien no quiere contar mucho de sí y ese «desde que te fuiste»... Lo recibo como sal en una herida abierta, pero trato de que no se me note. Le devuelvo la sonrisa y le cuento con más detalle qué ha sido de mi vida desde que me fui de casa.

Ella me escucha con atención mientras voy deshilvanando esa madeja en que se han convertido mis últimos años. Hablo de los trabajos que he tenido, de cómo he ido superándome poco a poco hasta llegar al empleo actual.

—No lo disfrutas —me interrumpe.

La miro desconcertado.

—Tu empleo —aclara. Adivino en mi cara una expresión de desconcierto, porque continúa—: Eso de estar vendiendo y formando a otros para que vendan no es para ti. Sé que hace mucho tiempo no sé nada de tu vida, que lo más seguro es que hayas cambiado, pero no lo creo. Las personas cambian, desde luego, pero no en su esencia, lo que en verdad los define. ¿Dónde quedó aquel niño que se la pasaba tardes enteras leyendo, libro tras libro, con esas historias fantásticas?

—No eran fantásticas —la interrumpo—, nunca me gustó ese tipo de lectura.

—No es allí a donde quiero llegar.

Ninguno de los dos agrega nada por un par de minutos. Nos concentramos en terminar nuestro almuerzo.

Me disculpo. Le digo a Violeta que ese niño que conoció sigue estando allí. Que los libros son lo único que me ha permitido sobrellevar la vida. Deja el tenedor a medio camino entre el plato y su boca, «¿cómo así?», pregunta. Trato de explicarle que leer historias de ficción me ha permitido asistir a la vida de otros,

personajes ficticios que viven situaciones que los ponen al límite de las circunstancias.

—Hay algo que no ha cambiado —dice—, sigues hablando como filósofo. No te entiendo un carajo.

Entonces soltamos una carcajada. Cuando terminamos de reírnos, y las personas que están alrededor nuestro de mirarnos, le digo:

—A los personajes de los libros les pasan cosas peores de las que me pasan a mí, y la manera en la que ellos reaccionan a esas situaciones me ha servido para entender un poco el comportamiento de las personas.

—Ahora estás hablando como psicólogo —reímos de nuevo, pero pronto las sonrisas se apagan, un par de segundos después mira su reloj y después a mí. Entiendo el mensaje y pago la cuenta.

De vuelta hacia su trabajo, Violeta se agarra de gancho a mi brazo y me pregunta por mi vida amorosa. Le digo que, simplemente, no existe. Ella me regala un tierno codazo en las costillas y me trata de mentiroso, «todos tenemos un amor o un desamor». «Yo no», le digo, «solo he tenido aventuras de una noche, dos como muchas. Nunca he dispuesto mi corazón en ese estado de indefensión que algunos llaman amor», y le guiño un ojo. «¡Uich! Todos los hombres son iguales», y me gano un segundo codazo, esta vez más fuerte.

Llegamos hasta la puerta del edificio. Ninguno de los dos se atreve a decir algo hasta que ella rompe el silencio con un abrazo y unas palabras a mi oído, casi en un susurro:

—Quiero que conozcas a Alejandro. Ya le hablé de ti.

Es la segunda vez que me lo dice, pienso.

Le propongo que nos veamos el fin de semana.

Ella asiente:

—Claro —dice—. ¿Qué tal si nos vemos en San Pedro Plaza este sábado? Podemos almorzar allá y pasar la tarde juntos. ¡A Alejandro le encanta ir allí!

Sonrío. Por primera vez materializo mis pensamientos:

—Mi hermana tiene un hijo. No puedo creer que sea tío —digo en voz baja, casi inaudible, pero Violeta me escucha.

—Es tan guapo como tú —Me guiña el ojo.

La sola idea de conocerlo me aterra. No sé cómo me voy a comportar y si le voy a caer en gracia. ¿Y si me rechaza?, ¿si piensa que soy alguien que solo quiere arrebatarle a su mamá? Son muchas las ideas que rondan por mi cabeza.

Quedamos de encontrarnos en la plazoleta de comidas a las once de la mañana. Finalmente me da un beso en la mejilla y entra.

Me quedo allí hasta que la pierdo de vista. Suspiro. Los rayos del sol caen sobre mi cabeza y me sacan de mis pensamientos. Solo entonces me doy cuenta de que me duelen las piernas. El ejercicio ha cobrado su factura.

Y acá estoy, parado frente a un almacén de ropa masculina, mirando la vitrina sin la intención de comprar nada, más atento a la imagen que refleja el cristal: una espalda ancha que sostiene una cabeza de delgados cabellos desordenados. Un rostro con el que no me identifico, al que el paso de los años deja su huella y empieza a cambiar por rasgos más duros y ángulos más severos. Mi rostro se parece cada vez más al de él… Me cuesta admitirlo, pero es así. Temo por el hombre que seré en un futuro cercano.

Miro la hora. Violeta y Alejandro deben estar por llegar. Justo cuando estoy a punto de entrar a la plazoleta de comidas –la puerta automática ya ha abierto sus puertas–, la voz de mi hermana se levanta por entre el murmullo de personas. Lo primero que observo una vez me volteo es a mi sobrino. Sonrío para ambos. Calculo que debe de tener entre diez y doce años. No, me corrijo rápidamente en un caculo mental. No puede ser. Yo me fui de Neiva hace doce años y ella todavía no estaba embarazada. Ni siquiera tenía novio. Papá no la dejaba.

—Alejo, saluda a tu tío. ¿Recuerdas que te conté sobre él? —dice Violeta cuando llega a la puerta de la plazoleta.

—Hola —dice el niño con timidez.

Sonrío y, al no saber qué más decir o hacer, le devuelvo el saludo con otro «hola» que se me antoja demasiado frío para la ocasión. Le revuelvo el pelo del mismo modo en que he visto que hacen algunos adultos en las películas. Parece que a Alejandro no le agrada porque enseguida hace una mueca de desagrado.

—Está enojado porque no quise comprarle helado —dice mi hermana a modo de justificación.

El niño le regala una mirada torva a su mamá. Ella da un respingo, su cara se pone roja y baja hasta la altura del pequeño para decirle entre dientes algo que no alcanzo a comprender. No sé cómo comportarme en esa situación. Es para mí algo incómodo y por demás inédito ver a mi hermana regañando a su hijo. Me quedo allí

parado, como de piedra, sin saber cómo actuar, con una sonrisa idiota de quién no sabe qué papel juega. Lo único que se me ocurre, tal vez porque lo he visto o leído, es prometerle a Alejo que luego de almorzar le compro el helado más grande que vendan. Su expresión no cambia. Sus gestos y comportamiento son semejante a los míos cuando tenía su edad, pienso, con la diferencia de que a mí no me habrían permitido comportarme de ese modo.

Por consenso generalizado, elegimos comida oriental. Cuando voy a pagar, Violeta me detiene el antebrazo y dice que ella lo hace. Me niego con rotundidad. Ella insiste, aduciendo que son dos. Niego como si no entendiera. Le digo que ahora somos tres. Ella me mira con ternura y baja la cabeza.

Alejandro no ha dicho nada durante el almuerzo. En cambio, Violeta no ha parado de hablar de su trabajo. Y no es que esté enamorada de lo que hace, pero está agradecida; me cuenta que es funcionaria administrativa en una de las tantas dependencias que tiene el Gobierno. Para ella, su trabajo es la culminación de muchos años de esfuerzos. Para llegar allí tuvo que realizar muchos cursos en institutos de poco prestigio y varios técnicos y tecnólogos en el SENA. Ahora estudia administración de empresas en la universidad. Su aspiración es ser una profesional y escalar, luego de mucho esfuerzo y sacrificio, a un grado más alto como servidora pública.

Cuando termina de hablar mira a Alejandro y dice:

—Él vale todo el esfuerzo —Y le quita una mancha de comida de la comisura de los labios. Mientras lo hace, parece que tomara conciencia de algo porque se disculpa y dice—: Qué horror. No he hecho otra cosa que hablar de mí.

—No te preocupes. Para mí es todo un placer, además, a mí no se me da tan bien hablar —Y sonrío.

—Lo sé —responde ella y me devuelve la sonrisa. Entonces me pide, ya sin tantas evasiones, que le cuente un poco más de mí.

Dudo. Evado su mirada, miro a Alejandro, veo en derredor.

—Alejandro quiere saber un poco más de la vida de su tío Pablo,

¿cierto, hijo? —Violeta me anima. El niño asiente, obediente, seguro de que ese es el único camino hacia el helado. Suspiro, resignado.

Entonces le cuento que, una vez me fui de Neiva, llegué a Bogotá con los pocos ahorros que tenía, pero con la firme convicción de no volver –en ese momento mi hermana achina los ojos mientras niega con la cabeza en un claro gesto de desaprobación–. Como no conocía a nadie, decidí preguntar en la terminal a los conductores, que llegaban o iban de distintas partes del sur del país, en qué parte de la ciudad podría encontrar trabajo sin problema por mi edad. Solo hacia el final de la mañana, un conductor que pareció apiadarse de mí me dijo, como por salir del paso, «en Paloquemao, chino». Sin entender qué quería decir con esa palabra, si era real o inventada, tal vez una tomadura de pelo, me dirigí a unas cabinas en la que brindaban información a los recién llegados a la capital. Allí le dije a la mujer que atendía que mi papá me enviaba a preguntar cómo llegar a Paloquemao.

—Lo demás ya es historia —le dije a Violeta.

—No me has contado nada —me recrimina mientras me da un afectuoso puño en el brazo.

—Mamá, mi helado —protesta Alejandro al ver que no tenemos la menor intención de levantarnos, pese a que ya terminamos de almorzar. Aprovecho entonces la tregua que me da Alejandro.

—Pero sígueme contando en el camino —insiste Violeta.

Respiro con resignación y concedo con un mohín en la boca:

—Mi vida es muy aburrida como para ser contada al detalle —digo —, pero como sé que no vas a aceptar un no por respuesta…

—Bien que lo sabes —Sonríe triunfante.

—Trabajé allí por unos meses, en Paloquemao, levantando carga que llegaba de todas partes del país. Al comienzo, no me quisieron dar el trabajo por mi apariencia, ya que era muy pequeño y delgado. Pero me dieron la oportunidad y terminé trabajando desde

muy temprano en la madrugada hasta casi entrado el medio día. Allí conocí a algunas personas que me tomaron cariño y me consiguieron un lugar donde vivir y después me encontraron trabajo en una bodega, en el centro de Bogotá. En ese lugar tenía que estar pendiente del inventario de la mercancía que llegaba.

—Pero ¿quiénes fueron esas personas que te ayudaron?, ¿cómo se llaman? —me interrumpe Violeta y añade—: Qué mal contador de historias eres.

—Lo sé.

—¡Dime más!

—Bien —dije resignado—. Ellos fueron una pareja de esposos, doña Alva y don Mario, que me vieron deambular de aquí para allá pidiendo una oportunidad de trabajar. Al final del día de estar en esas, se condolieron conmigo y me pagaron una posada, y al día siguiente comencé a trabajar con unos amigos suy…

—¡Quiero el de chocolate! —me interrumpe Alejandro. Su mamá lo reprende, pero le digo, con una media sonrisa que demuestra mi alivio por no tener que seguir hablando de mi pasado, que no se preocupe. Que en últimas lo promedito es deuda y que si él quiere de chocolate que de chocolate será.

—Alcahueta —dice ella, mirándome con falso reproche. Solo hasta ese momento me doy cuenta de que estamos frente a una de las tantas heladerías del centro comercial. Nos sentamos en una de las bancas que rodea el parque con juegos infantiles. Los niños se mecen en los columpios, se deslizan por rodaderos, corretean en una algarabía controlada por sus padres que permanecen sentados, como nosotros, cuidando a sus pequeños mientras buscan la sombra de los aleros para escapar del sol de las dos de la tarde.

Pienso por un instante que mi hermana se ha olvidado del recuento de mis años en Bogotá, pero me equivoco. Como si le llegara por ensalmo, me pregunta: «Bueno, y ¿cómo fue que terminaste en el tema de ventas?», dice sin despegar la mirada de Alejandro, que ya se ha terminado su helado y está jugando con otro niño en un balancín. Le digo que, una tarde, mientras trabajaba como

bodeguero, llegó a mis manos una publicidad en la que se ofrecían cursos técnicos en ventas y otras tareas administrativas. Y como yo había visto que a los vendedores de la ferretería les pagaban mejor que a mí, decidí estudiar. Las clases las impartían en las noches, muy cerca de la Luis Ángel Arango, a partir de las seis y media hasta las nueve o más tarde, dependiendo del profesor. Como yo salía a las cinco de mi trabajo, iba a la biblioteca y aprovechaba hasta la hora de clase para leer todo lo que podía del tema de ventas –hubo tardes en que no aguanté la tentación y leía novelas, poesía y cuentos, claro–, pero me había propuesto mejorar mis condiciones, por lo que me obligué a leer lo más posible sobre los temas de estudio.

—¿Y cómo conseguiste este trabajo? —Una mano en la barbilla, las piernas cruzadas, un codo apoyado en su muslo. Alejandro no ha dejado de jugar y parece que se hubiera olvidado de nosotros.

—Por un profesor —respondo—. Como me había ido muy bien en el estudio, uno de ellos me dijo que había una oportunidad de trabajar con esta empresa. De inmediato le dije que sí. Y desde ese momento he ido escalando poco a poco. Seguí estudiando, capacitándome, hasta convertirme en el vendedor número uno de la zona centro de Bogotá, razón por la que me gané como recompensa por mi buen desempeño —esto último lo digo con marcada ironía— venir a capacitar a los vendedores de la zona sur.

Termino mi cháchara con un suspiro prolongado y le digo, a modo de broma, que nunca había hablado tanto, ni siquiera en mis capacitaciones. Espero su risa, pero en cambio encuentro una expresión de orgullo y pesar, mezclado por partes iguales.

—Me siento muy orgullosa de ti —dice y me abraza.

Permanecemos unos segundos así y, como si dudara, me toma de los hombros, me mira fijamente y dice:

—Yo sé que lo que te voy a decir no te va a gustar. Pero papá también lo está.

Entonces cierro los ojos y evado su mirada. Con delicadeza aparto sus manos de mis hombros al tiempo que intento controlar mis

emociones. No quiero explotar. Mi corazón se acelera y siento la sangre que sube por mi cabeza. Me levanto y voy en busca de Alejandro. El niño me mira con desconcierto cuando lo tomo de la mano y le digo que debemos irnos. Protesta. Se libera de mis dedos y sale corriendo.

—Pablo, comprendo a la perfección que tú no lo hayas perdonado, pero tampoco es necesario que reacciones así. Pensé que si habías vuelto había sido en parte porque estabas dispuesto a dejar el pasado atrás, olvidar los rencores y seguir adelante —Hace una pausa y segundos después escucho a mis espaldas—. Aunque tú no lo creas, él cambió.

Aprieto los puños. No quiero ser grosero, pero tengo que decir algo.

—No sé por lo que hayas tenido que pasar estos años que no estuve —digo en tono neutral—, pero en mi memoria solo tengo recuerdos negativos; puede que él haya cambiado... pero lo único que recuerdo es su mirada de desprecio, sus gritos, sus insultos, todo…

—Pero eso fue hace mucho. Él cambió —repite una vez más. Pone una mano en mi hombro y añade—: Alejandro no sabe nada de lo que pasó y no tiene por qué enterarse. Él no tiene la culpa de nuestro pasado, además, lo quiere mucho.

Miro al niño que corre indiferente, riendo a carcajadas, ignorante de todo lo que pasa a su alrededor. Por un instante, me imagino la relación que tendrá el pequeño con su abuelo. Viene a mi mente la imagen de viejitos alcahuetas, adorables, de voz enternecedora y consejos sabios. Nada que corresponda con la mirada de odio que me entregaba a diario, de su brazo velludo que levantaba la correa con la que me azotaba, con su cara de satisfacción por el dolor que me causaba.

Le digo a Violeta que debo irme. Ella baja la cabeza y en poco comienza a sollozar. Le doy un abrazo y le digo, como cuando éramos niños, que todo va a estar bien, sin tener la menor certeza de que eso vaya a ser así.

Al final me separo de ella y me doy cuenta de que no fui capaz de hacer la pregunta que me había rondado todo el tiempo: ¿quién es

el papá de Alejandro?

13

Empiezo a agarrar el ritmo luego de unos quince minutos. Mis brazos oscilan como guillotinas que me permiten lograr la cadencia necesaria que necesito para que mi ritmo cardiaco se acostumbre y se estabilice. Todavía es noche cerrada y son pocos los vehículos y las personas que encuentro en la Villa Olímpica. Por recomendación de uno de los asistentes a los talleres, decido venir a este lugar, un espacio que tenía olvidado en mi memoria y que ahora recuerdo en especial por su dejadez y el particular olor a mierda de indigente que se siente a cada vuelta de esquina. De niño, me trajeron muchas veces acá como parte de las actividades académicas de la clase de educación física que impartía el colegio. No ha cambiado mucho, a decir verdad. El olor sigue siendo nauseabundo, en especial en la parte trasera del estadio de baloncesto, muy cerca de la oficina de reclutamiento de la Novena Brigada.

Pese a ello y a los adoquines levantados a causa de las raíces de los árboles, felicito mentalmente al estudiante por la recomendación. A medida que el sol se levanta y la claridad azulada del día hace presencia, más personas van llegando y hacen estiramiento de músculos, las caras todavía adormiladas, y comienzan a caminar con paso ligero. Luego de un par de horas, decido detenerme en un puesto de jugos que diviso a la distancia y al que empiezan a arribar los primeros clientes. Con aliento jadeante, pido un jugo de naranja y me siento en una de las sillas dispuestas en semicírculo. Me tomo el primer vaso sin respirar, de un solo sorbo. El sabor cítrico baja por mi garganta y baña mi cuerpo. La señora que atiende me observa y me ofrece otro más. Acepto. Vuelve y me sonríe.

Cuando estoy a punto de terminar el segundo vaso, escucho una voz a mis espaldas: —Cuidado se atora, Pablito.

Me toma unos segundos reconocer la voz de Leonardo, quien se oculta detrás de un carro azul. La cara bonachona, rubicunda, de sonrisa amplia, contrasta con los ojos adormilados, de mirada perdida.

Cuando llega hasta donde estoy, me abraza e intenta levantarme de la silla al tiempo que me dice: «des-piér-tese», con la voz

entrecortada por el esfuerzo y su aliento que me caldea el rostro. Me libero de su abrazo antes de que logre alzarme por completo y lo miro desconcertado. Todo el mundo nos observa, algunos riendo, otros expectantes, pendientes de mi reacción y del comportamiento poco ortodoxo de aquel borrachito que, al parecer, no ha terminado de festejar.

Ríe a carcajadas con su broma. Se disculpa, «es molestando, Pablito, no se me enoje». Me termino de levantar sin mirarlo y camino directo a pagar la cuenta. Me detiene por la muñeca. «Ya pagué los suyos, no se preocupe», dice con una sonrisa de alcohólico que se acentúa con su indumentaria: una camisa de manga larga que alguna vez fue blanca y ahora muestra grandes lamparones de mugre en distintas partes; la falda de la camisa que se le descuelga por un costado, el pantalón de dril que le queda un poco grande.

En ese momento, un taxista pita de forma insistente para que el dueño del carro azul, un Corsa percudido por el polvo, mueva su vehículo que está mal estacionado y todavía con la puerta del conductor abierta. «Pere tantico», grita Leonardo mientras se sube el pantalón que se le cae constantemente.

—Venga, acompáñeme a cuadrarlo mejor y hablamos —dice. Mi primer impulso es negarme, pero al ver la insistencia del taxista y su mirada pendenciera, accedo sin protestar.

Leonardo pone en marcha su vehículo y en poco tiempo me doy cuenta de que su intención no es parquearse. Le pregunto a dónde vamos y me dice que a Los Recuerdos de Ella. «Mejor lléveme a la casa, tengo muchas cosas que hacer», le digo. Sonríe mientras conduce. Veo por un momento la expresión de malicia que lleva en sus ojos, como si estuviera a punto de hacer una travesura.

—Hoy es domingo y hay que celebrar —me responde. Sonríe de nuevo y se cala unas gafas oscuras que saca de no sé dónde y ajusta el frontal del carro para que comience a sonar un vallenato a todo volumen.

De este modo, me lleva por una variedad musical que va de la ranchera, pasando por los corridos, vallenatos, reguetón y balada americana para volver de nuevo a la ranchera y a los vallenatos. La

estridencia emitida en el interior del carro se cambia por otra cuando nos bajamos y nos sentamos en un par de sillas Rimax de color verde, que nos extiende un hombre de cabello entrecano y piel tostada por el sol. Nos saluda con un: «¿qué van a tomar?». Leonardo se adelanta y responde que dos águilas. Me doy cuenta de que, en este punto, no tiene lógica negarme o ir en contra de su voluntad. Mientras llegan las cervezas, observo a mi alrededor y encuentro que Los Recuerdos de Ella no es más que una tienda de barrio ubicada en una esquina. Tiene sillas plásticas y algunas butacas de madera situadas al amparo de un árbol de mamoncillo, en la que hombres y unas pocas mujeres hablan, ríen y gritan. La voz comercial, impostada, de un locutor de radio anuncia el hit del momento a través de un parlante empotrado en la juntura de dos gruesas ramas del mamoncillo. El viento del Magdalena sacude las hojas de los árboles aledaños y acaricia con suavidad la piel de los que estamos allí aquella mañana de domingo, disfrutando la sensación de calma que brinda el día de descanso.

—Estoy feliz —dice Leonardo cuando el hombre deja las cervezas sobre la mesa. Toma la suya y me extiende la otra. Hace un gesto para brindar y entrechocamos las botellas. Sin que tenga que preguntarle la razón de su alegría, señala que el trabajo que hizo en Pitalito le salió muy bien. Mejor de lo que esperaba. Afirma que la mercancía se vendió muy rápido. En ningún momento especifica de qué clase de mercancía se trata y tampoco le pregunto. Me limito a escucharlo, asentir y a tomar algunos tragos cortos de mi cerveza.

Se acumulan las botellas en nuestra mesa hasta cuando el hombre de cabello entrecano —Cabellos de Nieve, empieza a llamarlo confianzudo 'mi amigo' luego de la quinta cerveza— trae una canasta en la que va metiendo los envases marrones desocupados. Ya en la séptima, comienzo a sentirme mareado y necesito enfocar la mirada para poder ver las cosas con mayor claridad. Por un momento pienso que Leonardo se durmió. Su cabeza está inclinada sobre su pecho y los brazos descolgados a un costado de la silla. De forma intempestiva, como si escuchara mis pensamientos dice, señalándome con un movimiento torpe de la mano derecha y sin levantar la cabeza:

—Su hermana me gustaba mucho —hace una pausa—; ella era la

más linda del barrio —Calla de nuevo. Un par de segundos después levanta la cabeza y me observa con los ojos enrojecidos por el licor, la mirada perdida, afirmando a media lengua—: Todo el mundo la quería… y todo el mundo la respetaba, la quería y la respetaba, Pablito… Ella era de esas mujeres que uno quería de novia, pero a todos se nos hacía tan inalcanzable… y no es porque estuviera buena… —Se limpia algunos restos de saliva que comienzan a caerle por las comisuras—; uy, perdón, por hablar así de su hermana, Pablito, no me lo tome a mal; yo solo digo que era del tipo de mujer que todos querían para novia, para presentar en la casa, no sé si entienda a lo que me refiero.

Espera mi reacción y, al darse cuenta de que no digo nada, tal vez interpretando que estoy enojado, cambia de tema:

—Ahí el problema era su papá —Vuelve y se calla. Me mide, espera a que diga algo, pero yo asiento. Eso lo anima a seguir—. Él siempre con su cara alargada y esos ojos pequeños que daban miedo. Todos le teníamos miedo, sabe —Y ríe tras su comentario, primero con hipo y luego con una tos seca que pone en evidencia una gripa mal cuidada—. Perdón que me ría, Pablito, no es de su papá, pero quién iba a pensar que nos diera tanto miedo ese hombre; fíjese que hace muy poco lo vi y me reí de nuestra inocencia que nos hacía ver a su papá como un gigante cuando en realidad no lo era. Menos ahora que camina tan encorvado, con esos pasitos tan cortos que da. ¡Y hasta me saludó y todo! Un hombre hecho todo de cordialidad, sonriente, con esos ojos que ya no producen miedo sino ternura, escondidos tras esas arruguitas. Ja, ja, ja, el trago me vuelve poeta como a usted.

—¿Cómo así?, ¿dónde lo vio?, ¿qué le dijo? —pregunto, mostrando por primera vez interés por lo que dice.

—Un momento —dice sorprendido, inclina su cuerpo hacia adelante, a la vez que se agarra la cabeza, sorprendido— ¿Cómo así? ¿Usted no ha visto a su papá en todo este tiempo que lleva en Neiva?

Le respondo que el trabajo me ha tenido muy ocupado, lo mismo que le dije la última vez. Miro el reloj y me sorprende que ya casi van a ser las dos de la tarde. Y como si presintiera que estoy a

punto de despedirme, Leonardo apura su cerveza y pide otras dos, a lo que yo me rehúso: mi sentido de la orientación y del equilibrio me advierten que es mejor no seguir. Con un gesto de la mano Leonardo insiste a Cabellos de Nieve que las traiga rápido, con la otra me toma del antebrazo y me lleva hacia él:

—La última y nos vamos, no me deje solo —dice casi suplicante. Su aliento a licor golpea contra mi cara cuando continúa su relato, como para animarme—. A su papá lo vi en Rivera, por el parque central. Iba hacia Las Termales y paré allí porque estaba esperando a una reinita —Y me guiña el ojo—. Y sí señor, era él, su papá. Al principio no lo reconocí, pero al ver que me sonreía lo saludé. Hasta hablamos un poco. Me dijo que mi cara se le hacía conocida. Después le recordé de dónde y luego me preguntó por mi familia. Yo hice lo mismo. Le pregunté por Violeta y me dijo que vivía en Neiva y que usted vivía en otra ciudad, aunque no me especificó cuál. Me dijo también que ya estaba pensionado y que vivía muy cerca de allí, a unos minutos en carro, en zona rural. Que tenía una casita en donde se dedicaba a sembrar plantas. Se veía muy feliz.

Leonardo debió equivocarse. O al menos quiero pensarlo. El encuentro y la descripción del hombre con quien habló se aleja mucho de la del hombre que conocí. ¿Puede un ser humano cambiar a la vuelta de los años? ¿Dejar de ser un miserable para convertirse en un hombre candoroso, amable, dedicado a la jardinería, sin remordimiento alguno? Difícil de creer.

Estoy a punto de decirle a Leo que es suficiente, que quiero estar solo para pensar en lo que me ha contado, pero enseguida me doy cuenta de que está dormido, los brazos descolgados a un lado de la silla, la cabeza inclinada hacia su pecho. Pido la cuenta —otra invitación de mi amigo que me toca pagar a mí, pienso—. Pago la canasta que casi nos hemos tomado y en ese momento me surge la duda de qué hacer con él, con su carro. Le pido al hombre que nos atendió que me ayude a subirlo. El licor hace ver todas las cosas fáciles. Me cargo su ebriedad y la mía a cuestas y salgo de Los Recuerdos de Ella a no sé dónde, con el pensamiento abotagado, con los recuerdos a flor de piel.

Uno de ellos está justamente asociado a la jardinería. Los domingos en las tardes, Alirio nos obligaba a desyerbar y arreglar el jardín de

la casa, en el que tenía muchas plantas. Era algo que yo odiaba. Untarme de tierra, sentir la humedad y el barro en mis manos; las hormigas subir por mis antebrazos y ver lombrices asomadas con medio cuerpo afuera retorciéndose me causaban pura repulsión. Todo esto acentuaba la obligatoriedad que nos imponía. Era algo de lo que nos era imposible huir. Las plantas eran nuestra cárcel. Uno de esos domingos, casi a las cinco de la tarde, ya cansado de estar con las rodillas postradas y con un dolor de espalda que subía por toda mi columna vertebral, Alirio dijo que era suficiente por ese día, que ya habíamos terminado. Violeta y yo nos miramos aliviados. Me imaginé en la ducha, sintiendo el agua bajar por mi cuerpo, paliando un poco el cansancio. Estaba a punto de levantarme cuando lo escuché decir:

—Hijo, usted encárguese de recoger todo.

En ese momento la ira me recorrió el cuerpo. Violeta seguro se dio cuenta porque enseguida dijo:

—Yo te ayudo.

—No, señorita, nada de eso. Usted me acompaña al cuarto y me da un masaje en los pies, que me duelen mucho.

—Yo también estoy casando, papá —dije, frustrado.

—Usted es joven. Termine acá y luego se va a descansar.

—Pero…

—Nada de peros, usted hace lo que yo le digo y punto. Total —sentenció—, usted no da para más —Y cogió a mi hermana del brazo y se la llevó dentro de la casa.

Por mucho tiempo pensé que, efectivamente, yo no servía para nada más.

Intento encajar la llave por la hendedura de la chapa varias veces, pero no puedo. Mi pulso está acelerado. Me tambaleo de un lado para el otro. Hago un esfuerzo por no caerme mientras sostengo con la otra mano la maleta que Leonardo me dio a guardar. Luego de un tiempo indeterminado, que puede ser un minuto o un par de horas, doña María abre la puerta. La saludo y evito su mirada. Me excuso y subo, tomado de la baranda para no caerme. A punto de llegar al rellano del segundo piso, tropiezo con el último escalón y, por un momento, pierdo el equilibrio. Pero alcanzo a agarrarme como puedo y llego sano y salvo. A mis espaldas escucho «¡ay, Dios!, se va a matar». Ignoro el comentario de doña María, cruzo el largo pasillo y entro en mi habitación.

Tras cerrar la puerta y asegurarla con llave, arrojo la maleta a una esquina. Me dejo caer en la cama, cierro los ojos y pienso en Leonardo. Su cara congestionada por el licor, los ojos desorientados que me miraban desde la parte trasera de su carro al momento de subirlo. Me costó mucho trabajo conducir las dos cuadras que nos separaban del parqueadero que nos recomendó Cabellos de Nieve. «Allí ya lo conocen», dijo, «simplemente, dele algo de dinero al que cuida los carros para que lo despierte en unas horas. Él hace lo mismo cada vez que se emborracha».

Hice como me dijo. Pero cuando estaba a punto de bajarme, una vez lo parqueé lo mejor que pude, sentí una mano en mi hombro y su voz engolada que me decía entredormido: «Hermano, hágame un último favor». Me di la vuelta para saber qué me iba a decir y por un momento pensé que estaba dormido otra vez, pero enseguida agregó: «Busque en el baúl y guárdeme la maleta negra que está ahí». Y como si lo hubiesen desenchufado dejó caer la cabeza con violencia y cayó en un sueño profundo. Hice caso. Bien sea por solidaridad con un viejo amigo, por ese principio de obediencia que tengo tan arraigado dentro de mí o, sencillamente, por efecto de las cervezas que me tomé. Le di un billete de cincuenta mil al joven que me recibió las llaves con la displicencia de quién no necesita más explicaciones. «Yo se lo cuido, pa, todo bien».

Un pinchazo me saca del recuerdo. Mi estómago comienza a

moverse en ondulantes retorcijones que me producen arcadas. Corro hacia al baño y me arrodillo frente al sanitario. Vómito espumoso sale de mi boca durante varios minutos, mis manos abrazan la porcelana, mi garganta emite sonidos que recuerda el regurgitar de un perro que se atora con una espina de pescado. Permanezco allí, jadeante, regulando la respiración mientras bajo la manija y veo cómo los desperdicios, primero de cerveza y luego de bilis, desaparecen en un remolino que es remplazado rápidamente por agua limpia.

Vuelvo a la cama y me acuesto con las manos extendidas mirando al techo. Luego de un rato, en esa posición valoro la condición de mi estómago. Al parecer está mejor. También se me ocurre tomar el libro de Dante y solazarme un rato mientras llega el sueño. Alcanzo a leer un par de páginas cuando escucho tres débiles golpes en la puerta. Se dibuja en mi cara una mueca de fastidio, me levanto y encuentro a doña María con un plato en una mano y un vaso en la otra. «Qué pena molestarlo», y me extiende lo que lleva. Lo recibo de manera mecánica, agradezco con una sonrisa y espero a que se vaya, pero no lo hace. Se queda allí, como Cerbero ante la puerta que da paso al inframundo. Unos metros se interponen entre ella y mi figura tambaleante que lucha por no demostrar el malestar. Vuelvo a sonreír y me hago al borde de la cama, mientras ella avanza unos pasos y se queda parada observando en rededor. «Yo espero que termine para bajar los platos», dice. Mientras como el pan que me ha traído y sorbo la bebida, que bien podría ser un jugo de lulo o algún otro que no alcanzo a identificar, la veo examinar la habitación. El líquido, que baja por mi garganta, frío y edulcorado, sienta bien a mis intestinos y quita de mi paladar la amarga sensación que deja el vómito. Cuando termino, entrego el plato y el vaso. Le agradezco una vez más y la acompaño hasta la puerta.

Cuando está a punto de cruzar el vano de la puerta, se vuelve de forma intempestiva y me dice, con su cara a pocos centímetros de la mía, «discúlpeme por lo que le dije cuando iba subiendo las escaleras. Es que me asusté». Estoy a punto de tranquilizarla con una sonrisa, cuando me toma del brazo y añade: «En realidad, discúlpeme por todo. Sé que me he comportado de manera muy extraña con usted. Discúlpeme, si usted supiera… Pero es que se parecen tanto». No me da tiempo a preguntarle a quién porque

enseguida se pega a mi boca con un beso desesperado, urgente. Mis ojos permanecen abiertos al tiempo que trato de discernir qué está ocurriendo. Mejor dicho, por qué está ocurriendo.

Siento sus manos en mi espalda que me acaricia de arriba abajo hasta llegar a mis nalgas. Separo instintivamente la pelvis de la suya, que ha ido acercando cada vez más. Busca mi correa y luego frota mi pene con su mano abierta. La reacción es inmediata. La erección sube a medida que sus dedos buscan entre mi ropa interior. Un jadeo hipnótico en mi oreja; otro que sale de mi boca. La respiración de ambos se agita, se acelera. Demudamos, como en el poema de Girondo. No me doy oportunidad para el arrepentimiento. Me dejo hacer. Estoy como en trance. Tal vez sean los tragos, me justifico. No me importa. Las yemas de mis dedos inician un camino de ida y vuelta que recorre su espalda, correspondiendo al gesto de su abrazo, que, ya en ese punto, se entremezclan con el hundir de uñas en mis hombros. Nuestras bocas se separan con violencia. Nos miramos. Sonreímos cómplices mientras nos quitamos la ropa. Arrojo la mía como puedo a la esquina más lejana de la habitación. Ella, por su parte, recoge la pijama que permanece a sus pies, flexionando las rodillas mientras que con una mano toma la prenda y con la otra se cubre los senos. Pronto se da cuenta de lo ridícula que es su reacción en estas circunstancias y también arroja su ropa de dormir. Sonríe, pícara, como niña.

Tomo la iniciativa y la llevo hasta la cama. Se deja conducir, dócil. Cuando se acuesta me dice, en un tono cándido, que hasta ese momento no le conocía, que cierre la puerta y encienda el ventilador. Obedezco. Antes de acostarme, veo su cuerpo al trasluz de una línea amarillenta que proyecta el poste de la calle. Siempre había visto a doña María con ropa de casa, generalmente ancha, colorida, con muchos motivos florales, o con pijama como la que reposa en algún rincón de la habitación. Por esa razón no había reparado en ella. Me corrijo. No la había visto con lujuria, que es diferente, con esa lascivia que acompaña las relaciones entre hombres y mujeres. Su cuerpo guarda unas proporciones agradables, la piel tensa en el abdomen, los brazos anchos, pero no flácidos, el cuello todavía esbelto, unas piernas fuertes, anchas, contorneadas. Los senos grandes, todavía firmes, enhiestos. Nada

mal para su edad, pienso. ¿Cuántos años tendrá? Difícil saberlo, su apariencia desnuda dista mucho de su comportamiento cotidiano y de su forma de vestir. Podría estar entre el final de sus cuarentas o el inicio de sus cincuentas.

Entro en la cama y, enseguida, me toma de la muñeca, me acerca y me besa de nuevo. Yo le correspondo con mi mano torpe que intenta acariciar su pubis de manera delicada, acariciando los vellos apenas con el tacto de mis yemas, a lo que ella reacciona con un leve temblor de su pelvis. Poco a poco, va reclamando, a través de sus jadeos y de sus manos que hacen presión sobre la mía, que avance en procura de su interior más palpitante. «Muérdeme», dice, casi en una súplica, con la voz entrecortada al tiempo que me ofrece sus pechos, arqueando la espalda, dejando ver el perfil de su torso que se delinea en una curva como de sirena. Lo hago, ya con éxtasis, sin medir la intensidad de mis dientes que hincan la carne blanda de sus pezones. Siento mi cuerpo arder, mi cabeza, mi pene. Por un instante, me aleja de su cuerpo para mirarme a los ojos, y con una mirada que mezcla la excitación y la urgencia, me dice: «Entra, ya por favor». Cierra los ojos, gira su cabeza, y como si se lo dijera para sí misma, agrega: «No aguanto más».

Recibo sus abrazos con uñas en mis hombros. Es entonces cuando veo su rostro: la boca abierta, la mirada perdida hacia la cabecera de la cama, su aliento cálido que se ahoga durante unos segundos.

Así permanecemos hasta las primeras horas del día, cuando la luz blanca del sol se empieza a colar por entre las hendijas de la cortina rosada, que le da una tonalidad prostibularia a la habitación. El calor que se ha concentrado en el ambiente a lo largo de la noche hace que, de tanto en tanto, el ventilador que gira en una esquina y que produce un ruido monocorde, traiga hacia nosotros un vaho caliente que reseca nuestras pieles sudadas y pegajosas. Doña María duerme plácida con medio cuerpo encima del mío, ajena al calor. Yo, con los ojos abiertos, miro el techo y siento la humedad de la cama por cuenta de nuestros efluvios nocturnos. Me dedico a pensar en lo que acaba de ocurrir con doña María. Suena extraño llamarla de ese modo. Doña, expresión servil. Sonrío. No sé qué haré. Tomo mi reloj de la mesa de noche. En dos horas inicia mi jornada laboral —a la que iré adormilado, por supuesto, sin ánimos de nada, como

los estudiantes. Sonrío de nuevo. ¿Qué estoy haciendo? Todo era más fácil cuando no había llegado a Neiva.

Antes de levantarme de la cama pienso en Leonardo. Un pensamiento fugaz que se evapora rápidamente. Lo imagino todavía durmiendo, desmadejado en la parte trasera de su carro. También pienso en Violeta, pero nada en particular. Solo una idea que llega y se va. Doña María. La veo dormir a mi lado, la boca entreabierta, una mano cubriendo sus pechos.

15

Finalizo la capacitación antes del mediodía. Dediqué toda la jornada a observar, sentado en la parte trasera del auditorio –el estómago estragado, el reflujo que sube y baja por mi diafragma, el codo sobre la rodilla, una mano en el mentón, con actitud de reverente concentración que escondía agudos retortijones estomacales–, a los participantes que interpretaron el típico juego de roles entre vendedores y compradores. «La práctica hace al maestro», les dije a modo de conclusión.

A medida que desciendo las escaleras de la Cámara de Comercio, noto en mi organismo un dolor que no es estomacal pero que se aloja en mi abdomen. Un calambre insistente que tensa los músculos de la parte baja de mi esternón. Es por el esfuerzo físico de anoche, me digo. La idea llega a mi mente como un recuerdo asociado con doña María. Su cuerpo tendido sobre la cama y la boca entreabierta –que dejó escapar un silbido de plácido descanso cuando terminó nuestra noche de intimidad. Luego de eso, me levanté en puntas de pie, saqué del armario algo de ropa, fui al baño y dejé que el agua cayera sobre mí en un hilillo que me obligó a bañarme por sectores; me vestí tan rápido como pude, actuando como un gato o como alguien que no quería despertarla, quizás para no alterar el momento que vivimos, romper esa ficción en la que nos amamos sin amor; pero la verdad es que hice todo eso para no tener que hablar con ella en la mañana, para ahorrarnos ese silencio incómodo que ocurre luego de que dos extraños se reconocen los cuerpos, se besan en la intimidad, se miran con un cariño inexistente, impostado.

Tomo el celular y busco el número de Violeta. No contesta. Tras mucho pensarlo, insisto. Tres veces más. En el último intento, escucho su voz con los sedimentos de una risa que me indica que no está sola. Me saluda y luego se excusa por no responder antes. «Tenía el celular en silencio», dice. Me habla en tono alto, casi a gritos, como si no pudiera escuchar su propia voz por el tráfico o algún sonido de ambiente:

—Estoy almorzando con el Gordo —dice—. ¿Te acuerdas de él? —Y sin dejarme responder añade—: Si vieras lo flaco que está, está

hecho un churro: musculoso, con la misma guapura de siempre; los hombres lo adoran —celebra su comentario con una carcajada.

Del otro lado de la línea, escucho a Álvaro, quien le dice que no diga eso. Ella continúa riéndose, divertida de hacerlo sonrojar, supongo. La dejo hablar. Solo necesito su risa en este momento. Escucharla, sentir su frescura, su desparpajo.

—¿Por qué no vienes y comemos los tres? —propone como si fuera una gran idea que se le acabara de ocurrir. Declino. Miento. Le digo que solo llamaba para disculparme por haberme comportado como un niño el sábado. A lo que me responde que no me preocupe. Y cambia de tema rápidamente.

—¿Alguna mujer? ¿Ya conseguiste novia en Neiva?, ¿tan pronto? ¡Preséntamela! —exclama.

Le digo que no. Y, sin saber por qué, menciono a Leonardo:

—¿Te acuerdas de él? —pregunto con la certeza de que la respuesta será afirmativa. Su memoria siempre fue prodigiosa.

—Sí, obvio. Pero ten cuidado, no tiene muy buena fama. Dicen que anda metido en vainas raras —me advierte.

—¿Quién te contó?

Antes de responder, titubea. Al final dice:

—Papá.

—Me lo imaginé. Nunca le cayó bien Leonardo.

—Es verdad, pero creo que esta vez tiene razón. Muchas otras personas dicen lo mismo.

—Bueno. Tendré cuidado.

Se queda en silencio una vez más, como si no se atreviese a continuar la conversación.

—¿Te pasa algo? —le pregunto.

Me la imagino meditabunda. Al final se atreve a decir lo que de seguro tiene atorado desde hace rato:

—Me gustaría que nos reuniéramos con mi papá —lo dice como quien pide excusas, en un tono de voz muy bajo.

—No creo que sea buena idea —digo.

Silencio de varios segundos. Nadie dice nada hasta que ella habla en tono compungido, pesaroso:

—¿Es tan difícil darle una oportunidad? —y añade con tono conciliador—. Hasta el más miserable de los miserables merece una oportunidad, ¿y tú no se la quieres dar al hombre que te dio la vida?

—Al que me la quitó, querrás decir —le respondo con enojo.

—No más, por favor. ¿De qué vale el rencor? —me responde, todavía con tono conciliador.

—Para no olvidar —digo y cuelgo.

Camino con paso acelerado sin saber muy bien hacia dónde voy. Lo hago con violencia, golpeando los hombros de los transeúntes sin pedir disculpas, quienes sueltan a mis espaldas insultos a los que no presto atención.

A cada paso que doy, siento el calor de Neiva que cae sobre mí, como un reproche. En poco tiempo empiezo a sudar a mares, por mi cabeza, por mi espalda. Tampoco pasa mucho sin que empiecen a dolerme los pies por el paso acelerado que mantengo en la marcha, pero no me importa, me lo merezco. Camino sin disminuir la intensidad pese al dolor que me acompaña. Me arrepiento entonces de haberle colgado a Violeta. Ella no se merece la manera en que le hablé, con ese odio tan a flor de piel, que no escucha otras razones sino las del rencor.

¿Qué tuvo que haber pasado para que Violeta se olvidara de forma tan rotunda de todo lo que padecimos? No lo sé, pero tampoco lo alcanzo a imaginar. No me cabe en la cabeza que haya ocurrido algún cambio tan radical que pudiera atenuar la esencia misma de

un ser tan despreciable como la de Alirio Castellanos. Entonces viene a mi cabeza uno de los tantos eventos que marcó mi relación con él.

Tenía yo siete años cuando papá acostumbraba a llevarme de la mano todos los domingos a la plaza de mercado para hacer las compras de la semana. Íbamos a la plaza de mercado antigua que, si mi memoria no me falla, quedaba a dos cuadras de la gobernación del Huila. Recuerdo ese lugar como un hervidero de gente que caminaba con canastos tejidos de mimbre, colgados sobre la fosa del codo. Los olores intensos de verduras frescas con otras en descomposición que se mezclaban con los humores de las personas y el poco espacio que obligaba a caminar de lado. También tengo en la memoria el barullo de gente regateando un precio más bajo y la música tropical que sonaba en destartaladas radios de pilas.

Uno de esos domingos llegamos al puesto de una mujer a quien llamaban Muñeca. Era alta, de cabello castaño recogido en una cola de caballo, el hililllo de sudor que le bajaba por el cuello y se acentuaba en sus senos, apretados por un vestido colorido y floral. Sonreía a los clientes nuevos con picardía en tanto que se carcajeaba con los antiguos, les recibía las bromas subidas de tono con un guiño de ojo que agraciaba su rostro de ojos grandes, nariz fileña y los cachetes colorados.

—Muñeca hermosa —dijo cuando llegamos al puesto de la mujer—, le presento a mi hijo. Mírelo, está bonito el muchacho. Aquí se lo voy a traer cuando tenga quince para que lo inaugure —Y se carcajeó, a la espera que los demás clientes celebraran su broma. La mujer, luego de dar el cambio a un hombre, me extendió la mano, una mano delgada, sucia, de uñas cortas, irregulares y mordidas.

Mi error consistió en buscar el amparo de mi papá y esconderme tras su antebrazo, ocultando mi rostro en su cintura. Mi evidente timidez enterneció a Muñeca, quien me sonrió y enseguida se alejó para atender a otro cliente. Sin embargo, la reacción de mi papá fue otra. Él no sabía qué era la condescendencia. En ese momento lo miré y vi sus ojos que me observaban con desprecio, con intensidad, el rostro cada vez más rojo. Me tomó del brazo y lo apretó como si fuera una rama a la que quisiera quebrar.

—¿Por qué me hace quedar mal?, ¿acaso no le gustan las mujeres? —me reprochó mientras apretaba con más fuerza mi brazo. Después me arrastró, enfurruñado, castañeteando los dientes de la rabia. Las personas a nuestro alrededor miraban indignadas y le decían cosas como «cuidado con el niño» o «no lo trate así», al tiempo que otras lo silbaban a modo de desaprobación. Yo no podía dejar de llorar.

Tal vez, de manera inconsciente, mis pasos me llevan hasta el lugar que alguna vez ocupó la galería central, convertido hoy en día en una plaza cívica: un amplio descampado, adoquinado en ladrillo, con un hórrido monumento metálico, más óxido que otra cosa, sobre el que cae el sol de forma plena, como en una herida abierta. Decido sentarme en uno de los puestos que circunda el lugar, improvisado, hecho de guadua, muy tradicional, a descansar mis pies. Pido una avena y almojábanas. Me tomo el primer vaso de una sola intención y pido más. Permanezco allí, sentado, viendo a la gente pasar con el caminar lento, sin importarle lo más mínimo el cáncer de piel que de seguro contraerán si no buscan refugio del inclemente sol. Trato de no pensar en nada, ni en Violeta –cada vez me arrepiento más por haberle colgado el celular–, ni en el señor Castellanos, como le decía todo el mundo. «Señor», una palabra con que lo reconocían ante la sociedad y lo hacía sentir digno, respetado. Una palabra que le quedaba grande en la casa.

Allí era otra persona. Distinta al sonriente, amable, bromista y dicharachero que le caía bien a todo el mundo. En casa era huraño, seco, de pocas palabras, las cuales utilizaba solo para dar órdenes o para enfatizar nuestra torpeza, más la mía que la de mi hermana, desde luego; pero también para condenar al cielo por haberle dado un hijo inútil al que solo le gustaba leer y estar encerrado en su cuarto.

Miro el celular. Van a ser las cinco de la tarde. No me decido si esperar a que Violeta termine de trabajar para llamarla y volver a disculparme o ir a casa. La incomodidad, luego de lo ocurrido anoche, me desalienta a escoger la segunda opción. Volver a ver a doña María implica asumir un nuevo estatus en nuestra relación. Simplemente, ya no podré ser considerado más su arrendatario. Hubo caricias, palabras delicadas, un inventario de instantes que, estoy seguro, cambian las cosas. Por otro lado, no quiero

interrumpir a mi hermana, de seguro no ha salido de trabajar y mi llamada no sería tomada por ella de la mejor manera. Es probable que me hable en un susurro y me diga que no me puede atender en ese momento, que si la llamo más tarde. Y yo no tendré más opción que aceptar, sin poder siquiera ofrecerle mis disculpas.

Tomo un taxi. Mis pies me reclaman la ampulosa hazaña de caminar bajo esa intensidad, con lo que me ha dejado –estoy más que seguro– algunas ampollas que siento arder con cada paso que doy. Mientras me desanudo los zapatos, me acuerdo de Leonardo. Hace aproximadamente veinticuatro horas que lo dejé allí, como lo estoy yo ahora, en la parte trasera de un carro. Desde luego, era el suyo, y en un parqueadero donde, lo más probable es que ya lo han dejado dormir la borrachera en más de una ocasión.

La llamada entra a buzón de voz. Me preocupo. Y en seguida me arrepiento de haberlo dejado solo. Eso no lo hace un amigo. Pero acaso, ¿puedo considerarlo mi amigo? Trato de justificar mi dejadez con esta pregunta, la cual, por supuesto, no me excusa. Tampoco el hecho de que estaba tomado. Claro, en menos proporción que él, pero igual no estaba en mis cinco sentidos. Trato de pensar con claridad, de serenar mi mente. Entonces, recuerdo el maletín negro que me pidió que guardara. Ese mismo que debe estar tirado en alguna esquina de mi habitación, entre el desorden. Me tranquilizo un poco pensando que tendrá que comunicarse conmigo si quiere recuperarla.

Doña María sale a mi paso una vez cruzo el umbral de la puerta. Me sonríe con una expresión nueva: el arco de los labios a media asta que deja ver un poco los dientes, las cejas que forman un desnivel en el extremo del rostro. El saludo cortés, pero distante, como el de alguien a quien hemos visto un par de veces en nuestra vida, pero del que no recordamos su nombre. Capta el mensaje. Entonces, me abre paso con un movimiento sutil de su cuerpo y avanzo sin atender a la sonrisa que sigue incólume en sus labios cuando cruzo a su altura. No tengo el ánimo para corresponderle el gesto y sigo mi camino, ahora mirando al piso, hasta llegar a mi habitación.

Cuando llego al cuarto, me tiro en el colchón, los brazos abiertos, ocupando el ancho de la cama como una estrella de mar. Pienso en Violeta. En mi reacción, en las disculpas que no le he ofrecido. Dejo que el tiempo transcurra en un ir y venir de pensamientos inconexos, a veces superpuestos, poco trascendentes. Decido quitarme los zapatos para estar más cómodo, pero cuando tiro de mi zapato izquierdo, un dolor indecible me hace levantar de la cama. Como puedo, apelando al mayor cuidado quirúrgico, comienzo a sacarme los zapatos. El dolor me pone en alerta cuando llego a las medias blancas y me doy cuenta de varias aureolas de sangre cárdenas. Me las saco con dos dedos, lento, despegando, cuando es necesario, los pedazos de piel que quedan adheridos a la tela. Caminar toda la tarde trajo sus consecuencias.

El dolor me lleva a pensar en pedirle ayuda a doña María, pero desisto de la idea. No quiero que siga mal interpretando la situación. Su sonrisa me estremeció. No sé qué puede pasar por su mente luego de lo que pasó anoche, por lo que decido terminar de quitarme la ropa yo solo e ir en cuatro patas, apoyado en mis rodillas, hasta el baño. Una mueca de dolor me acompaña hasta que abro el grifo de la ducha. Dejo que el líquido me bañe por unos segundos, que me sacuda el sudor del día, que atenúe un poco el dolor, pero no lo consigue. Tomo el jabón, froto mi cuerpo y, finalmente, mis pies. Ahogo un grito de dolor. Veo las plantas de mis dedos con la piel despellejada, en carne viva. No me queda más que permanecer sentado como estoy, la espalda apoyada en el azulejo frío, los pies sintiendo el discurrir del agua que se pierde

por el sifón.

Vuelvo a la cama con la misma dificultad. Arrastro medio cuerpo –una toalla blanca rodea mi pelvis– como un gusano de seda que avanza torpe hasta llegar a su destino. Miro en derredor y recién noto que la habitación está ordenada. La ropa que acostumbro a dejar tirada por todas partes no está; la cama –qué poca atención presto a los detalles domésticos– está tendida, solo arrugada en unos pocos pliegues debido al peso de mi cuerpo. Doña María no se aguantó las ganas de ordenar. Como puedo, busco mi ropa interior y una pantaloneta en el cajón. De pronto veo un objeto que no reconozco a primera vista en la parte interior del armario. Aguzo la mirada, tratando de ver en la oscuridad que reina como una niebla que no se disipa: es la maleta de Leonardo.

Música a todo volumen fractura el silencio como un globo que explota de repente, a pocos centímetros de mi oído. La voz distorsionada de un cantante de género urbano se cuela por entre las hendijas de mi puerta. Nada qué hacer, postrado como estoy, sin poder caminar, no tengo más opción que tolerar los altos decibeles. Sin embargo, poco después, tres golpes suenan en la puerta. Los dos primeros, apenas perceptibles, casi como una sensación; el tercero, más fuerte, cimbreante.

Doña María asoma la cabeza en el cuarto, la mano apoyada en la jamba de la puerta, que permanece entreabierta. «¿Le molesta la música?», pregunta en voz alta. La miro extrañado antes de responderle para darle a entender lo absurdo de la pregunta. Le digo que sí, pero no me escucha, o se hace la que no me entiende. Al final asiento con la cabeza y ella, tras ofrecerme una sonrisa que no le devuelvo, cierra la puerta. Unos minutos después vuelve a tocar, esta vez de forma más moderada y, sin esperar mi respuesta, entra.

Me pide disculpas una vez más y me dice que puso la música porque se siente muy feliz, que se dio cuenta de que la vida es bella, como dice la canción. Interrumpo su perorata preguntándole si ella sabe dónde está la maleta negra que estaba en la esquina. Lo hago con la única intención de sentar mi animadversión por el hecho de no haber encontrado la habitación como la había dejado. «Lo guardé en el armario», responde ella y, tras unos segundos, añade

con indignación: «Si abriera las cortinas y encendiera la luz más seguido se daría cuenta de que le arreglé este chiquero», tras lo cual cierra y se va. ¿En qué me metí? Esa mujer no está bien.

Tomo la maleta de Leonardo e intento ponerla sobre la cama, pero me doy cuenta de que pesa demasiado, mucho más de lo que recuerdo. El licor aliviana todas las cargas. Entonces, la arrastro como puedo, tratando de caminar con los dedos mirando hacia el techo, apoyando el peso en la parte externa de los dos pies, procuro hacer el menor contacto posible con el piso. El dolor que siento al tratar de caminar hasta la cama disminuye un poco, pero sigue allí como un recuerdo lacerante que me dice que ninguno de nosotros está bien. Todos tenemos algún dolor detrás de los ojos que nos altera la razón.

Ya sobre el colchón, abro la cremallera, y a medida que la tela se va separando y deja ver el interior, mis ojos no dan crédito a lo que ven: dinero, mucho dinero; billetes y más billetes de cincuenta mil pesos que están amarrados en cintas de papel blanco que, por cada lado, tienen escrito en una caligrafía descuidada el valor de cada fajo. El corazón me empieza a palpitar de forma acelerada.

Trato de serenarme con pensamientos que van desde llevar el dinero a la policía hasta botarlo en algún lugar apartado o tirarlo al río. Pero me doy cuenta de que ninguna de aquellas opciones es la más sensata. Ir a la policía sería lo mismo que incriminarme en una situación que no puedo explicar. «¿De dónde sacó ese dinero?», será la pregunta más lógica que me hagan. «No sé, me lo dio un amigo», será la respuesta menos creíble que pueda dar. Tanto dinero no llega a las manos de uno como si nada. Ningún amigo entrega a otro tanto dinero. Eso, sin duda, me llevará a un proceso largo, tedioso, que no estoy dispuesto a afrontar.

El dinero es real, está aquí, es un problema real. Pero debo pensar con claridad, no creo que tirar tanto dinero sea la mejor opción. Eso sin descontar el problema que le podría acarrear a Leonardo.

Ahora que lo pienso mejor, tan solo debo considerarme como el cuidador de una gran suma de dinero que no me pertenece. Simplemente lo guardo, sin hacer preguntas, como el niño a quien le dicen que haga tal cosa y la hace de la forma más inocente del

mundo. Qué tonto y confiado soy, pienso. ¿Cómo no sospechar de una maleta negra entregada por un hombre con los antecedentes de Leonardo? «¿Anda metido en vainas raras», me dijo Violeta? ¿A qué se refería?, ¿qué sabrá ella? Me entra el impulso de llamarla, pero me arrepiento casi enseguida. No vale la pena involucrarla en un problema que no sé cómo terminará.

«Vainas raras». En el amplio repertorio de situaciones que podrían catalogarse de peligrosas o comprometedoras –desde el favor de cuidar el dinero resultado de un negocio, al ocultamiento de billetes resultado de un delito o, aún peor, el robo de esa cantidad desmedida a alguien con mucho poder y negocios turbios–, no sé en qué lado del espectro estoy.

Lo mejor y más práctico, desde luego, es llamar a Leonardo para preguntarle de dónde procede el contenido. No. Me corrijo. No quiero saber la procedencia del dinero. Lo mejor será devolvérselo. Encontrarnos en algún lugar y extendérselo, mirando para un costado y sin darle la posibilidad de que me explique nada, zanjar el asunto con una estrechada de mano y no volver a verlo más.

Pero no contesta.

Marco una. Dos. Tres veces.

Nada.

Su teléfono suena apagado. ¿En qué se habrá metido?, me pregunto. Tanto dinero en Colombia solo puede significar problemas. Muchos problemas. Políticos corruptos, testaferros de narcotráfico, guerrilleros, paramilitares, delincuencia común, un largo etcétera que conduce a un mismo lugar: sangre, tortura, muerte. Cuántas historias truculentas de hombres y mujeres que terminan desmembrados, comidos por los cerdos o tirados al río por apropiarse de un dinero que no les pertenece, escuchamos a diario en las noticias del medio día, constituyéndose en el aderezo de las conversaciones que se dan en las sobremesas, haciendo de la muerte nuestro tema predilecto, como si esta hiciera parte del paisaje, algo común que nos rodea, la realidad infinita.

No quiero ese destino para mí. Una llamada me saca de mis

pensamientos. Tomo el celular con tanta urgencia que por poco se me cae de las manos y tengo que hacer malabares para que no se estrelle contra el piso. Pero no es Leonardo. En la pantalla táctil veo el nombre de mi hermana. Dejo que suene hasta que entre a buzón de voz. No quiero hablar con ella en este momento en el que los nervios por el dinero esparcido sobre mi cama me delatarían muy fácilmente.

Vuelve y suena dos, tres veces. Entra a buzón de voz. Pasan unos segundos, pero no vuelve a sonar. Respiro profundo y exhalo lento. Una mierda. No sirve. Las posibles muertes de las que puedo ser víctima por esa maleta negra no se me van de la mente ni del ánimo con facilidad. Tras un instante recapacito. Decido devolverle la llamada a mi hermana, no solo porque quiero disculparme con ella por haberle colgado en la tarde, sino también porque me causa curiosidad el motivo de la misma.

17

La invitación de Violeta hace que me atore con mi propia saliva. Toso como si me hubiera comido una cucharada de arena. Me disculpo entre espasmos, la voz ahogada, con la saliva que cae en diminutas partículas que bañan la superficie del celular. Me disculpo una, dos, tres veces. «¿Estás bien?», me pregunta ella al otro lado de la línea. Demoro en reponerme, tratando de darme un poco de tiempo con lo que pueda zafarme de la invitación, pero no lo consigo. Siempre me pasa lo mismo. Accedo a todo cuando me siento presionado o estoy en una disyuntiva. Aceptar es la salida fácil, pero la de peores consecuencias, lo sé. Otra razón, más inconsciente, es que no quiero que Violeta me vea como un intransigente, como el que ya le tocó soportar en el centro comercial. No quiero que se lleve esa idea. Quiero recuperarla. Y estoy dispuesto a todo por arañar un poco de la felicidad que compartí con ella años atrás.

Entonces acepto ir con ella, el niño y Alirio a Rivera, todo el fin de semana.

«Gracias», me dice. «No te vas a arrepentir».

Muy tarde, pienso. Ya lo hice.

La imagino sonriente, la expresión serena en el rostro, de meta cumplida, acariciando la posibilidad de un reencuentro entre su hermano y su papá, otra vez la familia junta; la ilusión que debe sentir me impide retractarme. Nos despedimos con un breve «adiós», casi al tiempo. Quedo con el celular en la mano, lo aprieto con fuerza, con la firme intención de estrellarlo contra mi frente, pero me abstengo: el dolor en mis pies me recuerda que las reacciones desmedidas, gobernadas por la ira y la frustración, no conducen a nada bueno.

Me siento en el piso, absorto en la nada. Es mucha información para procesar en poco tiempo. Es como si un alud de tierra cayera de una montaña escarpada justo cuando doy un paseo tranquilo, y con este llega la oscuridad total, la falta de aire, la presión que asfixia cada músculo y estrangula, no solo el cuerpo, sino también el alma.

Oculto mi cabeza entre las rodillas y comienzo a llorar a lágrima viva, con las compuertas del llanto abiertas de par en par, llorando de memoria. Otra vez Girondo, otra vez la poesía al rescate, mi consuelo.

Permanezco así por un buen tiempo, tratando de sacar de mi cabeza todo pensamiento que no contribuya a estabilizar mi estado de ánimo; concentro mi atención en el ir y venir de mis pulmones, en la respiración que sale, sibilante, por mi nariz. ¿Y si me estoy ahogando en un vaso de agua?, me pregunto. ¿No sería mejor hacer de mis recuerdos una tabula rasa en la que se comience a escribir una nueva historia, un nuevo comienzo? Un nuevo comienzo: ilusión a la que nos entregamos quienes, con fatua esperanza, buscamos nuevas oportunidades para redimirnos de nuestros fracasos o malas decisiones. Un lienzo en blanco en el que pretendemos que el destino nos dé una segunda oportunidad para hacer las cosas de manera distinta.

Entonces, llegan a mi mente escenas, instantáneas que se suceden unas tras otra, como en un álbum familiar imaginario, en las que estoy sentado en la mesa de comedor con mi hermana, Alejandro y mi papá. Tal vez es domingo. Sí, un domingo, el día en que se reúnen las familias felices. Los cuatro estamos sentados, reímos al tiempo en que se cuentan anécdotas de la infancia, desternillados de risa, bromas que vienen y van al recordar la reacción airada pero benévola de un padre que sacó adelante a sus hijos con severidad, disciplina, que, todo hay que decirlo, fue por nuestro bien.

Pero también llega otra imagen que aparece como el deseo falaz de convencerme de mi equívoca reacción durante todos estos años en los que he culpado a mi padre de mi ansiedad crónica, mi insatisfacción con la vida que me tocó vivir, por haberme robado el amor de Violeta. Esta vez un centro comercial entra en escena: abierto, concurrido, bullicioso. Tarde de cine. Los cuatro una vez más, enfrascados en una falsa discusión en la que cada uno propone la película de su preferencia a sabiendas de que veremos la que elija Alejandro, es una escena que nos gusta jugar como familia: la discusión como performance. Nos pellizcamos los cachetes, nos abrazamos, las cosquillas que van y que vienen al compás de las risas.

Sonrío. Intento levantarme, pero he estado demasiado tiempo en la misma posición. Me duelen las articulaciones de las rodillas y la planta de los pies. Por fin, apoyado en el tabique inferior de la cama, logro levantarme e ir hasta el baño. Allí tomo un buche de agua, me refresco el cuello. Absurdo, pienso. Imágenes que no van a ocurrir porque sencillamente no se puede huir del pasado. Estamos sujetos a él como lo está la piel del cuerpo a la carne, a los tendones, a los huesos. Vuelvo a la cama y, como puedo, tomo la maleta y la llevo a la parte más oculta del armario, detrás de algunos zapatos que acomodo de forma tal que la oculten.

¿Qué hacer con ese problema?

Puedo ir como un loco y preguntar por Leonardo en todas partes, tratando de averiguar su paradero. Pero me pondría en evidencia, llamaría demasiado la atención. Tal vez de alguien que eche en falta ese dinero y lo esté buscando. Sería mi perdición. Lo mejor es guardar silencio, no comentar nada, esperar a que nadie pueda relacionarme con Leonardo. O, mejor aún, que nadie vaya a Los Recuerdos de Ella y haga preguntas, que Cabellos de Nieve no hable –tal vez pensando que es mejor no meterse en problemas. Que la cosa quede allí. Aunque queda un cabo suelto. El joven del parqueadero, al que le entregué el dinero para que levantara a Leo. Pero, si lo pienso bien, más allá de los pocos segundos que vio mi rostro en la luz de una farola macilenta, no tendrá mucho para decir al momento de describir mi apariencia. ¿Qué podrá decir? «Era un hombre joven, delgado, vestido de tal o cual manera, cabello oscuro, ojos… No me acuerdo», dirá. «Estaba muy oscuro, no lo recuerdo bien». Y así dé una descripción más específica, ¿cuántas personas compartimos los mismos rasgos? Trato de venderme la tranquilidad que necesito a como dé lugar.

Lo más prudente será esperar hasta el lunes, una vez haya regresado de Rivera, para buscar a Leonardo y entregarle el bolso sin hacer preguntas, dejarlo a sus pies y salir corriendo, para no volver a verlo nunca más. Dos golpes en la puerta, una vez más, me sacan de mis pensamientos. De nuevo, la voz de doña María que me dice que quiere hablar conmigo, que es importante.

Presiento que no es más que una excusa, pero le abro la puerta con displicencia y me devuelvo al borde de la cama. Ella nota que sobo

mi pie izquierdo y me pregunta qué me pasó. Le digo una mentira. Que me excedí trotando. Llega hasta donde estoy, me mira a los ojos, luego a mis pies y se ofrece a curarlos. Pese a que el dolor ha amainado, estoy seguro de que no me caería mal una curación más rigurosa. Acepto y, antes de terminar la oración, sale del cuarto. Poco después vuelve con un botiquín blanco en el que se ve una cruz roja decolorada en el centro. Se sienta a mi lado y pide que ponga los pies sobre su regazo. Es un momento incómodo para mí, de una intimidad… absurda. ¿Vale la pena tener algún remilgo cuando hace apenas unas horas estuvimos los dos en la misma cama, desnudos, compartiendo más que palabras?

Saca algodón del botiquín y lo embadurna con Isodine. Antes del primer contacto me mira y sonríe como si esperara mi aprobación para iniciar. Asiento y en poco tiempo mis pies comienzan a ser bañados por la sustancia bermellón en lugares donde incluso no hay herida. De tanto en tanto doña María separa su mirada de mis pies para supervisar mi reacción y abanicar con las manos la superficie espumosa que deja el contacto con el algodón. Cuando termina, me pide que me acueste y pone debajo de mis pies una toalla azul de manos que dobla con cuidado antes de posarla bajo mis talones.

Me pregunta si quiero algo de tomar y le digo que no. Sin embargo, como si no me hubiera escuchado o no quisiera atender a mis deseos, me dice que ya viene, que tiene hecho un jugo de lulo delicioso que me va a encantar. Se demora unos diez minutos en llegar con el vaso. Como puedo me inclino y bebo el contenido refrescante. Ella sonríe cuando le extiendo el vaso de vuelta. Lo deja en la mesa de noche y permanece de pie a un costado de la cama. Luego, como en un impulso que no puede contener, se sienta a mis pies y, sin mediar palabra, comienza a besarme las piernas.

Dudo por un instante. No sé si detenerla o dejarla hacer. No quiero problemas con esta señora, pero necesito dejar de pensar. Estoy aburrido de hacerlo. Quiero dejarme llevar, simplemente sentir, olvidarme por un momento de todas las circunstancias que me rodean. Me decanto por la segunda opción. Entonces, ella me mira, inclinada, y sonríe con mueca infantil, traviesa. Al percibir mi silencio –que tal vez interpreta como una señal de aprobación–, continúa besando, toca apenas con sus labios, las heridas de mis

pies. Siento un leve ardor al contacto de su lengua cálida, que poco a poco sube por mis piernas, mis rodillas, mis muslos.

Cierro los ojos y me dejo hacer. Ya sin remilgos, sin prejuicios, sin cargos de conciencia, dejándome llevar, como embrujado. Abro las piernas y ella sigue el recorrido, obediente, domeñada al deseo que destella en sus ojos, respira el humor de nuestros cuerpos que se levanta poco a poco como una insípida llama que se torna en hoguera. Respiraciones entrecortadas pasan de una boca a la otra, se intercalan los sonidos como en una sinfonía amatoria que excita los cuerpos. Su boca en mi sexo, caliente, húmeda, que trabaja con denuedo. Mi grito ahogado, carente de saliva.

En mi turno la tomo por el brazo y, con la mayor delicadeza posible, la acuesto boca abajo. Ella se deja hacer. Recorro su espalda con mi lengua vaporosa que bruñe la piel del omoplato, paso por la columna hasta llegar a su cadera. Allí me quedo algunos segundos de más para aderezar el momento con algunos mordiscos. Una gota de sudor, grande, ovalada, que se despeña por su nalga derecha, deja una estela líquida que sorbo con la sed del último sediento del mundo antes de que desaparezca pierna abajo. Le doy la vuelta y me tomo el tiempo suficiente para llegar a su pubis en un juego que parece no gustarle a doña María, que toma mi cabeza con ansias y la dirige hasta allí. Yo me resisto, disfruto de su ansiedad, de su columna que se enarca a cada segundo con mayor ímpetu. Finalmente me sumerjo y beso el vello hirsuto, húmedo, que se me ofrece como un manjar que, producto del deseo, muerdo con más fuerza de la permitida. Escucho un «¡ay!» melifluo, entonado entre el dolor y el goce, que me excita aún más.

Así se nos va la noche, entre caricias que compartimos como las viandas que se le deja a quien vamos a despedir por última vez. Los sonidos del nuevo día y la luz que intenta colarse por la cortina rosada son las señales que necesito para adelantarme al discurso de despedida, para aclarar con torpeza una vez más que lo que allí pasó se debe quedar en el cuarto. Ella sonríe. Me dice que no me preocupe y vuelve y se hunde dentro de mi pecho. Trato de recalcarle una vez más, con mayor énfasis, que esta situación se debe asumir como una vía de escape que nos permite olvidar los problemas cotidianos. Entonces, se apoya en su codo y me mira: la

misma risa sardónica que le conocí cuando llegué. «Yo tengo claro que no tenemos nada en común. No se preocupe, ya no soy una niña que se enamora. Tampoco es el primer hombre con el que me acuesto para recordar qué es el afecto». Calla por un instante y luego añade: «Aunque usted sí es especial, pero no por los motivos que piensa. Usted me recuerda al hombre de la foto que le mostré. Es como si pudiera, por unos pocos minutos, asumir el rol de aquella mujer que tiene una familia con quien fotografiarse. Lo que nunca fui, lo que nunca tuve. Que se sintió amada por los suyos. Usted no es más que un sustituto».

—Cuando yo tenía trece años fui enviada a vivir con mi tío Alfredo a Ibagué. En ese entonces la situación en mi casa era muy difícil. Ninguno de mis padres tenía trabajo y me mandaron a esa ciudad para continuar con mis estudios y de paso a conocer a mis primos.

Por un momento doña María se detiene, suspira, mira por unos segundos la pared tras de mí. Luego me mira y le sonrío. Esto parece animarla.

—Pero fíjese que ese encuentro con mis primos no fue lo que yo esperaba —Se detiene una vez más. Estoy a punto de decirle que no es necesario que hable de lo que no quiere, pero continúa—: Desde el primer momento, ellos quisieron aprovecharse de la situación. Y no solo por ser mayores que yo, uno tenía catorce y el otro dieciséis, sino porque se sentían seguros en su casa. La extraña era yo y cualquier acusación que hiciera sería puesta en duda. Sería mi palabra contra la de ellos. Más me demoré en entrar que ellos en mirarme con lujuria; mire que, valga decirlo, no lo interpreté en ese momento como tal debido a mi inocencia, pero con los días me daría cuenta de su verdadero significado. En fin… Lo cierto fue que toda esta situación no habría sido problema si ellos se hubieran limitado a mirar. Pero no ocurrió así.

—¿Qué pasó? —pregunté, como si no intuyera el desenlace, más preocupado por ser empático ante lo que estaba seguro me diría.

—No había transcurrido ni una semana cuando noté la presencia de unos ojos mientras me bañaba. Veía que alguien se asomaba por las claraboyas del baño que dan al patio. Lo mismo pasó con frecuencia cuando, después de clase, me encerraba a estudiar en la alcoba que me habían asignado. Yo soporté esa situación los primeros dos meses sin decir una palabra a mis tíos ni a mis padres, ya que confiaba en que podría manejar la situación. Pero casi a los seis meses todo cambió, y la situación se hizo insostenible.

La miré con expectación, asentía atento y la animaba a continuar. Ya en este punto sabía que ella necesitaba contar esta historia.

—Una tarde de domingo en que mis tíos salieron y me dejaron en casa al cuidado de sus dos hijos, estos malnacidos, aprovechando la situación, se colaron de algún modo y empezaron a tocarme mientras dormía la siesta. Lo primero que sentí fueron los murmullos, algo así como unos suspiros densos, entrecortados, que, con el paso de los minutos, fueron acompañados de gemidos. Yo no le presté mucha atención ya que pensé que se trataba de un sueño. Pero lo segundo que sentí constató lo que pasaba: un roce tenue, casi imperceptible, de algo contra mis piernas que subía desde la parte alta de la rodilla hasta la baja de mi cintura. A medida que esto ocurría, yo me iba sintiendo presa del terror, lo que me mantuvo con los ojos cerrados por un buen rato. Poco a poco, las lágrimas empezaron a caer hasta que un movimiento poco natural de mi falda me sacó del estado en el que estaba y abrí los ojos para encontrarme de frente con la figura de mis primos encima de mí.

Doña María detiene su relato. Parece que en cualquier momento va a llorar. Yo dudo si tomarla de la mano, decirle alguna palabra que la reconforte o simplemente seguir callado. En ese momento se tapa la cara con las dos manos. Y estoy a punto de tocar su mano cuando me detiene con un gesto.

—Tranquila. Si necesita contar su historia, hágalo. Todos necesitamos contar lo que nos dolió en el pasado —digo con hipocresía. Yo, que no he hecho más que huir.

—Gracias, de verdad —dice. Suspira y continúa—. Fue horrible — Vuelve y calla, pero rápidamente sale de su abstracción y retoma su discurso—. Todo ocurrió como si le pasara a alguien más y no a mí. Yo solo escuchaba «callada, no diga nada». Fue tanta la impresión al verlos encima de mí, que no pude gesticular palabra. Estaba en shock. Por fortuna, una voz de mujer gritó desde abajo un «ya llegamos» que me salvó. Y mis primos, como dos gatos monteses, huyeron, no sin antes advertirme: «si dice algo, la jodemos».

—¿Y cuánto más permaneció allí con esos monstruos?

—Una semana después me devolví con mis papás. No soporté el estado de alerta en el que tenía que vivir luego de eso, aunque mis primos no volvieron ni a determinarme, era como si fuera un objeto más de la casa, una pared o un florero. Simplemente dejé de existir

para ellos.

—¿Y qué les dijo a sus papás?

—Que no aguanté más la soledad. Mi papá, de todas formas, comprendió y me trajo de vuelta.

—Bueno, por suerte pudo huir de ellos y no volver a pasar por lo mismo.

—Eso pensé apenas regresé, que algo así no me volvería a ocurrir. O al menos, que la vida no podía ser tan injusta como para hacerme vivir una prueba semejante. Sin embargo, todo cambió cuando me casé.

—Se casó —dije como para ratificar que había escuchado, pues durante el tiempo que llevaba viviendo en la casa con ella, no había visto rastros de vida conyugal alguna.

—Sí. Conocí al hombre que llegó a ser mi marido. Cuando nos conocimos, yo tenía diecisiete años y él tenía veinticinco. Y un año después nos casamos. Era todavía una jovencita inocente cuando lo hice, y ese fue mi más grande error —Sonríe para sí, niega con la cabeza, como quien recuerda las estupideces del pasado.

—Bueno, por lo que veo ya no está con él —digo mientras miro para todos lados. Ella sonríe.

—Sí. Pero como uno ve que pasa en muchas relaciones por estos lares, él comenzó a cambiar las caricias y los buenos tratos que me daba al inicio por escenas de celos y golpes, todo eso acompañado de las amenazas de matarme si yo me atrevía a serle infiel. Sin embargo, a diferencia de la experiencia con mis primos, en esta ocasión decidí no quedarme callada y sumisa ante los abusos de este otro malnacido.

—Entonces, ¿qué hizo?

—En un acto poco usual, le respondí con la misma moneda, sin importarme la desventaja física. Todo ocurrió muy rápido. Tanto, que incluso hoy, no recuerdo con exactitud lo sucedido. Solo sé que hubo mucha sangre escurriendo de su cabeza después de que lo

golpeara hasta que quedó tirado en el suelo.

La miro con ojos de asombro, sin dar crédito a lo que escucho. Ella se da cuenta de mi perplejidad y ríe. Me dice, como si fuera una broma:

—Tranquilo que no murió. Vivió lo suficiente para firmarme el divorcio —Su sonrisa se vuelve frenética.

—Bueno, al fin y al cabo, se lo merecía —digo, aún consternado y nervioso por lo que acababa de contar.

Nos quedamos en un silencio en el que hacen eco fragmentos de la conversación. Intento hacer como si nada, pero las palabras de doña María permanecen en los contornos de mi cabeza como la punta de un cincel que se obstina en golpear con un martillo invisible lo más profundo de mi consciencia. ¿Por qué algunos hombres actuarán así? ¿Puedo culparla? No, no puedo.

19

Luego de escuchar a doña María, y sin saber bien en qué momento, caigo dormido. Aparece entonces un lago de aguas oscuras, apacibles. La quietud de la superficie es rota por un gran pez que salta y rompe el espejo de agua que se lacra como si estuviera revestida de hielo. Se eleva a una altura indecible, retorciendo la cola de extremo a extremo, al tiempo que el sol hace brillar sus escamas con una luz iridiscente que se apaga solo cuando vuelve a caer y se estrella como una flor que se abre en primavera.

En principio, la escena me produce cierta tranquilidad y admiración por la majestad de la imagen, pero al poco tiempo vuelvo a ver que el animal repite la maniobra y que, en esta ocasión, su tamaño ha aumentado considerablemente. Lo mismo ocurre una y otra vez hasta que me doy cuenta de que el pez se está acercando a mí. Siento un breve temblor bajo mi cuerpo y solo en ese instante me doy cuenta de que estoy sobre una canoa en la mitad del lago. Miro hacia la popa y veo arrellanados, abrazándose uno al otro, a Violeta y Alejandro. Sus rostros de terror miran hacia mi dirección. Trato de calmarlos, pero no me escuchan. Insisto con desesperación hasta que me duele la garganta y los músculos de la mandíbula se me tensan, pero ellos siguen sin oír lo que trato de decirles. Siguen mirando con horror, tratando de alejarse con sus pies lo más lejos que pueden de la amenaza inminente del pez que viene hacia nosotros. Vuelo y miro al animal y me doy cuenta rápidamente de que ya no está. Respiro con alivio. Sonrío para tranquilizarlos, pero ellos siguen con la expresión de miedo en el rostro, arrellanados, esperando el final, mirándome a mí.

20

Me toma más tiempo de lo previsto llegar a la casa de Alirio. Tuve que dejar organizados algunos informes de cierre, escritura mecánica de labores realizadas en las capacitaciones; la burocracia que no puede faltar en toda actividad que produzca algún tipo de ingreso monetario. Decidí concentrarme en dicho procedimiento toda la mañana del sábado como una estrategia para despejar la mente de todo lo que me ha ocurrido en los últimos días: el encuentro familiar, la maleta con el dinero y doña María. Aunque, para ser sincero, este último ya había quedado zanjado con su «usted no es más que un sustituto», lo cual me trajo muchos pensamientos a la cabeza. Pero tampoco quise ahondar en ello; decidí asumirlo como un problema menos.

Pero fue inútil. Las preguntas seguían agolpándose en mi cabeza. ¿Cómo sería el reencuentro con Alirio?, ¿podré controlar mis emociones? Mientras su imagen llegaba a mi cabeza, las sienes comenzaban a calentarse como el horno de un tren al que se le arroja carbón en cantidades inenarrables; su simple recuerdo era suficiente para hacer bullir todo el rencor que tengo represado. Me sentí arrepentido. Tal vez debí llamar y cancelar mi ida. Pero no. Imposible hacerle eso a Violeta. Le prometí que iría y eso hice. Solo me restaba hacer todo lo posible para encerrar el pasado en un cofre del cual no se me escapara ni una mirada recelosa o un comentario malintencionado o alguna referencia que trajera los recuerdos malos de vuelta; me negaría a utilizar el cerillo con el que pudiera reavivar el fuego de mi enojo.

Cuando menos pensé, una llamada de Violeta me sacó de mi ensimismamiento:

—Ya llegamos donde papá —dijo con voz emocionada. Se tomó unos segundos para preguntar, como si dudara—: ¿Ya vienes de camino?

—Sí —mentí—, ya estoy en la terminal, pero no se ha llenado el cupo del bus. Apenas llegue al pueblo, te llamo.

En cuanto cuelgo la llamada, me apresuré en empacar un par de mudas de ropa. Bajé las escaleras tan rápido como pude y al llegar al primer piso exhalé con alivio al no encontrarme con doña María, ya que no sabía en qué términos estaba luego de nuestro último encuentro. En la calle decidí subirme en la primera moto que se detuvo y no perder tiempo esperando un taxi. En condiciones normales, le habría pedido al conductor –un hombre de casco verde fosforescente, como el que usan los policías– que disminuyera la velocidad y que no se pasara los semáforos en rojo, tampoco que se cruzara en zigzag entre los carros y que no frenara intempestivamente ante la imprudencia de otros motociclistas y transeúntes. Simplemente, cerré los ojos y esperé, confiando en alguna deidad desconocida, a que llegáramos a mi destino sanos y salvos. Llegué al terminal en menos de media hora. Le agradecí y salí apurado en busca de un colectivo que me llevara a Rivera. Por fortuna, el cupo no se había llenado y tuve que esperar otro tanto antes de partir.

Ya en el municipio, decidí dilatar un poco mi llegada y me quedé un rato en el parque central viendo como varios ancianos hablaban entre ellos y se carcajeaban con sus risas desdentadas al amparo del busto de José Eustasio Rivera. Por fin, sabiendo que tarde o temprano tendría que afrontar la realidad en la que me había involucrado, le pedí a un conductor de moto-taxi –este ya sin casco, la cabeza melenuda, desordenada– que me llevara según las indicaciones que me había dado mi hermana.

Y aquí estoy. Frente al portón de rejas blancas que da paso a una casa amplia, de un solo piso, pintada de verde oscuro de la mitad para abajo y de blanco en la parte superior. Entre las columnas de madera hay helechos que caen como brazos y, más adelante, veraneras y musaendas con flores que rodean la entrada. Camino por la huella cementada que conduce hasta un costado de la casa, en la que está parqueado un Samurai blanco del 91. Saludo, pero nadie me responde. Avanzo un poco más y a los pocos metros veo a un hombre parado junto a un niño al borde de un lago. Son mi papá y Alejandro. Ambos visten botas de caucho negras, jeans azules, camiseta blanca de manga larga y sombrero de pindo. No alcanzo a oír lo que dicen. Ríen. Mi papá llama su atención con el codo y enseguida lanza un chile que se abre sobre el espejo de agua como

una mariposa que extiende sus alas. El niño toma de inmediato la cuerda que le pasa su abuelo y sacan entre los dos la red cargada de peces, como una granadilla.

Decido volver sobre mis pasos y entrar a la casa. Lo hago por la parte posterior, en donde hay un borrachero frondoso, con sus flores blancas, que parecen vestidos de novias colgados de delgadas ramas que relucen en un verde intenso; más allá, caballeros de la noche que perfumarán el ambiente con su aroma dulzón apenas caiga la noche y, mucho más cerca de la puerta, un cuidado jardín en el que se aprecian heliconias, geranios y cayenas, las mismas flores que acostumbró siempre a cuidar mi padre en nuestra casa de la infancia.

Recuerdo con precisión el cuidado que le prodigaba a sus plantas. Todas las noches, luego de llegar del trabajo, se duchaba, cenaba la comida que Violeta le calentaba del almuerzo, miraba las noticias en el viejo televisor de cola, ubicado en la sala, y, cuando terminaba la sección de deportes, salía directo al patio donde tenía su pequeño altar de plantas; allí se abstraía por horas, tijera en mano, cortando hojitas aquí y allá, concentrado, como un escultor que se preocupa por moldear su obra. En esos momentos no podíamos hacer ningún ruido. La casa debía convertirse en un mausoleo al que debía rendírsele tributo con la boca cerrada. Y si, por alguna razón, nos atrevíamos a importunar sus «muy merecidas horas de tranquilidad, única recompensa que tengo por aguantarlos», nos miraba sobre sus lentes nacarados con una mueca de desprecio, nos gritaba que hiciéramos silencio y nos amenazaba con las tijeras en alto, «¡o les corto las orejas!».

—¡Pablo! —pronuncia mi nombre una voz grave, impostada.

Es Violeta bajo el arco de la puerta que da acceso a la casa. Tiene un vestido con motivos florales, el cabello suelto, húmedo, como si acabara de bañarse. Sonríe y me pregunta:

—¿Qué piensas? ¿No vas a entrar? —Y sin esperar mi respuesta viene a mi encuentro con los brazos abiertos. Nos entrelazamos en un abrazo fuerte y genuino. Siento la humedad de su cabello, la frescura de su piel en la mía, su voz que me susurra—: Qué bueno que viniste. Por un momento pensé que te habías arrepentido,

tonto.

—Discúlpame por la demora. Tuve problemas para llegar.

—Ya estás aquí. Es lo que importa —El silencio se alarga y en él se puede sentir mi incomodidad. Y queriendo llevar la conversación hacia otro lado dice, en un tono más alto del acostumbrado—: También vino Álvaro, ¿te acuerdas del Gordo, mi amigo?

Alguien detrás de ella habla con voz afeminada:

—Hola, Pablo. Tiempo sin saber de usted —Lo observo y me guiña un ojo cómplice. Mi hermana sonríe. Sigo el juego y lo saludo. Tras un abrazo rápido lo tomo por los hombros y le digo:

—Aunque ya de gordo no tiene nada.

Reímos. Es la complicidad del reencuentro, esa aura afable que se instala entre nosotros es interrumpida por otra voz a mis espaldas.

—Hola, mijo.

No alcanzo a girar por completo cuando siento su abrazo que rodea mis hombros, su cabeza que se apoya en mi pecho, el sombrero de pindo que se le cae en su afán por saludarme. Está más pequeño, es el primer pensamiento que llega a mi cabeza. Reviso en mi memoria y no encuentro registros que den cuenta del hombre que me está abrazando: delgado, frágil, la cara cuarteada, con grandes surcos que demarcan y hacen ver más pequeños sus ojos; el cabello, que en otro tiempo fue castaño, ahora está casi blanco, salvo por algunos mechones que guardan el recuerdo de su abundante cabellera. Lo siento dentro de mi pecho, hipando en trémulas convulsiones, como si fuera un niño que necesita del abrazo paterno para sentirse seguro, querido, algo que nunca tuve. Entonces dice:

—Me alegra que esté acá —Me mira a los ojos con una intensidad desconocida para mí, casi bondadosa, tierna. Sonríe. Me aprieta los hombros y agrega—: Está hecho todo un hombre —Y estalla en una carcajada que siento como una puñalada que entra poco a poco y rasga el tejido a medida que retuerce la hoja de manera circular, para que duela más.

—Hola, tío. Mira lo que pescamos —Escucho a Alejandro, me llega lejano, veo que me extiende una cubeta amarilla con algunos peces dentro, pero tardo unos segundos más en reaccionar. No pienso con claridad en este momento. Son muchas las ideas que vienen y van por mi cabeza como una colonia de murciélagos que es espantada por el cono de luz de una linterna. Tomo al niño por el hombro y le sonrío. Todos están atentos a mi reacción, a cada uno de mis movimientos. Me siento rígido en mi cuerpo, como enjaulado, no tengo margen de acción. Mis pensamientos están detenidos. Más allá de los ojos de Alejandro solo logro ver la mirada de Alirio. Veo que no alcanza a dimensionar el odio que siento por él.

Alejandro parpadea y de nuevo son los ojos de mi sobrino que me sacan de mi cavilación. Bajo hasta su altura, lo felicito por los pescados y le doy un abrazo. Él me corresponde y siento detrás de mí la sonrisa de mi hermana y la satisfacción de mi padre por el reencuentro familiar.

Al cabo de un instante, Álvaro llama nuestra atención después de ofrecer su palma al cielo y advertir que está a punto de llover. Nos lo hace saber una segunda vez con mayor énfasis y, en efecto, a los pocos segundos comienza a caer un aguacero que nos obliga a entrar a la casa.

El lugar está provisto de un mobiliario antiguo en el que destaca un sofá de color café de tres puestos y dos mullidas poltronas con motivos ecuestres ya desteñidos por el paso del tiempo. En la mesa de centro hay revistas viejas de farándula y, adosado a las paredes, cuadros con paisajes invernales. También, cerca de la cocina, la cual está separada de la sala por un amplio mesón de madera rústica, se aprecian algunas fotos en las que reconozco la imagen de Violeta de niña, la única foto que conocimos de mi madre –un retrato en sepia de una mujer muy parecida a mi hermana–, la imagen de un bebé recién nacido, que asumo es Alejandro en sus primeras horas de vida, y la de ellos tres: mi hermana, su hijo y Alirio, como una familia feliz, posando en un día luminoso frente a la casa en la que nos encontramos.

—Álvaro es un excelente cocinero —dice Violeta desde la cocina. Lo abraza, se recuesta sobre su hombro, ríe—. Vamos a preparar unos pandeyucas deliciosos que solo él sabe hacer. ¡Te van a encantar!

—Mi amor, haz también ese chocolate en leche que te queda delicioso —interrumpe Alirio. Pronuncia sus primeras dos palabras con un acento de niño mimado que le desconocía y que odio en el acto. Cuando nuestras miradas se cruzan, añade—: Va a saber lo que es bueno, hijo. Venga, siéntese acá con nosotros. Dejemos que los expertos hagan lo suyo.

Todos se ríen. Me demoro un segundo de más en impostar algo parecido a una sonrisa.

Lo sigo hasta la poltrona en la que me siento, rígido, las rodillas juntas, incómodo. Él me sonríe, le revuelca los cabellos a Alejandro, quien está sentado a su lado. No dice nada. Solo me mira con la misma sonrisa hipócrita que me acompañó durante toda mi infancia y con la cual engañaba a todo el mundo. Esa sonrisa con la que ocultaba todo su veneno. No sé cuánto tiempo más podré soportar esta parodia sin explotar.

21

Estamos los cinco sentados a la mesa, Alirio en una cabecera y yo en la otra. A mi costado derecho, Violeta y Alejandro; al izquierdo, Álvaro. Tomamos, casi al tiempo, el pandeyuca que nos llevamos a la boca, con cuidado, soplando en bufidos cortos para no quemarnos. El queso se estira en una larga lengua conforme la separamos de nuestros labios. Un manjar, es verdad. No demoran en aparecer los elogios por parte de todos para Álvaro, quien los recibe con una falsa modestia. Se lleva la mano derecha al rostro como si estuviera sonrojado.

—Voy a robármelo para que me cocine —bromea Alirio.

Álvaro continúa con la mano en el rostro, sonríe por la ocurrencia, ahora sí con rubor en las mejillas.

—¡Ah!, lo que yo te cocino ya no te gusta —tercia Violeta, con un puchero infantil en los labios.

—Lo que tú haces siempre será lo mejor para mí —responde, tocándole la mejilla izquierda con dos dedos, como si fuera una niña. Ella toma la mano de su padre y la lleva a sus labios para darle un beso en señal de aprobación.

Sacudo mi cabeza para que me devuelva a la realidad que conozco. No a esta pantomima. Me tomo la cabeza con las manos abiertas, intento en vano ocultar la impaciencia. Todos me miran. Álvaro me pregunta si me siento bien. Siento la mano de Violeta sobre mi espalda, el gesto acompaña la pregunta de Álvaro.

La primera idea que intento sacar en limpio es el comportamiento de Violeta. No encuentro en ella el más mínimo indicio de que haya sentido, en algún momento de su vida, algún tipo de rencor o, por lo menos, de animadversión hacia Alirio. Su actitud no llevaría a pensar que su infancia y parte de su temprana juventud haya sido la misma que vivimos juntos. Entiendo, por su puesto, que en el camino hacia la adultez haya muchos cambios, no solo de comportamientos sino de la forma de pensar. Ante eso no hay discusión. Pero no encontrar el más mínimo indicio de que lo vivido

en su temprana edad no estuvo bien; de que el perdón y la nobleza de su corazón hayan alcanzado para indultar sin prerrogativa alguna a Alirio es algo que no alcanzo a comprender. Todas esas ideas son más próximas a la moral católica que nos ha querido vender el perdón como un derrotero que debemos seguir; pero, a decir verdad, ¿qué corazón puede continuar latiendo con cicatrices que alteran el ritmo cardiaco? Creo que la condición humana, la genuina esencia de lo que somos, nos imposibilita llevar, llanamente, nuestro Ser hacia el perdón. Solo ocultamos la herida.

La segunda idea que trato de aclarar es el cambio de actitud, de esencia si se quiere, de Alirio. ¿Es posible cambiar el corazón de alguien que, sencillamente, no ha tenido uno por tanto tiempo? No desde donde yo lo alcanzo a ver. Tal vez la vejez, la derrota que supone los años que achacan el cuerpo, que confunden la memoria, lleve a que muchas personas sean exculpadas de su responsabilidad. Pero lo que yo veo en él no corresponde a esa realidad. Alirio es un hombre dueño de sí, aparentando una nueva forma de mirar y tratar a las personas, más respetuosa, considerada, afable, pero falsa en su totalidad.

—Un segundo —les digo. Estamos todos inmóviles, detenidos en el tiempo a la espera de que yo me recomponga para retomar la escena que estamos representando. Me excuso y salgo disparado hacia la puerta que da al jardín trasero a la vez que escucho a mis espaldas la voz de Alirio que dice:

—Eso fue que le cayó mal el pandeyuca. El muchacho siempre fue de estómago débil.

No alcanzo a reaccionar a su comentario porque la arcada me lleva directo bajo la lluvia y, como en un acto reflejo, aun con la posibilidad de vomitar sobre un charco de agua, lo hago sobre un grupo de heliconias. Permanezco inclinado, los brazos apoyados en las rodillas y la boca abierta mientras vuelco mis intestinos sobre las flores que son limpiadas rápidamente por la lluvia, que cae y disuelve el detritus en pequeñas partículas casi imperceptibles.

A mi espalda, la voz de Violeta pregunta cómo me siento. Y sin esperar respuesta toma mi codo y me guía hacia la casa con paso ligero para no mojarse. Me sienta con cuidado en una de las sillas

de la sala y pone sobre mis hombros una toalla y con otra más pequeña me seca el cabello, como si fuera un niño. Se aparta un momento y cuando vuelve, trae un vaso de agua con lo que creo es una Aspirina.

—¿Quieres que te haga una aromática? —dice en busca de cualquier solución para atenuar mi malestar. Le digo que no es necesario.

De pronto, la risa de Alirio suena de fondo como un martillo que se estrella contra los músculos de mi nuca.

Tomo aire, hondo, tratando de distender los músculos, que siento tensos. Me esfuerzo por dejar la mente en blanco para darle paso a una actitud distinta que me permita disfrutar de la compañía de Violeta y Alejandro. Me quedo con los ojos cerrados, intento concentrarme en mi respiración hasta cuando Álvaro me saca de mi abstracción:

—¡Pablito!, ¿te acuerdas de Leo, el del barrio? —Antes de que Violeta pueda detenerlo, dice—: Mira que lo encontraron muerto en el Magdalena, flotando. Parece que lo torturaron y todo. Pobrecito.

Álvaro sigue hablando de los detalles del hallazgo, pero no escucho más. Mis oídos se apagan y solo resuenan en mi cabeza las palabras «Leo» y «tortura». El dolor de cabeza pasa a un segundo plano. No quiero decir que desaparece, sino que se atrinchera en algún lugar que lo hace menos perceptible, menos invasivo.

Escucho que me llaman en un coro de voces. Incluso la carrasposa y engolada voz de Alirio. Pero yo solo veo a Leonardo, como en una exposición de filminas que se proyectan una tras otra. Su abrazo que me atenaza, su boca que tira del pernil de pollo, su risa que deja ver restos de comida entre los dientes; su otro abrazo, ebrio, exasperante, aquella mañana en la Villa Olímpica. Y luego viene su voz fatigada y ebria, que trato de recordar con fidelidad, pero que solo me llega como un murmullo que me dice, mientras lo dejaba en la parte trasera de su vehículo: «Busque en el baúl y guárdeme la maleta negra que está ahí». Me atraviesa un frío cerval por la columna y me doy cuenta de que detrás de lo que le pasó a Leonardo está el miedo que siento por lo que me pueda pasar a mí. Un miedo egoísta, inconfesable, pero real.

La presión de dos manos sobre mis hombros me sacude despacio. Es Alirio, quien me pregunta si estoy bien, su rostro arrugado, su aliento apestoso que me sonríe con sus dientes cariados:

—¿Qué pasa, mijo? —Hace ahora un poco de presión sobre mis brazos—, ¿le cayó mal el aire del campo? —Respira profundo con gesto teatral, abriendo y cerrando los brazos, como si le faltara el aire. Suelta una carcajada que lo hace casi doblarse en dos—: ¡Aquí en el campo la vida es más sabrosa!

Intenta conducirme hacia la mesa. Tan pronto como su mano toca mi codo me suelto, es como si me pasara corriente, todo mi cuerpo reacciona como si estuviera cargado de electricidad.

—¿Cómo puede decir eso? —digo con indignación—. ¿No escuchó que encontraron muerto a Leonardo? Usted también lo conoció.

Cambia el gesto y me observa con severidad. Infla el pecho y dice,

serio:

—Ese no era más que un borracho. Además, le gustaban los negocios turbios. El que busca, encuentra…

—Es decir que, según usted, ¿debió morir por borracho? —Lo miro directo a los ojos, la sangre comienza a latir en mis sienes. El dolor de cabeza vuelve, se hace cada vez más intenso—. Bajo esa lógica, lo mismo le debería pasar a usted —digo señalando la mesa, en donde se aprecian, junto con algunas cartas esparcidas por toda la superficie, dos botellas de vino y algunas copas a medio vaciar.

Su rostro se congestiona al tiempo que una vena que le recorre la mitad del rostro se va abultando como si fuera una oruga que se contorsiona al avanzar. Sus ojos me miran como si quisieran salirse de sus cuencas. Está a punto de levantar la mano, el puño ya cerrado de su mano derecha, cuando Violeta interviene y se interpone entre los dos:

—¡Ay, no!, qué pereza ustedes dos —dice con expresión de decepción en el rostro—. No vinimos acá para pelear sino todo lo contrario, a intentar recuperar el tiempo perdido. No hagan esto más difícil, por favor.

—Tienes razón, mi amor —concede Alirio mientras intenta regular su respiración—. Estamos acá para algo distinto, no para hablar de los muertos. A ellos es mejor dejarlos allá, que bien merecido sí se lo tienen.

—¿Cómo mamá? —respondo—. ¿Ella también es una buena muerta?

—¡Pablo! —protesta Violeta en tono indignado—. ¡Por favor!

—Es con él con quien deberías estar indignada —digo—. No es posible que clasifique los muertos entre buenos y malos, como si nosotros, los que permanecemos acá, no tuviéramos nada que decir sobre nuestras acciones pasadas. No entiendo por qué juzgar a los muertos si nosotros como vivos no somos mejores que ellos; al contrario, seguimos cayendo una y otra vez en los mismos errores, con el agravante de que queremos maquillar nuestras acciones para

que los demás no la vean, pero, en el fondo, no dejamos de ser las mismas personas detestables que hemos sido siempre. Porque lo que somos no se puede cambiar solo con buenas acciones si nuestro corazón sigue igual de podrido.

—¿Y a qué viene toda esta retahíla, Pablo? ¿Me puede explicar? —Alirio trata de zafarse de las manos de Violeta, quien lo tiene sujeto desde que mencioné a mamá.

—¡Pablo, por favor, ya no más! —ruega Violeta.

—Exacto, ya no más. Violeta, por favor, ¿qué te pasó?, tienes que dejar de tapar el sol con un dedo, no puedes hacer como si nada hubiera pasado. Vives en una mentira, te creaste una realidad para no enfrentar el abuso que has padecido; porque valga decirlo, tú también eres una víctima, como yo. Abre los ojos, ¡por favor! No podemos seguir al amparo de este miserable, tenemos que alejarnos de él, como yo lo hice antes, pero ahora todos juntos: Alejandro, tú y yo.

En ese momento Alejandro se levanta de la silla y rodea por la cintura a Álvaro, quien permanece de pie desde hace rato, atento a la reacción de los dos. Este pone su mano derecha sobre el hombro del niño y le dice: «Es mejor que nos vayamos al cuarto, Alejo. Ya es hora de dormir». Los dos miran a Violeta y ella asiente, agradecida. Luego Alejandro nos mira a Alirio y a mí y agacha la cabeza. Álvaro lo toma de la mano y los dos desaparecen por el oscuro pasillo que va a dar a los cuartos.

—¿Se da cuenta de lo que logra con esa actitud? —Alirio levanta la voz, el puño en alto— ¿Son esos los recuerdos que quiere dejarle a su sobrino una vez usted se vuelva a ir?

—¡Ah!, ¿ahora se preocupa por los recuerdos que les dejamos a nuestros seres queridos? —Esto último lo digo con énfasis, en tono irónico.

—¿A qué carajos se refiere, Pablo? Si yo solo quise procurarles una vida digna, educarlos de la mejor manera posible para que fueran personas de bien. ¿No entiende que si fui duro con ustedes es porque me preocupaba por su futuro? Deje tanto resentimiento, por

favor —Entonces busca algún tipo de aprobación en el rostro de Violeta. Ella le sostiene la mirada y parece suplicarle que no sigamos. Esto surte efecto en él porque de inmediato dice, cambiando el tono agresivo de su voz por uno más calmado, conciliador:

—Sé que no me comporté de la mejor manera en el pasado, Pablo. Y le pido disculpas por eso. También sé que debí buscarlo para que me perdonara. No debí dejar que usted se fuera como lo hizo. Eso lo entiendo ahora, luego de tantos años. He tenido que trabajar demasiado en mí para poder tratar de enmendar todos mis errores, que son muchos, estoy de acuerdo con usted.

»Ahora, usted sabe que lo que ocurrió no se puede cambiar. Debemos mirar hacia adelante, como familia, y tratar de sanar las heridas. El tiempo lo cura todo, como dicen. Solo le pido que me dé una oportunidad, como Violeta me la dio, para demostrarle que soy otro, muy distinto al que conoció. Sé qué esta conversación la debimos tener hace mucho, pero no fue así. Sigo trabajando en mí. No es fácil pedir perdón, Pablo. El tiempo se agota, hijo, no sé cuánto tiempo nos quede para compartir esta vida. Y de nuevo le pido perdón, una y otra vez, se lo ruego, perdóneme.

Alirio cae de rodillas sobre la baldosa de ladrillo y lo veo hundir la cabeza entre sus hombros. Nunca pensé verlo así. Ante mí se revela la imagen de un guiñapo, un ser deleznable que se esconde, disminuido por la vejez, en su falso arrepentimiento. Es un actor natural, admito. Por un momento me hace dudar, pero me recompongo y junto las partes de su interpretación: las miradas burlonas que me ha entregado desde que llegué a la finca, los comentarios en doble sentido, las indirectas que tal vez hayan pasado inadvertidas para todos los demás, pero no para mí. Los dos entendemos ese lenguaje íntimo que nos da el desprecio mutuo. Sé que ese hombre arrodillado no siente el más mínimo afecto por mí. No sé por qué accedió al reencuentro. No alcanzo a imaginar qué plan trazó en su horrorosa cabeza. Solo sé que lo estoy desenmascarando.

Me acerco hasta donde él está con paso lento, observo primero a Violeta quien llora en silencio, limpiándose las lágrimas con la parte baja y más mullida de su palma, la mirada en Alirio. Lo tomo por el

codo y lo levanto con delicadeza: ni una lágrima en su rostro, solo una falsa expresión compungida, largamente ensayada que trata de pasar por un dolor real.

—Se me secaron las lágrimas de tanto llorar por usted —se excusa como si me leyera la mente.

—Quiero saber algo —digo, mirándolo a los ojos, a unos cuantos centímetros de mi cara. Siento, aunque no lo vea, la tensión entre los dos, el silencio que se interpone entre él y yo, que se puede cortar con una navaja—. ¿Dónde aprendió a actuar tan bien? ¿El cinismo le sale natural o tuvo que practicarlo mucho tiempo?

Una mueca de decepción se dibuja en su rostro al tiempo que Violeta se interpone entre los dos y nos aparta con cada una de sus manos.

De pronto una sonrisa irónica se instala en su cara mientras levanta sus hombros en señal de impotencia y me señala con la palma abierta.

—Sí ve, mi amor. Yo le dije que era mala idea, con este muchacho no se puede. Es el mismo de siempre.

No permito que Violeta responda. Me adelanto:

—Igual que usted. Es el mismo de siempre, finge ser algo distinto, algo que nunca podrá ser porque usted siempre será el mismo miserable que fue —Guardo silencio un par de segundos y añado—: ¡El mismo miserable que mató a mi mamá!

En ese instante veo el puño que pasa a un lado del rostro de Violeta y se estrella directo en mi nariz. Como por instinto, ella se hace a un lado y yo respondo con otro, que golpea en su pecho lo suficientemente fuerte como para hacerlo caer de espaldas. Entonces me abalanzó sobre él al tiempo que lo maldigo una y mil veces en mi mente, con una furia desconocida, que no pensé que se pudiera desatar dentro de mí.

—Yo no maté a nadie, yo no maté a nadie, yo no maté a nadie —dice entre jadeo y jadeo, tratando de soltar mis manos que atenazan

su cuello.

—Asesino, pederasta, abusivo —Aprieto cada vez con mayor fuerza.

—¡No más! —Escucho a mis espaldas.

Pero no puedo detenerme. Una fuerza incontenible me lleva a apretar cada vez más. Lloro sobre Alirio, al tiempo que atenazo con mayor fuerza su cuello. Ni siquiera me doy cuenta en qué momento deja de luchar.

Entonces, suelto el cuello de Alirio y me quedo allí, petrificado, sobre el cuerpo tendido de mi padre, tratando de comprender la situación. Me pierdo por unos segundos en la superficie de su piel, sobre la que se dibujan las marcas de mis dedos, en un rojo cardenal intenso, como si hubiera recibido cuatro latigazos cortos. Tiene ladeada la cabeza hacia la izquierda, con los ojos entreabiertos. Lo sacudo por los hombros, una, dos, tres veces. «Alirio, Alirio, Alirio», lo llamo. Primero en voz baja, luego un poco más alto y finalmente a gritos.

Esto es matar a un hombre, me digo. Trato de ver cualquier manifestación de vida en su cuerpo, algún movimiento en sus músculos faciales, pero nada. Me levanto y veo sus manos. Me quedo mirando sus falanges, pero no hay reacción. Son los puños de Violeta sobre mi pecho los que me devuelven a la realidad. La observo golpearme y gritar y llorar, pero no oigo su voz. No hay sonidos a mi alrededor. Es como si todo esto le ocurriera a otra persona y no a mí. Permanezco de pie por unos segundos, recibiendo golpe tras golpe, adivinando las palabras de rencor que salen de la boca de mi hermana hasta cuando veo, detrás de ella, la figura de Alejandro, en pijama, abrazando una pequeña almohada cuadrada con motivos infantiles. Y un poco más atrás, la presencia de Álvaro, el pecho amplio, los hombros abombados, musculosos, que mira desde la distancia sin expresión alguna en su rostro.

No pasa mucho tiempo para que Alejandro despegue los pies del piso y llegue a la altura de su mamá, que, en un acto instintivo, se interpone entre él y el cuerpo que yace sin mostrar ningún signo de vida. Pese a su esfuerzo por ahorrarle la imagen de su papá muerto, el niño lo alcanza a ver y da dos pasos hacia atrás al tiempo que Violeta lo abraza y luego el niño esconde la cara en su abdomen.

Trato de acercarme, pero Violeta me detiene con una mano.

—No, por favor.

Entonces me doy cuenta de la amenaza que soy para ellos. Me tomo la cabeza y niego varias veces, tratando de sacudirme la realidad

que estoy viviendo, de la que no quiero hacerme cargo. Vuelvo y los miro y veo en sus ojos, en el temblor de sus cuerpos, la misma expresión que vi en mis sueños: los dos tratando de alejarse y suplicando clemencia para que el pez que va creciendo cada vez más, en horror y amenaza, no los devore.

Paso por un lado y siento como cierran sus ojos. Llego hasta donde Álvaro y le pregunto:

—¿El carro que está afuera es suyo?

—No —responde con miedo en la voz, levantando las manos, mostrando las palmas, en un gesto cobarde, como si la cosa no fuera con él.

—Necesito las llaves.

—El carro es de su papá. No sé dónde están.

Álvaro mira a Violeta, suplicante, por detrás de mi hombro. Me giro y la encuentro sentada en el piso, llorando, con Alejandro sobre sus piernas, meciéndolo, como si fuera un bebé.

Lo tomo por el cuello y me estremezco. No más. No de nuevo. ¿Quién soy? ¿En qué me he convertido? Su expresión de cobardía se acentúa, se hunde entre sus hombros y echa la cabeza para un lado al tiempo que cierra los ojos, como si no quisiera ver mi rostro.

—¡Necesito las llaves! —grito.

Pasan varios segundos. Silencio.

La voz sollozante y cansada de Violeta dice, por fin:

—Están en la pared de las fotos.

Camino rápido, sin mirar ni a Violeta ni a Alejandro, pero su miedo irradia el ambiente con una intensidad semejante al de una hoguera.

Encuentro las llaves colgadas en el corazón de un tunjo precolombino, junto a una foto de mi padre, quien está a la orilla de

un río caudaloso, en un entorno selvático, sosteniendo un pez, ofreciéndolo como trofeo a la cámara. Me estremezco por un segundo. Tomo la única llave que hay colgada y le digo a Álvaro, en tono amenazante, que abra el portón. Antes de salir de la casa, miro por última vez a mi hermana y a su hijo, los dos abrazados, ella arrullándolo, la cara hundida en sus cabellos, la imagen viva de la orfandad.

Afuera, la lluvia sigue cayendo, pero con menor intensidad. Unas cuantas gotas caen, esporádicas, emitiendo un sonido hueco sobre las hojas. A lo lejos escucho, como telón de fondo de esta tragedia en que se ha convertido mi vida, el croar distante de las ranas. Intento meter la llave en la ranura para abrir la puerta del carro, pero no puedo. Estoy temblando, y no solo mi mano, sino todo mi cuerpo. Al final, tomo la muñeca de la mano derecha con la otra y abro la puerta del carro como puedo.

Salgo en reversa hasta que golpeo la llanta de repuesto con lo que me imagino es un árbol. Pongo la marcha y salgo de allí, viendo a Álvaro a un costado, sosteniendo el portón de hierro, mirando hacia el piso, evadiendo cualquier contacto visual conmigo.

Conduzco unos veinte minutos entre la lluvia constante, pero cada vez más débil, atento a la fuente de luz que desprende el vehículo, tratando de recordar la ruta para salir de allí. Luego de otra media hora, llego al parque central de Rivera y me detengo. Miro a mi alrededor y veo motos que vienen y van, ruidosas, fugaces, dejando una estela de humo conforme sus ocupantes aceleran, ríen y gritan. También se ven grupos de jóvenes sentadas en el parque, pasándose cigarrillos, celebrando comentarios o bromas comunes. El comercio sigue abierto, algunos puestos de comida callejera, con pocos comensales. Mucha gente, pienso. Decido buscar alguna calle solitaria para guarecerme y pensar.

Detengo el carro debajo de un árbol frondoso que oculta la luz proyectada por un solitario poste de la energía eléctrica. Apago el motor y las luces estacionarias para no llamar la atención. Miro mi reloj: son las dos y cuarto de la madrugada. Tengo las manos apoyadas sobre el volante y, por primera vez desde que solté el cuello de papá, comienzo a llorar. Me siento abatido, sin fuerzas de nada. Permanezco así por unos segundos hasta que veo el

resplandor translúcido de un objeto de vidrio en la guantera. Son dos medias de aguardiente. El desgraciado este nunca perdió sus mañas, corroboro. Sin pensarlo mucho, destapo la primera y apuro un trago largo que escalda mi garganta. En menos de nada me doy cuenta de que vuelvo a llorar, desconsolado, no con el llanto de un adulto, reservado y metódico; sino con el de un niño, es decir, sin amarres, que fluye, sin contención alguna.

En ese momento llega a mi mente el recuerdo de una noche tórrida, de calor recalcitrante, propio de Neiva. Estoy en la cama, incómodo, sin poder recuperar el sueño. Alirio me había mandado a dormir temprano. «Su hermana no está para que lo acompañe», dijo mientras veía la televisión en la sala y yo terminaba de cenar el pan con chocolate que Violeta había dejado preparado para mí. Ella se había quedado a dormir en la casa de una amiga luego de pasar una semana rogándole a Alirio para que la dejara ir. Decido entonces levantarme y tomar agua de la nevera para refrescarme un poco. Una vez lo hago, me limpio las gotas que han quedado en las comisuras de mis labios y me devuelvo por el largo pasillo, tanteando, a oscuras, para no golpearme los pies.

Sin saber por qué, abro la puerta del cuarto de Violeta y, como era de esperarse, no está. Su cama organizada, los peluches sobre las almohadas, todo como ella lo acostumbraba a dejar. Hago lo mismo en la habitación de Alirio, esperando encontrar un bulto sobre la cama, arropado, pese al calor, como tanto le gustaba. Tampoco. Lo busco en el baño, en la sala, enciendo las luces y, poco a poco, empieza a ganarme el pánico. La soledad y la oscuridad me llenaron de un horror indescriptible. Trato de abrir la puerta que da a la calle, pero nada, pese a que quité el pasador, estaba con llave.

No sé cuánto tiempo estuve llorando desconsolado mientras esperaba sentado en mitad de la sala con las luces encendidas a que llegara alguien. Lo que sí recuerdo con claridad es el ardor que sentí en la garganta y el aire que me faltaba. Casi no podía respirar. Me había dado hipo y lloraba a mares. Finalmente, ya despuntando la mañana –lo sabía por el cantar de los pájaros que visitaban el jardín– apareció Alirio. Un sonido metálico en la puerta me puso en alerta. Fui y me paré frente a ella, dispuesto a darle un abrazo. Pero cuando me vio allí, hizo un gesto de extrañeza y hasta de fastidio.

Me preguntó qué hacía levantado a esas horas. Le conté y negó con la cabeza. Luego me tomó del brazo y me arrastró hasta mi habitación. Yo podía sentir su olor a alcohol y percibir su andar titubeante. Cuando llegamos, se quitó la correa y pese a que le supliqué y le dije que nunca más iba a llorar porque me dejaran solo, me golpeó muchas veces, dejándome marcas en la piel y puntitos rojos que sobresalían en el pijama de Batman que tenía puesta.

Las marcas en la piel son nuestra seña de identidad como familia, pienso ahora. Y me echo otro trago de aguardiente mientras me seco las lágrimas con el envés de la mano. Así, de recuerdo en recuerdo, como queriendo justificar mis acciones, se me va el final de la noche y el comienzo de la madrugada. Decido encender motores y salir de allí cuando acabo la primera media y veo transitar por mi lado mujeres con canastos de mimbre terciados en la juntura del codo, que me miran con desconfianza.

Conduzco despacio. No sé a dónde ir ni qué hacer. Las circunstancias y el alcohol abotagan mi mente. El conducir tomado me devuelve al día que tuve que dejar el carro de Leonardo en el parqueadero. Leonardo, pienso. Su cara aparece en mi mente y lo imagino con una expresión de dolor, siendo torturado por hombres sin rostros. Otro problema sin resolver. Me asombro de cómo una vida puede cambiar de forma tan radical en tan poco tiempo. Ahora soy alguien con un amigo asesinado, quién sabe por qué tipo de delincuentes, y huyendo por haber estrangulado a su propio padre en presencia de su familia como testigos.

Justicia. Es la única palabra que llega a mi cabeza en ese momento. Debo poner orden. Ir primero a casa de doña María, recoger mis cosas y desaparecer de su vida para no involucrarla en ningún problema. Después, dirigirme a la policía con maleta en mano, ponerla sobre una mesa y decirles que un amigo me dejó esto… Y añadir: «¡Ah! y maté a mi padre».

No pienso con claridad y cuando menos me doy cuenta, ya estoy a punto de llegar a casa de doña María. Me detengo una cuadra antes, me bajo y miro para todas partes como un neurótico. Los pensamientos giran en mi cabeza. Mala idea la de ir a entregarme. No sé qué me pueda ocurrir en la cárcel. Allá también pueden

pasarme la cuenta de cobro por no entregar el dinero a quien correspondía. O tal vez ni alcance a ir a la cárcel, quizás el dinero resulte ser de algún policía corrupto. Todo puede pasar en Colombia.

Maldición, ¿qué hago?

Cuando abro la puerta, la encuentro allí. Está frente a mí con el sueño de la noche todavía atrapado entre sus párpados, esperándome, como si supiera que iba a llegar. No dice nada por unos segundos hasta cuando decido avanzar, luego de darle los buenos días entre labios. «Qué bueno que está bien», dice. La miro y bosteza. «Menos mal no estuvo acá cuando lo vinieron a buscar».

—¿Quiénes? —me apresuro a preguntar.

—Dos hombres.

—¿Dos hombres? —Me tomo la barbilla, pensativo—. ¿Qué aspecto tenían?

—Cara de pocos amigos. Mire, Pablo. Yo no sé en qué esté metido, pero he pasado un fin de semana de mucha angustia luego de la visita de esos señores. Vinieron y preguntaron por usted el viernes y les dije que no estaba, que lo más seguro era que lo encontraran al día siguiente, que era fin de semana. Y volvieron, muy temprano, el sábado. Pero ese día no fueron tan corteses. Me dijeron que necesitaban hablar con usted a como diera lugar, que eran de yo no sé qué dependencia de la policía. Aunque parecían más asesinos que cualquier otra cosa. Sus caras daban miedo, usted los hubiera visto. Entonces no sé, Pablo, en qué esté metido usted, pero lo mejor es que me pague los días de este último mes y se vaya. Lo siento, pero usted entenderá…

—Entiendo. Ahora mismo recojo mis cosas y le pago los días; pero dígame algo, ¿preguntaron por alguien más?

Luego de pensarlo unos segundos dice:

—Ah, sí, me preguntaron que si yo conocía a un tal Leonardo —Hace una pausa y mira hacia el piso como si buscara algo. Al final, añade, frustrada—: Lo siento, no me acuerdo del apellido.

—No se preocupe por el apellido, no hace falta —le digo al tiempo que avanzo escaleras arriba.

La habitación está como la dejé: la cama destendida, ropa dispersa por todas partes, las cortinas cerradas por completo. Huele a encerrado. Saco del armario la maleta grande que traje de Bogotá y me apresuro a guardar toda la ropa, la que está colgada y la que veo en el suelo. Los implementos de aseo los guardo en una bolsa de plástico que encuentro en la mesa de noche. Busco otra para los libros, pero no encuentro ninguna. Entonces los pongo todos debajo del colchón, tiendo la cama y trato de sacudir el polvo lo mejor posible. Lo hago todo con urgencia, sin reparar en detalles. Finalmente, tomo la maleta negra y la pongo sobre la cama. La miro como si se tratara de una persona muerta, esperando a que manifieste algún signo de vida. Igual que miré el cuerpo de Alirio. Pero nada ocurre. Me animo y la abro: allí está el dinero, apilado como escombros de una obra derruida. Tomo unos cuantos billetes de cincuenta mil y los guardo en el bolsillo delantero de mi pantalón.

Cargo todo como puedo y bajo las escaleras. Cuando llego a la puerta veo a doña María que se asoma y mira a un lado y otro de la calle sin traspasar el umbral, saca apenas el cuello, como si buscara o esperara la llegada de alguien.

Descargo las maletas por un momento y saco el dinero del bolsillo. Justo antes de extenderle los billetes, siento su abrazo que me atenaza y me dice: «No se meta en más problemas. Lo voy a extrañar mucho», y me suelta. Mira hacia el suelo en un intento por ocultar su rostro. «Gracias», digo y le extiendo el dinero. Sonríe, me sostiene la mano por unos segundos, mira detenida la palma y luego acaricia mis dedos; al final la suelto y veo en su rostro una mueca cercana al llanto. Repite:

—No se meta en más problemas. Váyase antes de que lo encuentren.

Avanzo, mirando de lado a lado con precaución de no encontrar algún rostro amenazante. No veo más que carros y carros apostados en la vía. Llego hasta el Samurai blanco que era de mi padre y dejo la maleta en la parte trasera y lo demás en la silla del copiloto. Cuando estoy encendiendo el carro, llega a mi mente la idea de que tengo que deshacerme del vehículo. En cualquier momento pueden reportarlo. Ya estoy pensando como criminal, me digo.

Arranco sin rumbo. Lo único que tengo claro es que debo desaparecer lo más pronto posible. Avanzo por calles y más calles, despacio, sin levantar sospecha, evito los huecos que cada tanto aparecen sobre el asfalto como una muestra indeleble de que estoy en Neiva. Motos y más motos pasan a mi lado, cruzan de un lado para otro, en un constante zigzaguear que me lleva a frenar a cada rato como medida de precaución.

Así pasa media hora hasta que me doy cuenta de que hay una moto que no ha dejado de seguirme. O al menos esa es mi impresión. Porque lo mismo ocurre con otra que me sigue durante un buen trayecto. Los nervios empiezan a ganar mi ánimo. Decido entonces que debo tomar una decisión. Bien sea que me sigan o no, debo tener claro qué voy a hacer. Fracaso al instante. Lo único que saco en limpio es que debo huir.

Pero, huir para qué, ya lo perdí todo. Mi familia. Mi familia llamada Violeta y, luego de conocerlo, también a Alejandro, dos personas a las que les dejé lo peor de mí. Lo único que tuve para ofrecer.

Maté a mi padre, pienso. Maté a mi padre, maté a mi padre, maté a mi padre…Y no dejo de repetírmelo para asumir la culpa, algo que no he querido hacer hasta ahora. ¿Cómo es posible que en una noche todo dé un giro tan inesperado?, ¿es tan frágil la vida, las emociones, los afectos, la cordura?

Mierda, maté a mi padre. Detengo el carro. Busco en la guantera, destapo la segunda media y me tomo uno, dos tragos.

Soy un prófugo, me digo. Un delincuente al que no demorarán en encontrar. Miro las maletas en el asiento trasero y quiero aferrarme a la idea de que podré liberarme de mi destino, pero sé que eso no va a ocurrir. Nadie escapa de las consecuencias de sus actos. En algún momento tendré que enfrentarlas. Y no solo del asesinato de mi padre sino también del de Leo. Porque esa muerte también me pertenece. Es mía. De mi cobardía. Por no actuar a tiempo. Por no buscarlo. Por no denunciar su desaparición a tiempo.

Nadie merece morir como él.

No quiero morir como él.

Debí buscarlo, me digo una y otra vez. Entregarle la bolsa con el dinero y tratar de solucionar la situación. Pero no lo hice, por cobardía, por miedo a lo que pudiera pasarme. El miedo y yo, el miedo es mi destino; la cobardía, mi otra hermana. Desde siempre ha sido así. Me abstraje en la rutina del día a día, viviendo una vida de trabajo incesante que me permitiera estar ocupado y alejarme de los pensamientos del pasado, esa bóveda del horror que quise dejar atrás.

Bajo del carro. Camino mirando el piso, concentrado en cada paso que doy, las manos en los bolsillos. De pronto, veo dos pares de botas negras en sentido contrario. Miro hacia ellos: dos policías. Mi corazón da un vuelco, siento como si me lo apretaran con el puño. Pero no pasa nada. Ellos siguen de largo. Son dos jóvenes, delgados, con el uniforme demasiado grande, que caminan mientras ríen sin prestarme atención. Suspiro aliviado. Miro a mi alrededor. Estoy en la avenida Circunvalar. La brisa del Magdalena me llega en tenues ramalazos junto con el olor inconfundible del agua empozada.

Por allí transitan personas de pieles muy blancas, altas, rubias, claramente extranjeras; cámaras de alta gama que se cuelgan de los cuellos. Todos picados por los mosquitos. Observo un poco más allá de los extranjeros y me doy cuenta de que hay más policías acompañando la comitiva, cuidando que los hampones no hagan de las suyas.

Mi corazón salta en mi pecho una vez más. Vuelvo sobre mis pasos, acelero la marcha hasta llegar al carro. Me doy cuenta de que a unos cien metros de donde estoy hay un enorme bus blanco, en el que van ingresando los turistas. A un costado, los dos policías que vi de ida escoltan el ingreso de mujeres, casi todas rubias, altas, que se suben en fila india.

Vuelvo al carro. Me acabo de un trago lo que queda en la botella. En ese momento una mujer lleva un bebé adosado a su pecho, rechoncho, entre un fular. Nuestras miradas se encuentran y me sonríe. No deja de hacerlo al tiempo que acaricia los rizos de su bebé. El pequeño duerme, ajeno al mundo que le rodea, a todo lo que la vida está por ofrecerle. Por unos instantes, una sensación de paz indescriptible me abriga y me hace olvidar mi situación. La mujer sigue su camino mientras recuesta su mejilla sobre la cabeza

del niño hasta que desaparece de mi campo de visión. La fugacidad de una caricia, de una mirada. Todo es efímero, pienso.

Entonces vuelvo a encender el carro y avanzo hasta que encuentro un retorno y me devuelvo por la otra calle. En ese momento corroboro lo que ya intuía: la misma moto que creí ver hace algunas horas me sigue a cierta distancia. Alcanzo a distinguir solo los cascos negros de los dos ocupantes. Suspiro con resignación. Giro a mi derecha y busco dónde parquear. Ya no hay nada que pueda hacer, pienso. Tal vez sea mejor así. No me resta sino facilitarles las cosas. Encuentro un espacio protegido por un frondoso caracolí, al lado de una casa de bahareque, que en algún tiempo fue blanca, pero que ahora está renegrida por la suciedad y el paso del tiempo.

Espero a que los hombres pasen a mi lado, me aborden o simplemente me disparen. Lo que se les ocurra primero. Pero nada de eso sucede. Siguen de largo, sin disminuir la marcha, al tiempo que me miran. Cuando se pierden en la oscuridad de la calle, vuelvo a respirar. Recién soy consciente de que había dejado de hacerlo por los breves segundos que demoró su paso; ahora lo hago con dificultad, con el diafragma que sube y baja de forma acelerada, el corazón adentro que retumba en mis oídos. ¿Qué habrá pasado? No creo que se hayan arrepentido. ¿Buscarán un mejor momento? Tal vez. Tal vez estén jugando conmigo. Espero a que vuelvan, cinco, diez minutos, cada célula de mi cuerpo está alerta, busco cualquier ruido, la moto lejana, pasos acercándose, incluso el chillar de las aves que pasan hace que se me ericen los pelos. Tengo que alejarme de aquí.

Me bajo del carro con la maleta negra. Todo lo demás lo dejo adentro. Mis pertenencias, lo que uno guarda con ilusión del futuro, el solo pensamiento de que necesito ropa para mañana, se escurre de mi cabeza, avanzo solo segundo a segundo.

No tengo que caminar mucho para encontrar un sitio donde hospedarme y así ganar unas pocas horas. «Hotel Pleamar», dice en un letrero que se asoma vertical: blanco, letras azules, decoloradas, de neón. Una mujer joven, con las cejas garrapiñadas en una sola línea, me recibe con una sonrisa. Pido una habitación y pago la noche. Mañana mismo me entrego. Si es que antes no me matan. Lo que el destino me tenga preparado primero. La mujer me extiende

las llaves luego de pagar en efectivo. «Segundo piso a mano izquierda, el 202», dice. Antes de subir le pregunto en qué lugar puedo conseguir algo de comer… y un poco de licor. Me extiende una carta y dice que le regale media hora y que ella misma lo sube a mi habitación. Le extiendo varios billetes y le agradezco por la buena voluntad.

Mira el dinero con ojos codiciosos y antes de que yo ponga el pie en el primer escalón me pregunta si necesito compañía. La miro y no sé si me está ofreciendo sus servicios o los de alguna prostituta. No encuentro respuesta en su expresión, que permanece inalterada, como si hubiera preguntado si prefiero carne o pescado. Sonrío y le digo que no. Que así estoy bien.

Cuando abro la puerta, ni siquiera me detengo en que las sábanas de la cama tienen manchas de dudosa procedencia, ni en los muebles de la habitación, más allá del colchón que me recibe cuando me dejo caer después de descargar la maleta y empujarla bajo la cama con un pie. De inmediato, cae sobre mi cuerpo un peso, una suerte de fatiga que me ancla a la dura superficie de la cama, como si alguien me empujara hacia abajo.

Cierro los ojos y la imagen de mi hermana acunando a Alejandro, sentada en el piso, mientras me observa salir de la finca de mi papá, se queda estática en mis párpados, inamovible.

Así se me va el tiempo hasta que dos golpes de nudillos llaman a la puerta con timidez. Es la recepcionista que trae lo que le pedí. Me lo extiende junto con las vueltas. Me la quedo mirando para ver si encuentro algún rastro que me indique que era ella la que se ofrecía como compañía, pero en su mirada no hay rastro de ese ofrecimiento. Le agradezco y le digo que se quede con el cambio. Cierro la puerta. Lástima, pienso.

Mastico sentado en el borde de la cama los trocitos de carne, pollo y chorizo. Me obligo a pasar un par de bocados hasta que acepto que mi cuerpo no quiere saber de comida. Abandono el plato y destapo una de las botellas que me trajo la recepcionista.

Las figuras renegridas que se dibujan en las paredes representan las escenas de la tarde. Me veo desde lejos, una sombra alargada y

agitada, como las llamas que consumen un bosque y dejan tras de sí una capa de humo que impide respirar. Mis puños se estrellan de sombra en sobra y el rostro de Violeta contorsionado en un grito que los ruidos de la calle replican; Alirio, otra sombra lo representa, se levanta del suelo, con una carcajada, su boca se agranda, se hace gigante, abarca la pared completa, se traga a Violeta y Alejandro.

Se convierten en agua.

Nado con desenvoltura, deslizando mi cuerpo entre las aguas en un movimiento poco natural pero fluido. Hago un esfuerzo supremo por llegar lo más pronto posible al bote. Imposible. Aunque me muevo a buen ritmo, la fuerza interna de la corriente me devuelve. Entonces, por instinto, salto por encima de la superficie, retorciendo mi cuerpo para ganar altura, tratando así de avanzar unos metros, pero caigo una vez más en el mismo punto. Siento como si fuera un conejillo de indias que va a toda marcha dentro de una rueda de ejercicios.

Unos metros más adelante, observo el bote que se balancea de un lado para el otro y la presencia de un hombre que permanece de pie en la proa. El desconcierto y la angustia se apoderan de mí cuando veo que el sujeto soy yo. Es como si me viera en un espejo, pero a la distancia. El yo del bote me mira con una expresión familiar, que reconozco desde hace mucho tiempo: temor. Pero es un temor velado, que intento esconder tras una actitud arrogante; de ahí que esté de pie con la expresión contenida, los hombros echados hacia atrás y el pecho inflado en primera línea. En el fondo, sé que es una de las tantas máscaras que acostumbro a utilizar para ocultar el temor visceral que siento en momentos de tensión.

Avanzo y trato de mover mis extremidades con mayor denuedo. Y parece que al final el gran esfuerzo que hago tiene su recompensa porque percibo mucho mejor el bulto amorfo que hay en popa. Son dos figuras que se abrazan, una más grande que la otra. Una mujer y un niño. En principio, el cabello de ella cubre el rostro del pequeño, pero luego de un instante se atreve a dirigir la mirada hacia donde estoy y veo a mi hermana y a Alejandro. Los dos se funden en un abrazo que adivino trémulo, intenso. Veo el horror en su mirada, que aparta con rapidez, como si quisiera escapar de un mal sueño. Intento decirle en voz alta que no se preocupe, que no

soy una amenaza para ninguno de los dos, pero de mi garganta solo sale un sonido inteligible. Creo que estoy a punto de lograrlo cuando me encuentro con mi yo proyectado sobre la proa que me sonríe con una mueca despectiva. Es Alirio y soy yo, los dos nos volvemos el mismo, y me dice: «¡No!».

Me despierto como si una fuerza exterior sacudiera mi cuerpo. Las manos apoyadas en la cama, la respiración acelerada, mi cuerpo entero bañado en sudor. Busco de inmediato la botella, pero está vacía. Me arrastro hasta la bolsa y saco otra. Bebo tragos largos sentado al borde de la cama. La habitación está a oscuras, pero se cuela por entre la unión de las cortinas la luz amarillenta de un poste que cae a mis pies. Me quedo mirando el suelo. En mi cabeza se repite mi voz en el sueño. Se mezcla con los gritos de Violeta, el llanto de Alejandro. Solo el ligero escozor en mi garganta me avisa que bebo un par de tragos más. Me sacudo lejos de esos pensamientos, trato de levantarme para buscar un poco de agua, pero me tambaleo; me apoyo en la pared y siento que no puedo respirar. Lo intento por la boca, despacio, para reponerme. Trago profundas bocanadas de aire como si fuera un pez. Alirio. La sombra iluminada por el rayo del poste me trae el cuerpo de Alirio tendido. Creo que lo veo moverse, mueve una pierna, un pie. Es un movimiento casi imperceptible, pero tal vez no haya muerto.

Quiero llamarla para explicarle que todo fue un accidente del que no tuve dominio. Quiero explicarle que la ira actúo en mi nombre. Que no fui yo. No el Pablo que ella conoció, en todo caso. Me vendo la idea del perdón. Apelo a su indulgencia, como lo hizo con él. Sé que ella me perdonará, me repito. Todos merecemos una segunda oportunidad, me digo con desesperación.

Reviso mis bolsillos con urgencia, pero no lo encuentro. Trato de recordar dónde pude haber dejado mi celular, pero no logro ir más lejos de este momento. Busco un teléfono fijo. La ansiedad se apodera de mí. Camino de aquí para allá a lo largo y ancho de la pequeña habitación, con el equilibrio alterado y la botella de aguardiente en la mano. Me repito que Violeta me perdonará. Miro al techo e imploro, como si fuera una oración.

Levanto la botella, pero ya nada baja por mi garganta. Está vacía. La bolsa también. Me siento en la cama. ¿Qué hago?

Violeta. Violeta. Violeta.

Abarca todo el espacio de mi mente. Su rostro de niña, su sonrisa paciente y luego las lágrimas como goterones de lluvia, el sobresalto de miedo cuando pasé por su lado, su cuerpo escudando a Alejandro, cuidándolo de mí. No lo tolero, no logro apartarme, quiero perder el conocimiento. Necesito más licor.

Bajo hasta la recepción, la pared es mi soporte. Me arrastro por ella en el intento de mantenerme erguido. La misma escena sigue taladrando mi cabeza. Como si cayera en una espiral, viajo dentro y fuera de mi cuerpo, siento la piel de Alirio bajo mis dedos, su sudor impregna mis yemas, y luego bajo por las escaleras y a lo lejos Violeta grita, no deja de gritar.

Cuando llego a la recepción, la joven está medio inclinada sobre el largo mesón, garabatea algo, concentrada, haciendo un crucigrama, la cabeza inclinada sobre el papel. Llamo su atención, pero no me escucha. Tiene puestos unos audífonos blancos. Me acerco y en el tambaleo termino casi desparramado sobre la mesa. El susto la hace levantar la cabeza y apartarse. Me observa con reproche, no sé si por interrumpir su pasatiempo o por mi modo de abordarla. Le pregunto si puede conseguirme más aguardiente, mi voz me llaga lejana. Vuelve al periódico y toma el lápiz para continuar rayando la hoja. Sin mirarme dice que me toca ir al estanco que está a un par de cuadras, que no puede dejar la recepción.

No me agrada la manera en la que me habla. Le pregunto si puede hacer una excepción conmigo y le muestro algunos billetes que abro como si fuera una baraja. Vuelve y mira, la tentación se dibuja en su cara. Se detiene en mi rostro, sus ojos se trasforman, son los de Violeta. Violeta preocupada por mí, por el estado en el que me encuentro. Dice que no. Su voz rompe el hechizo por un momento. La ira sube por mi espalda, me hace temblar el cuerpo.

—Por favor —Mi lengua está pesada y hablo con torpeza, no sé qué es lo que pido, qué le ruego. No me doy cuenta de lo mucho que me acerco hasta que me veo reflejado en sus pupilas. El olor de su piel es dulce, como de jabón, como a limpio. Me marea, me revuelve el estómago, me desconecta.

—Ven.

Acerco mi mano a la suya, ella, inmóvil, no se aparta. No respira. Sus ojos tan grandes como para aprisionarme en un parpadeo. Pero no parpadea. Quiero besarla. No me quiero ir sin darle un beso. Entonces saca un cuchillo de debajo del mesón, lo levanta de forma amenazante y se aparta. No quiero que huya, el terror en sus ojos, el mismo que vi en Violeta. Ahora puedo hacerlo bien, pedirle que me disculpe. Avanzo, rodeo el mesón y la tengo de frente, ella blande el cuchillo, se aferra a él y yo solo levanto las manos.

—Ven… Lo siento.

Pese a que endurece las facciones, percibo en su rostro el temor, lo que pone en evidencia que no sabe cómo reaccionar ni cómo utilizar el cuchillo.

Retrocede y yo avanzo, más cerca, de nuevo huelo el jabón. Tiene un vestido, Violeta siempre usaba vestidos de niña, iba y se probaba los que mamá dejó, demasiado grandes para ella, sin escote o curvas para llenarlos, pero se paseaba con ellos por la casa. La chica que tengo enfrente llena su vestido, se le ciñe al cuerpo como otra piel.

Vuelve y blande el cuchillo, pasa tan cerca de mis dedos que en un acto reflejo la tomo de la muñeca que lo sujeta y giro su cuerpo, su espalda contra mi pecho. Aprieto con fuerza, que no se vaya, que no se aparte, que me escuche. Siento el temblor de su cuerpo. O tal vez es el mío. Ella grita, me maldice.

—Por favor… por favor… —Ahora es ella quien ruega, sus palabras salen como sílabas entrecortadas.

Siento algunas lágrimas que caen sobre mi antebrazo. Lágrimas como goterones. Violeta.

Renuncio a su mejilla para clavar mi nariz en su cabello, en su aroma dulce que ahora me llega tropical; aspiro profundo la mata de pelo que entra por mis narinas. Me deleito con los ojos cerrados, jadeante. Violeta. Sus ojos rojos de tanto llorar, de tanto dolor se imprimen en mis párpados, me sacan de la ensoñación.

—Por favor, no…

No. De nuevo no, como en el sueño.

La suelto, me aparto y como puedo me tambaleo hasta la puerta.

—No soy yo —le digo, tan bajo que dudo me oiga o que me entienda.

26

Afuera, la calle está vacía, sumida en la oscuridad. Arrastro los pies lo más rápido que puedo para alejarme de aquí.

No.

Se repite en mi cabeza. Las formas que se dibujan en el suelo y en el sonido crujiente que hacen las hojas bajo mis pies solo traen la voz de Violeta, la de Alirio, la de Leonardo. Violeta que llora y grita; Violeta que acaricia el rostro de Alirio, lo besa, se lamenta sobre su pecho; Violeta que lo sacude, que trata de escucha su corazón. Alirio jadea, se queda sin aire, la piel de su cuello suave y arrugada se tensa, sus manos callosas ahora en puños y Leonardo grita, grita de miedo, de dolor, grita para que todo se acabe. Grita él y grito yo, todo tiembla.

Más allá, el Magdalena y sus ruidos intensificados en la noche: el ulular de un búho solitario, el croar de multitud de ranas y susurros que trae el viento por la ribera del río, que alteran mis ya quebrantados nervios y me ponen la piel de gallina. Y todos me dicen «No. Ya no más. Detente. Detente, Pablo, detente, seamos una familia, todos merecen una segunda oportunidad».

No escucho el sonido de la moto que acelera a mis espaldas hasta que ya está demasiado cerca, el ensordecedor ruido que sale del exosto silencia todos mis pensamientos, las voces, los gritos, el llanto, las súplicas. Respiro profundo por primera vez, antes de caer en cuenta. Giro mi cabeza y alcanzo a ver dos cascos negros, amenazantes. Entonces empiezo a correr. De inmediato se me pasa la borrachera. Mientras lo hago, un sin número de ideas se atraviesan por mi mente y una sola pregunta.

¿Por qué a mí?

Idiota, porque sí, la vida no necesita de razones para ponernos en aprietos, me dice otra voz en mi cabeza que jadea conmigo; siento una presión en mis sienes, la respiración que me falta y de nuevo el ardor en las plantas de los pies. Pienso que estos dolores son la antesala a lo que serán métodos de tortura más sofisticados una vez

mis perseguidores me den alcance. Quizás comiencen a golpearme primero con los puños y después con algún objeto más contundente, solo para divertirse, mientras se ríen de mí, hasta que se aburran y pasen a métodos de tortura más sofisticados como los precisos cortes por todo el cuerpo, espolvorear sal en las heridas abiertas o quizás, sencillamente, me rematen a cuchillo unas veinte, treinta veces, y al final muera desangrado. Todos estos pensamientos se agolpan mientras siento que no puedo más, que el corazón se me va a salir por el esfuerzo de correr, que me estallará la cabeza, todo demasiado grande para ser contenido.

Me interno en unos matorrales que conectan con la orilla del río y, como un vaticinio, las hojas de la espesa vegetación cortan mis antebrazos como delgadas cuchillas de afeitar a medida que avanzo. El ardor no demora en llegar a medida que el sudor se mezcla con la sangre que sale de los pequeños cortes. Ya en este punto no me quedan dudas. Se me acabó el tiempo. Me muevo hacia el costado izquierdo, muy cerca de la orilla, para evitar que me cierren el paso. No me queda otra opción que zambullirme en el río, pero antes de que logre hacerlo, el que va de pasajero se baja de la moto, como si fuera un vaquero, y me grita que me aleje de la orilla mientras me apunta con un arma. Me quedo petrificado sin saber qué hacer, mirando la superficie de las aguas que comienzan a destellar con los primeros rayos de la mañana.

Acorralado solo puedo pensar en Alirio. Muerte por muerte se paga, pienso. Tal vez sea justo que yo también tenga mi final el día de hoy.

Me pregunto una vez más qué habría pasado si todo hubiese sido distinto. Si el destino, la fortuna, algún dios compasivo, no me hubiese entregado a esta vida de mierda que me tocó vivir. Pero no. Aquí estoy a punto de convertirme en una cifra más de los desaparecidos, alguien que muy pronto será olvidado. Un hombre que echa de menos el futuro que no vivirá, las experiencias que pudo haber acumulado junto con su hermana y su hijo, mi familia. Qué trágico es todo esto. Cuando nacemos deberíamos tener la opción de elegir, como en los videojuegos, las condiciones para afrontar esta prueba a la que todos llaman vida. Pero no, esta es la realidad escueta, inmisericorde, en la que no hay segundas

oportunidades.

—¿Qué va a hacer, gran hijueputa? —Me saca de mis pensamientos el que me apunta.

Quedo de piedra. No puedo pensar en nada más que no sean los años que se quedarán por vivir cuando este hombre apriete el gatillo. Respiro hondo, el pecho agitado, vivo la escena desde afuera, como si no fuera yo, como si no fuera mi piel, ni mi sudor, ni mi sangre, ni mi dolor. Solo siento expectativa. Cierro los ojos a la espera del fogonazo.

Pero el otro lo detiene.

—¡Espere!, Gavilán. Primero que nos entregue el billete —le grita, todavía sobre la moto—. No vayamos a perder todo el seguimiento que le hicimos.

El otro parece reaccionar.

Ninguno de los dos se levanta la visera de los cascos. Sus voces se escuchan ahuecadas detrás del plástico, como si hablaran por dentro de un tubo. Ni siquiera se me concede verle la cara a los sujetos que acabarán con mi vida. Los hombres miran para un lado y para otro, están nerviosos.

Trato de pensar rápido. Pero mis opciones son limitadas. Aunque les entregue la maleta, sé que no saldré vivo. De pronto, solo quiero llorar, suplicar que no me maten, implorarles y prometerles que haré lo que sea para resarcir mi culpa, pero ¿qué otro camino me queda?, ¿el de la locura?...

Mi muerte será por un dinero que no debí guardar. Por la ingenuidad que siempre me ha acompañado. Pero sí merezco morir porque le quité la vida a mi padre y, peor aún, arruiné la de Violeta.

Ella solo quiso mirar a un costado y seguir adelante, sin rencores; pero yo me llené de un odio medular que me trajo hasta acá.

Tanto odio no ha valido la pena. Ahora me doy cuenta. No debí aferrarme al pasado como un ancla que me hundió hacia el rencor más insospechado. O tal vez sí. Debí aferrarme al pasado, pero

desde otra perspectiva. Desde los recuerdos que valen la pena atesorar. Un domingo en la mañana viendo la televisión junto a Violeta, los dos en pijama, el desayuno en la cama. Las tardes de los domingos en que nos tocaba arreglar el jardín de la casa. Lavar el patio con la manguera, jugar a lavarnos todo, reír a carcajadas. Compartir un simple helado de coco. Simplemente disfrutar la compañía el uno del otro.

Las cosas simples. La vida es eso, disfrutar los momentos básicos, casi intrascendentes, instantes que le den valor, recuerdos a los que me pueda aferrar…

—Rápido, la plata —El que está sentado en la moto saca de su espalda un arma con la que me amenaza.

Ya son dos armas las que me apuntan.

Un arma por cada vida.

La que viví.

Y la que desearía, pero ya no podrá ser.

—Démosle piso de una vez y le decimos al jefe que no quiso colaborar —dice el otro.

—Pero es mejor si se lo llevamos junto con el billete; ya verá él que hace con este muñeco.

—Está bien —dice resignado el otro—, pero muévase que estamos dando mucha boleta.

—¡Diga a ver! ¿Dónde está la plata?

Siento los primeros rayos del sol que se asoman detrás del horizonte, a mis espaldas. Este calor de las primeras horas del día me trae a la memoria el momento exacto en que decidí que no soportaba más seguir en Neiva, aceptando la situación entre Alirio y mi hermana.

—¡Hable!

Sonrío.

Este es el momento. Tengo que escapar. Entonces giro y le doy la cara al río. Los escucho gritar a mis espaldas, pero ni entiendo lo que me dicen. He tomado una decisión. Observo las turbias aguas del Magdalena, y entre el sedimento de tierra, madera y desperdicios de la ciudad, me deleito en la iridiscencia que proyecta el sol sobre las aguas. Cierro los ojos, respiro hondo y lleno mis pulmones antes de zambullirme, pero tres fogonazos, como truenos que caldean mi espalda, abren las puertas al último silencio, donde el pasado ya no importa.

TABLA DE CONTENIDO

22

23

24

25

26